

sentido de la difusión cultural latinoamericana

leopoldo zea

*Sentido de la
difusion cultural*
F1414.2 .Z4 1981



CIDU18040036

universidad nacional autónoma de méxico

**SENTIDO DE LA DIFUSION CULTURAL
LATINOAMERICANA**

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES PSICOLÓGICAS
UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE LA UNIVERSIDAD

LEOPOLDO ZEA



SENTIDO DE LA
DIFUSION CULTURAL
LATINOAMERICANA

1980



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
MEXICO 1981

F1471-2
Z4
ej. 1
TITULO
SERIE UNAM
PROG. 587
FECHA 25-2-81
PRECIO Donación

Ejemplar 1
Código de barras
CIDU 1804 0036
Nº de Inventario
20180400587

Primera edición: 1981

DR © 1981, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, México 20, D. F.
DIRECCION GENERAL DE PUBLICACIONES
Impreso y hecho en México.

ISBN 968-58-0235-1

A Nadjm oud-Dine BMMATE

P R E F A C I O

Sentido de la difusión cultural latinoamericana, tal fue el tema que, por encargo del arquitecto Jorge Fernández Varela, Coordinador de Extensión Universitaria de la UNAM, me fue hecho. Este trabajo me permitirá exponer algunas de mis ideas acerca de la doble temática sobre la que, en varias formas, he venido trabajando. Latinoamérica, por un lado y la difusión de la cultura, por el otro. Desde el viaje que hiciera, entre 1945 y 46 por la casi totalidad de los países de la América Latina, para elaborar mi trabajo sobre el Pensamiento Latinoamericano, me di cuenta de la estrecha relación que han guardado y guardan entre sí, los pueblos de esta nuestra América, sin que esta relación implique la anulación de sus respectivas identidades nacionales. Fue así que me propuse encontrar la forma de relacionar los diversos esfuerzos que se venían haciendo en varios lugares para integrar diferentes expresiones de la identidad latinoamericana. Para ello he tenido varias oportunidades que me han permitido trabajar en beneficio de esa idea integracionista en el campo cultural.

Por lo que se refiere a la difusión de la cultura y cómo integrar esfuerzos en este campo, la primera ocasión que tuve fue dentro de la administración pública como Director General de Cooperación Intelectual en 1953-55. En 1960 siendo Presidente de la República el licenciado Adolfo López Mateos me llamó para preguntarme cómo enfocaría la Difusión de la Cultura Mexicana hacia el resto del mundo a partir de la América Latina. Después de hablar largo con él me dijo: "¡Hágalo, mi filósofo!, el señor Manuel Tello le va a ofrecer la Dirección General de Relaciones Culturales de la Secretaría de Relaciones Exteriores que va a ser creada

y que usted pondrá en marcha". Heme aquí, nuevamente puesto en un trabajo de difusión de la cultura mexicana en el exterior. En 1966 renuncié a esa Dirección para reincorporarme de tiempo completo a la Universidad como Director de la Facultad de Filosofía y Letras. Ello me permitiría poner en marcha una vieja idea, la creación del Centro de Estudios Latinoamericanos como una carrera que abarcaría la licenciatura, la maestría y el doctorado. Pero al término de mi gestión en esa Dirección, el rector Dr. Pablo González Casanova, viejo amigo, me encargó la Dirección General de Difusión Cultural (1970-73). Posteriormente, bajo la rectoría del Dr. Guillermo Soberón y con su apoyo he podido ir dando a los Estudios Latinoamericanos una dimensión internacional, cada vez mayor, en este sentido surgió el Centro Coordinador y Difusor de los Estudios Latinoamericanos.

He tenido así, buenas razones para aceptar el encargo de este libro. En él podré resumir y asumir mis experiencias respecto a mi preocupación por América Latina y la difusión de la cultura de esta región. Una difusión que resulta ser entrañable a pueblos que han de delinear, por un lado, su indiscutible personalidad e identidad, y por el otro, destacar expresiones de la misma que puedan servir de base en la integración de esfuerzos comunes para el logro de metas igualmente comunes. En la primera parte de este trabajo resumo y reitero el sentido que, en mi opinión, tiene para esta América, la difusión de la cultura. En el segundo me refiero a la preocupación internacional que ha alcanzado la difusión de la cultura expresa en la necesidad de elaborar las llamadas Políticas Culturales. Preocupación hecha patente en diversas conferencias, entre ellas las organizadas por la UNESCO. La tercera parte se refiere a la preocupación, que en este sentido, se hiciese expresa en la preparación y realización en la Conferencia de Bogotá en 1978 sobre Políticas Culturales en Latinoamérica. La última parte se refiere a los resultados de la II Conferencia Latinoamericana de Difusión Cultural y Extensión Universitaria realizada en la Universidad Nacional Autónoma de México, entre el 20 y 26 de febrero de 1972. Esta conferencia fue organizada por la Dirección General de Difusión Cultural, entonces a mi cargo, y por la Unión de Universidades de América Latina de la que era Secretario General el Dr. Efrén del Pozo.

En 1965, por iniciativa del malogrado "Columbianum" con sede en Génova, Italia y bajo el impulso del director Padre Angelo Arpa se realizó un gran Congreso sobre Tercer Mundo y Comu-

nidad Mundial. Se presentó en dos áreas, la de Africa y la de Latinoamérica. En esta última, participó un nutrido y destacado grupo de intelectuales latinoamericanos. Parece ser que fue el éxito de esta reunión lo que originó desapareciese el Columbianum. En dicha reunión conocí a un diplomático afgano, N. Bammate nacido en París, Doctor en Derecho y Filosofía y funcionario de la UNESCO. Por su iniciativa, en la UNESCO, pudieron ponerse en marcha diversos trabajos sobre América Latina y su cultura estimulándose su difusión. Es a él por lo que ha representado para la cultura de esta América y su difusión que dedico el presente trabajo.

LEOPOLDO ZEA

México, D. F., 10 de julio de 1980

I

DIFUSION CULTURAL, ¿PARA QUE?

1. Sentido de la difusión cultural.

Las universidades y otras instituciones de cultura superior tienen, entre sus tareas, las de la difusión de la cultura. En las universidades la difusión cultural tiene, al menos legalmente, el mismo rango que las otras dos tareas encomendadas a éstas, la de la docencia y la investigación. Sin embargo ya en su realización, esta tarea no siempre tiene la importancia que se otorga a la docencia e investigación. A veces esta función es expresada como Extensión Universitaria y a veces la llamada Difusión Cultural viene a ser parte de esa extensión. La Extensión Universitaria como apoyo a la docencia y la investigación, también puede salir del campus universitario presentándose ante espectadores que, de alguna forma complementan así su propia formación. En general la difusión de la cultura es vista como un complemento de la tarea docente y de investigación que puede quedar, inclusive, intramuros. Se trata de ofrecer a los universitarios, profesores, investigadores y estudiantes de instituciones de educación superior, expresiones de la cultura que no estén a su alcance en las aulas, seminarios y laboratorios. En este sentido la difusión cultural, suele poner el acento en las exposiciones artísticas, el teatro, la música, el cine, la danza, etc., que no forman parte del curriculum de conocimientos de los profesionistas y técnicos. ¿Se trata de un remanso de islas del conocimiento que puede ayudar a disminuir la fatiga de la profesión? Aparece como expresión del necesario ocio del combatiente cotidiano.

Una actividad, concebida dentro de estos límites, no aparece, entonces, tan urgente, ni menos aún como obligatoria. Desde este punto de vista el presupuesto económico destinado a esta actividad no tiene porqué ser generoso. He dicho generoso, lo que no se podría decir respecto a ningún presupuesto, por amplio que fuese, para cumplir las tareas docentes y de investigación. No faltarán funcionarios que consideren que se trata de un hermoso lujo del que se puede prescindir, o al menos, no ser tan ostentoso. Porque existen otras formas para la ampliación de la información del estudiante y del profesional que no son, necesariamente, las universitarias. La difusión cultural, pese a que se le reconoce como una de las tareas esenciales de las universidades e instituciones de educación superior no siempre es plenamente considerada como tal. ¿Difundir cultura, para qué? Y, si hay que difundirla, ¿qué cultura? La propia cultura, dentro de este interrogante, se presenta como un lujo y, como tal, limitado en su uso. Y si es limitado resulta un tanto extraño el que se le considere tan importante, existen tareas más apremiantes como son las de formar profesionistas y técnicos, la de posibilitar los cuadros de investigación. La cultura es lujo, excrecencia o superestructura, depende del ángulo de preocupaciones sociales en que se la vea. Es en este sentido que se habla de cultura elitista y, como tal, imposible de extender y, menos aún, de difundir. La cultura vista como algo exótico y esotérico, que como tal cuenta con sus sacerdotes y acólitos. Entonces, ¿qué tienen que ver las instituciones educativas con la cultura entendida en este sentido? Nace, por supuesto, de ella, pero parecen ser como flores de invernadero, hechas para el placer de receptores que son parte de esa misma élite. ¿Pero es a esto, a lo que se refieren las universidades e instituciones de educación superior cuando le otorgan tan alto rango dentro de las funciones de esas instituciones?

Por supuesto que no, quienes legislaron sobre las universidades en estos últimos años no pudieron entender la cultura y su difusión en términos tan limitados. Cultura, sí, pero en su sentido más original, el que tuviera y aún tiene entre quienes han hablado, y hablan, de cultivar y de cultivo. Su origen está en la forma como lo entiende el campesino que cultiva para que sus semillas, las que ha sembrado, den frutos. Pero ¿qué frutos? Los propios de esas semillas. En el campo de lo humano el fruto de la semilla no siempre es previsible. Menos aún si el cultivar, como se pretende, individuos, es ajeno a una concepción aristocrática. Para un aristó-

crata como Platón, existían, por supuesto, tres clases de hombres, distinguiéndose entre sí por los metales de que estaban hechos: hombres de hierro, de cobre y de oro; trabajadores, militares o guardianes y gobernantes. Cada uno en su propio estamento, engendrando sus sucesores, salvo por alguna muy especial excepción, un hombre de un determinado metal podría engendrar algún hombre de otro metal. Pero en una concepción no aristocratizante las posibilidades para el trabajo, la defensa y el gobierno están ocultas en cada individuo, por lo que es menester ofrecerles la oportunidad para que tomen conciencia de su vocación. Vocación, llamado que sólo puede ser atendido si es escuchado, y si se sabe lo que se escucha y de acuerdo con ella libremente se elige. Es entonces que la semilla da el fruto que le corresponde y en ello participa el educador, especie de partera, diría Sócrates, que va ofreciendo al pupilo las posibilidades de una elección de la que habrá de ser éste el único responsable. Y la responsabilidad viene a ser el corolario de la libertad ejercida.

Es por la cultura en este sentido que el hombre se encuentra a sí mismo. Es a través de ella que el hombre se reconoce y se identifica como hombre concreto y responsable. Y, con el hombre, los pueblos de los que son expresión los hombres. Un buen cultivo de la semilla puede permitir un mejor brote del fruto; ya no el simple brote natural y sin sentido, sino el brote que puede preverse y estimularse para mejor servir a este mismo hombre y a la sociedad que el mismo hace posible. La cultura no es, desde este punto de vista, función de élites, sino función del hombre como tal, de todos los hombres, ya que, para serlo han de ser capaces de dar sentido al mundo en el que han de habitar. Y este sentido es el que se hace patente en la cultura. El hombre formado por la cultura, cultivado, da a su vez, sentido a la propia cultura, participa en ella, la enriquece y abre mayores posibilidades a otros hombres, en una cadena de permanentes creaciones y recreaciones.

¿Qué sentido tiene entonces, desde este punto de vista la obligación impuesta a las universidades e instituciones de educación superior de difundir cultura? Es por esta vía que dichas instituciones no sólo dan, sino también reciben. Dan lo mismo que reciben, pero enriquecido, esto es, cultivado. Reciben de la sociedad lo que la sociedad es, pero vuelven a la misma lo recibido, pero enriquecido por el cultivo que implica su toma de conciencia, la crítica del mismo. Toma de conciencia que no es pasiva, sino crítica; crítica mediante la cual lo recibido es cultivado y encuadrado

en la totalidad de la sociedad de que esas instituciones deben ser voz. En sociedades como las nuestras, esta acción cultivadora tiene una muy especial importancia. Sociedades en las que el elitismo carece de sentido, porque en ellas no pueden existir excrecencias por sublimes y extraordinarias que éstas sean. No pueden existir sobrantes que pueden ser, curiosamente, observados en vitrinas. Lo exquisito y extraño carece de sentido, todo es y tiene que ser entrañable y como tal recreado una y otra vez. Lo sobrante, para sociedades como la nuestra es lo impuesto, lo extraño, lo que no puede ser digerido, lo que empacha, lo que atraganta. En sociedades como las nuestras la cultura recibida ha sido puesta al servicio de sus creadores; de ella, como ya lo expresaban hombres de esta América que luchaban por alcanzar su libertad, sólo recibían lo que les podía hacer mejores servidores, siervos más fieles. La cultura impuesta no alienta vocaciones, simplemente busca troquelar el tipo de servidor que el sistema necesita para que funcione mejor en beneficio de sus creadores.

Frente a este troquelamiento de siervos, está el cultivo de que hablamos, el que ayuda a la formación de individuos que, libremente, han de tomar el lugar de responsabilidad que les corresponde en una sociedad que ha de ser expresión de la libre responsabilidad de todos y cada uno de sus miembros. La cultura en este sentido, como permanente capacidad de recreación, siempre en relación con lo creado y recreado para mejorar aún más, para hacer que se obtengan frutos cada vez mejores. En la América Latina, la capacidad recreativa de la cultura es de extraordinaria importancia, porque de ella se ha de derivar el cambio; el cambio de situaciones impuestas a sociedades como la nuestra. El cambio que niega lo impuesto y hace posible lo que ha de ser expresión de lo propio. Pero lo propio, a su vez, como algo abierto, dispuesto a recibir, pero también dispuesto a dar, sin que en uno y en otro caso, esta doble acción signifique su propia negación. No se trata de perderse en una concreción llevada a la atomización; pero tampoco de perderse en un universalismo extraño a los límites de lo concreto.

Es en este aspecto que la difusión de la cultura nada tiene que ver con el elitismo con el cual se le ha querido enfocar o del que se le acusa. Nada con una cultura de élites que, por principio, se encuentra desarraigada de sus ineludibles fuentes sociales. Porque, como veremos es este tipo de difusión el que está siendo cuestionado a nivel planetario. Cuestionado por la realidad que ha

irrupción en las universidades y demás centros de cultura. Irrupción ahora extraordinariamente posibilitada por los poderosos medios de difusión con que se cuenta en nuestros días. A través de estos instrumentos las instituciones son golpeadas por una realidad que se hace expresa en múltiples formas, incluyendo las más irracionales. Medios de difusión masiva que, en pocas horas, pueden anular la racionalidad educativa y cultural. Es en este sentido que las instituciones de cultura superior tienen que cambiar sus limitadas políticas de difusión y adoptar, lo que en nuestros días se llaman ya políticas culturales. Esto es, políticas que plantean y replantean la temática que circula en la calle, que entra a los hogares, penetra en la sociedad, para hacerla racional, críticamente. Es así como se hace patente la importancia que para las instituciones de cultura tiene la difusión cultural. La difusión cultural considerada como una tarea de la misma importancia y categoría que la docente y de investigación. Ya no la difusión elitista que podría interesar a determinados seguidores de la misma, sino la difusión de los puntos de vista de estas instituciones sobre la ineludible problemática, que en sus diversas expresiones, se plantea externamente, fuera de estas instituciones, al llamado hombre de la calle. Que es, indudablemente, el mismo hombre al que la nación se ha propuesto educar y dotar de los medios críticos que le permitan racionalizar dicha problemática para no ser arrastrado ni manipulado por sus ocultos autores.

La tecnología de nuestros días ha abierto posibilidades de difusión cultural nunca antes imaginadas, con lo cual pueden ser anuladas falsas prerrogativas. Ha abierto un extraordinario abanico de posibilidades de conocimiento ahora al alcance de los millones de hombres que reciben sus mensajes. Posibilidades de elección que, obviamente, crean las posibilidades de selección de vocaciones de que hemos hablado. Lo importante, y en esto está el papel esencial de las instituciones de cultura superior, será el capacitar al que recibe esta información masiva e, inclusive, manipulada, el enseñar a discernir, criticar, seleccionar de acuerdo con el propio criterio y no de acuerdo con el criterio de quienes manipulan esos instrumentos. Abigarrada multitud de posibilidades, pero a partir de la capacidad crítica para su elección. Sin esta capacidad, las funciones educativas de instituciones como éstas de que hablamos, acabarían siendo, simplemente, nulificadas. La anti-cultura acabaría imponiéndose en beneficio de quienes, a partir de su propia lógica y beneficio, la utilizan.

Es a través de estos mismos instrumentos de difusión masiva y en beneficio de sus usuarios, que las mismas instituciones educativas están siendo ya manipuladas. Expresión de esta manipulación es la llamada “politización” de las universidades. No es que la politización sea mala, todo lo contrario, pues es precisamente lo que aquí se está proponiendo, planteando, cuando se habla de la difusión cultural como una tarea no elitista, cuando se habla, abiertamente, de políticas culturales. De lo que se trata, precisamente, es que esa “politización” no obedezca a intereses externos para los cuales las universidades e instituciones de cultura superior son simples instrumentos; objetos manipulables que pueden ser puestos al servicio de los relativos intereses políticos, sociales y económicos de los manipuladores. De lo que se trata es de que tal “politización” responda al criterio, libre criterio, de esos mismos universitarios. Las universidades, en todo caso, como punto de partida de criterios políticos, los que la crítica de éstos hagan expresa, y no como altavoces de quienes ven sólo en esas instituciones instrumentos manipulables. Las instituciones de cultura y educación superior politizadas en cuanto no les puede ser ajena la problemática de la sociedad de la que son expresión y en la cual han de participar. Estas instituciones sean conscientes o no, están recibiendo las expresiones del mundo del que son, también, parte; pero no se trata de repetir las y prolongar mecánicamente lo recibido, sino de someterlas a la crítica que les es esencial y característica y, así, participar con sus propios puntos de vista en la sociedad que les da existencia y sentido.

Recibir pero dando, recibiendo para asimilar críticamente lo dado y regresar lo asimilado para que la sociedad, a su vez, amplíe sus propios criterios de selección. Conciencia crítica al recibir y conciencia crítica al regresar lo recibido para que otras conciencias, igualmente críticas, hagan de lo así recibido, instrumento de lo que les debe ser esencial y propio. La difusión, en este sentido, estará cumpliendo con la que debe ser la doble expresión de una tarea que se presenta, así, como politización. Pero no ya la politización manipuladora, sino la que puede ofrecer criterios para la acción. Politización, en su sentido más original, derivado de la “polis” griega en cuyas ágoras los ciudadanos discutían, trataban de convencerse los unos a los otros, de lo que debería ser la marcha de la sociedad, la marcha de las ciudades que les daban unidad. Ahora estamos en una gigantesca ágora, que los extraordinarios medios de comunicación e información han ampliado hasta

los más lejanos lugares de las ciudades y sus naciones. Y a través de ellos la posibilidad de un diálogo, de una discusión abierta, amplia, a través de la cual puedan establecerse criterios de acción política y no simplemente ser un eco. Es en este sentido, decíamos, que ha entrado en crisis el elitismo en la cultura y su difusión. Las instituciones de cultura superior y las universidades pueden, ahora, cumplir más ampliamente su función educativa, formadora, a través de esos extraordinarios medios de información; recibir las expresiones de la sociedad a la cual pertenecen, racionalizándolos, sometiéndolos a la criba de una crítica que abra mayores posibilidades de elección al hombre que hace todo eso posible; a la humanidad que no puede seguir siendo vista como una simple abstracción.

2. Cultura de masas y cultura elitista.

En nuestros días, y en relación con los poderosos medios de información y difusión con los que se cuenta, se viene hablando con insistencia de dos clases de cultura, la cultura de masas o popular, y la cultura de élites. Y en relación con ellas dos tipos de difusión, la que se considera puede estar al alcance de las masas o popular y la que sólo podría estar a la altura de la comprensión de élites especializadas. Esto implica, a su vez, la aceptación de dos tipos de hombres uno distinto del otro por una serie de razones, como lo pueden ser las somáticas, las sociales y las educativas. Al fin de cuentas, dos tipos de humanidad. Una vieja idea sobre la cual han justificado su predominio grupos de hombres, pueblos y naciones. Elites con derecho al dominio, a la conquista y al uso y abuso de quienes no forman parte de ellas y pueden ser, por ello, objeto de manipulación. Sería en relación con estas formas de humanidad que habría entonces que difundir la cultura. Cultura de élites y cultura de masas. Cultura popular, esta última, para quienes tratan de manipularlas demagógicamente. Cultura de selectos y cultura para quienes no han tenido oportunidad de serlo y forman, por ello, parte del gran montón. La primera, difícilmente, si no imposible, al alcance de los segundos. La segunda, la de masas, obviamente extraña a quienes se consideran fuente original de la cultura, de la cual esa cultura de masas no sería sino un pobre sobrante puesto al alcance de mentes inferiores. Sobrante de lo que es considerado selecto, exquisito de la mente creadora de las élites de la cultura.

En ningún momento pasa por las concienzudas consideraciones de quienes así dividen a la humanidad y separan a los hombres, que la masa, como el pueblo al que sólo se refieren para manipularlo, están formados por individuos concretos, tan concretos como lo somos cada uno de nosotros. Que nosotros mismos, y con nosotros los que piensen de esta o aquella forma, hacemos parte de esa masa o pueblo, según sean los contextos en que sean enfocados. La masa y el pueblo son abstracciones de realidades concretas, las que forman en sus relaciones hombres e individuos concretos. Individuos concretos con deseos igualmente concretos, deseos que pueden tener éxito o tropezar con obstáculos igualmente concretos como lo son los encontrados deseos de los otros. Relaciones que habrá que racionalizar para que lejos de estorbarse entre sí, impidiéndose mutuamente, se hagan realizables dentro de los naturales límites de la convivencia. Individuos concretos, tan concretos como los que forman las supuestas élites que hablan de masas y pueblo como una abstracción. Y por concretos, capaces, como todo individuo de seleccionar críticamente lo que se les ofrece. Y al seleccionar poder apropiarse de expresiones diversas de la cultura de acuerdo con su vocación. La vocación como el llamado que el mundo externo hace de sus expresiones. Expresiones que no tienen por qué serles regateadas de acuerdo con criterios paternalistas. Hombres capaces de comprender y asimilar las más complejas expresiones de la cultura. Comprensión y asimilación que no puede ser previamente decidida, porque los criterios de quienes se consideran superiores a otros hombres y de los cuales sólo tienen una idea abstracta. Estos hombres, por el contrario, pueden comprender y enriquecer sus propias y selectas expresiones si las mismas le son previamente puestas al alcance de su conciencia. Los otros, los rebajados a una masa supuestamente informe, son hombres concretos, con una determinada individualidad, una identidad, que no puede ser objeto de manipulación por quienes se consideran superiores.

Otro aspecto de este mismo prejuicio elitista lo es, por ejemplo, el expreso por quienes hablan en nuestros días de la necesidad de escribir la "historia de los sin historia", ya que la historia siempre ha sido escrita por élites y en beneficio de élites. Como principio, es una idea aparentemente buena, salvo que se sigue manteniendo el mismo elitismo aun cuando se hable de escribir otra historia. ¿Quién escribirá esta nueva historia? La historia desde luego no la escribe, la hace el pueblo, entendiendo al pueblo

como expresión de las múltiples voluntades, de las múltiples individualidades que lo forman. La historia la escriben individuos concretos, aunque la misma la escriban colectivamente varios autores; y aunque los nombres de los mismos no aparezcan. Se trata siempre de individuos concretos, con sus respectivos prejuicios a partir de los cuales la historia que hace el pueblo es siempre enfocada. La nueva historia nada cambia respecto al criterio de la historia hasta ahora escrita, salvo que se habla de escribir la historia de los sin historia, aunque, obviamente, muchos de esos sin historia van a quedar fuera de ella, de acuerdo con el nuevo criterio siempre sin historia. Expresión demagógica que no es sino otra expresión del paternalismo elitista. Pues tan elitista es el que habla, escribe o actúa como si fuera el pueblo o su esencia, como el que dice actuar como mandato del mismo, aunque los individuos concretos de ese mismo pueblo sean en nombre del pueblo mismo, objeto de silencio, represión o aniquilamiento.

Por ello, una difusión cultural que pretenda apartarse de prejuicios elitistas de cualquier género, ha de partir de la idea de que tal difusión ha de llegar, y llega, a multitud de individuos concretos; individuos con su respectiva y concreta personalidad. A través de la difusión de la cultura, esos mismos individuos podrán encontrar estímulos y mayores posibilidades de selección para enriquecer esa personalidad. Individuos concretos relacionados entre sí por determinadas situaciones que también los concretizan pero sin por ello anular las posibilidades de su propio cambio. Individuos, por ello, capaces de recibir, seleccionar y recrear lo recibido de acuerdo con su indiscutible personalidad. Ahora habrá ya que pensar en estos individuos, en millones de ellos, a los que por los poderosos medios de información de nuestros días se puede llegar. A los que deben llegar las instituciones encargadas de la educación. Millones de individuos en espera cotidiana del mensaje que, en sus propios criterios habrán de transformar en acción. Pero una acción que deberá estar al servicio de la sociedad de la que son parte y expresión y no de intereses que les son ajenos. No se trata de una masa amorfa, insistimos, sino de un conjunto de individuos cuyo nombre se ignora pero que actuarán en función de tal nombre, el que les permite hacer expresa su ineludible identidad; el que les permite identificarse a los unos con los otros sin por eso sentirse disociados entre sí. Es precisamente a este conjunto de individuos al que habrá que ofrecer el más amplio abanico de expresiones de la

cultura sin prejuizar sobre su capacidad de recepción o asimilación. Sin pensar que esta o aquella expresión de la cultura está o no al alcance de un limitado grupo de los mismos. Que sean ellos los que se autolimiten y decidan libremente sobre lo que les interesa y sobre lo que no les interesa; qué es lo que hacen suyo y qué dejan para otros. Un gran abanico de posibilidades puesto al alcance de todos los individuos ahora a través de los poderosos medios de información que no pueden ser ignorados por quienes tienen a su cargo la extraordinaria e ineludible tarea de educar. En este sentido hablar menos de masas, o mejor no hablar de ellas, sino pensar en múltiples individuos con un rostro concreto, un nombre, pasiones, deseos, todo lo que hace del hombre un hombre y que debe ser estimulado para que no deje de serlo. Las universidades y las instituciones de cultura superior, atentas en este sentido, en la recepción de lo que esos individuos concretos van originando y en hacerlos conscientes para que esa misma creación pueda ser, una y otra vez recreada. Recreación de la que se origina lo que con su autenticidad podemos llamar, con propiedad, cultura.

El reto, en nuestros días, es extraordinario para las instituciones que tienen a su cargo la formación, la educación de los individuos de los que dependen la marcha de las sociedades. Más aún en sociedades como las nuestras que, al desprenderse de lo que les era extraño se encuentran obligadas a realizarse. A realizarse a partir de lo que está de inmediato a su alcance por limitado que sea. Es el reto de hacer expresa la identidad de los pueblos que forman esta América soterrada y escindida por diversas expresiones del coloniaje. El reto que implica el hacer expresa y preservar una identidad hasta ayer escondida y ahora sometida a las presiones de quienes manejan los poderosos medios de información. Medios a través de los cuales, lo hecho en años por la acción educativa y cultural de las instituciones encargadas de ello, puede ser deshecho en horas o minutos. Ahora ya no basta la acción docente en las universidades e instituciones de educación superior, ni tampoco la creación de seminarios y talleres en los que se elabora el instrumental de la misma, ahora es menester completar los esfuerzos modeladores de las sociedades en sus individuos, mediante una tarea que rebasa los muros de estas instituciones. Tarea que podemos llamar difusión cultural, si se la quiere entender en este sentido; tarea que está orientada a afianzar, diaria, cotidianamente, la función educativa frente a la cotidiana acción que, de diversas formas la anulan para mejor servir los intereses de una sociedad

en la que sus hombres deben ser enajenados. Acción educativa frente a una información masiva, que hace de la violencia un hecho natural y deja sin sentido la vida que la violencia anula. Una información que, a fuerza de ser intensiva y repetitiva para enajenar, va anulando al hombre concreto, al individuo, creando esa "masa" de la que hablan las élites y que sólo de esta forma puede existir.

El mundo, nuestro mundo, ha crecido y, con él nuestra capacidad de comunicación con millones de individuos, pero siempre que se sepa ver en esos individuos, algo más que un número, a alguien semejante a cada uno de nosotros con el cual, de alguna forma, se puede comulgar sin ser por esto anulado. El problema de nuestros días, estriba precisamente, en el respeto que ha de guardarse a esas individualidades, por múltiples que ellas sean. Porque la idea de masa, insistimos, proviene, precisamente de quienes buscan su manipulación. La masa es lo manipulable, lo que está al alcance de la mano para hacer de él lo que una mente extraña a esa masa quiere hacer. Lo que lejos de poseer una individualidad puede ser instrumento de otra individualidad. Cultura de masa es, precisamente, aquella con la que se pretende manipular a los múltiples individuos que la forman; manipulación económica, política, cultural, da lo mismo, obtenida a partir de la previa anulación de las individualidades comprendidas en la idea de masa. Masificación que hace que estos múltiples individuos se identifiquen entre sí, ya no por un criterio racional, sino por la insistencia en hacerles aceptar las bondades de un producto que ha de ser consumido o una determinada consigna política. Hacer lo contrario, fortalecer los criterios de selección, la conciencia crítica que impide que se acepte algo por la pura insistencia de la propaganda o la consigna, ha de ser, tiene que ser, función de las universidades e instituciones de cultura superior. Una acción para promover en los individuos la capacidad de recibir y de recrear lo recibido; capacidad para recibir las peculiaridades de otros individuos sin por ello renunciar a la propia peculiaridad. Una peculiaridad que, a su vez, se irá enriqueciendo mediante afinidades selectivas. La afinidad que han de guardar entre sí los hombres en su ineludible relación con otros hombres. Y, en este sentido los pueblos, expresión de esos hombres, con otros pueblos.

3. La cultura gana la calle.

Es de acuerdo con la politización, que siendo algo viejo en Latinoamérica y que ahora ha cundido en las universidades de todo

el mundo, que se habla ahora de la universidad crítica y la universidad autocrítica. De la universidad que no sólo prepara profesional y técnicamente a sus egresados sino también enfoca, desde sus propios ángulos, a la sociedad de la que es parte y de esta forma actúa en ella. Sin embargo, el problema se plantea ya respecto a la forma como ha de participar en la marcha de la sociedad. Lo plantea la insistencia en ir más allá de la actitud crítica, racional, pretendiendo actuar como si la universidad fuese un partido político más. Pero un extraño partido político que año tras año va renovándose; con una plataforma que no sería expresión de su propia crítica y autocrítica, sino de ideas e ideologías externas, propias de partidos políticos que actúan en la sociedad sobre la que se debe reflexionar. Partidarismo que deja sin efecto la postura crítica que debe ser propia de la universidad. Crítica, si es que lo es, tan solo en relación con determinados puntos partidaristas y no como expresión de la racionalización de la problemática de este partidarismo. Las instituciones de educación superior, en este sentido, puestas al servicio de este o aquel partido y no de la sociedad de la que debería ser expresión crítica. La universidad beligerante, puesta al servicio de esta o aquella ideología, no importa su signo, viene a ser la negación de la universidad que naciones, como las nuestras, necesitan para su transformación. Desde el punto de vista de esta beligerancia lo que se propone es la subordinación de las instituciones educativas a esta o aquella ideología. Contrario a la elaboración de una ideología que pudiese resultar de la reflexión, de la crítica de la realidad sobre la que se tiene que actuar, estableciendo, por el contrario la aceptación indiscutida de determinada ideología. Aceptación irracional y por ende, fuera de toda discusión que permita su crítica. La anulación de toda crítica que pretenda racionalizar la ideología aceptada y, con esta anulación, la subordinación irracional no sólo a los puntos de vista de la ideología aceptada, sino a los mismos intereses que la hacen posible. Por ello, una difusión cultural que ignorase esta situación lejos de ayudar a los pueblos a los que se pretende servir, les cargaría de cadenas.

Cargar de cadenas no es sólo una metáfora. Ya hablaremos en otra parte de este trabajo de la aventura liberal latinoamericana del siglo XIX. La aventura cultural de nuestros civilizadores y positivistas que lejos de intentar abstraer de la cultura recibida las bases de una nueva cultura, lejos de hacer de la crítica de la cultura dominante de la colonia, haciendo de ella el punto de partida de una cultura para la libertad, adoptaron nuevas y ajenas

expresiones culturales. Una aceptación acrítica, motivada por el urgente afán de cambio, a la vista de modelos culturales que, se consideraba, podrían servir a nuestros pueblos para el cambio, como habían servido a los pueblos de los creadores de esa cultura. Traslado irracional de modelos hecho sin conciencia crítica respecto a su origen y la posibilidad de enraizarlos entre pueblos ajenos a la experiencia de sus creadores. Irracionalidad que conduciría de inmediato a la subordinación, igualmente irracional y acrítica, ante los autores de los modelos culturales. Se pensó que lo que esa cultura había hecho por Europa y los Estados Unidos, lo haría también por los pueblos de esta América; pero mientras esto sucedía habría que subordinarse a los autores de tan extraordinarios modelos. Subordinarse a quienes sabían cómo hacer las cosas, cómo usar y crear las nuevas técnicas. Igualmente no sabiendo explotar las propias riquezas, permitir que las mismas fuesen explotadas por quienes sabían hacerlo, aunque era obvio que los beneficios deberían ser para quienes sabían cómo obtenerlos; mientras tanto habría que aprender y esperar. Esperar largamente. Una larga espera que nunca tendría fin, al menos en opinión de quienes habían sido aceptados como maestros, y su obra como arquetipo, ya que el progreso prometido a todos los pueblos parecía detenerse en algunos de ellos. Es más, el progreso que había sido considerado como infinito alcanzaría, como parece haberlo ya alcanzado en nuestros días, su fin. Ningún otro pueblo, fuera de los grandes modelos, podría ni puede llegar a ser como ellos. La América del Sur no serían los Estados Unidos de esta región. Los mexicanos no llegarían tampoco a ser los yanquis del sur. Lo distintivo quedaba brutalmente claro. Nadie puede ser como otro. La enajenación, cumplido su propósito dejaba a los pueblos sin identidad. Pero la experiencia parece no haber terminado en nuestros días. Viejos y nuevos modelos siguen siendo enarbolados para atraer voluntades fuera de toda crítica, lo cual viene a ser, nuevamente, el problema. Está claro que somos distintos, de esta distinción aprendimos cuando pretendimos ser como otros. Habrá, entonces, ahora, que partir críticamente de esta lección e ineludible hecho. Habrá que recuperar la propia identidad, la que nos identifica entre otros pueblos y, a partir de ella aceptar o no, críticamente, las expresiones de otras culturas en sus múltiples expresiones, aceptar o no sus ideologías.

La experiencia liberal, como la experiencia de la colonia impuesta habrá de ser el punto de partida en la elaboración de una cultura que sea expresión de la identidad latinoamericana. Identi-

dad cuya conciencia impida la experiencia con la que se pretendió borrar toda la experiencia vivida; y a partir de esta supuesta negación adoptar modos de ser, extraños a sí mismos. La descolonización no se obtiene ignorando la colonización; ésta ha de ser el fruto de la conciencia crítica de la misma; crítica, igualmente del neocolonialismo adoptado. Adoptar nuevamente, pretender copiar cualquier otra ideología será, una vez más, cambiar una dependencia por otra, todo lo cual debe ser ya algo del pasado y por ello superado. Aceptar sin crítica cualquier dependencia, por positiva que parezca, será tan sólo nuevo signo de inmadurez. La inmadurez de la que ha acusado a nuestra América a lo largo de su ya no menos larga historia. Una historia y una experiencia de la cual los pueblos de esta América han de obtener los instrumentos para lograr un viejo anhelo, el del cambio. Un cambio muchas veces esperado, pero tan sólo como se espera la caída de un fruto cuando está maduro. Peligro poderosamente renovado en función de los poderosos instrumentos de información con los que se cuenta en nuestros días.

Más fácil es ahora enajenar voluntades de lo que fue ayer, y de este peligro van siendo conscientes sociedades que, como las nuestras, van apenas rompiendo viejas dependencias y tienen que enfrentarse a las nuevas. Nuevas dependencias que utilizan los más sofisticados instrumentos para imponer sus puntos de vista e intereses. A lo largo de esta nuestra América, y a lo largo de otros muchos continentes en donde emergen nuevas naciones, los poderosos instrumentos de información de nuestros días son por ello vistos como el mayor enemigo de los esfuerzos que se hacen para culminar sus luchas de emancipación. Del poder de los mismos instrumentos son muestra ya, lo que sucede entre los mismos pueblos que les dieron origen, entre sus propios creadores en donde, como la criatura que crease el Dr. Frankenstein, se vuelve contra su creador. Pueblos altamente desarrollados pero cuyos individuos son cada vez más violentamente manipulados, en beneficio de intereses que van siendo, cada vez más anónimos. En estos pueblos, hasta ayer, seguros de su identidad, se presenta ahora la duda sobre la misma. La duda de si lo alcanzado es lo que debía haber sido alcanzado. Y, con ello los reclamamos en las instituciones de cultura superior e intelectuales para "ir a la calle". Un "ir a la calle" que hasta ayer pareciera propio de los universitarios e intelectuales en Latinoamérica, pero para los cuales ha tenido y tiene otro sentido, el sentido propio del que quiere

crear lo que nunca ha tenido, distinto del que considera ha equivocado su creación.

El “ganar la calle” que, desde hace varias décadas se escucha en las universidades y entre intelectuales en el mundo, es ya un viejo grito latinoamericano y signo de ese empeñarse en crear lo que nunca se ha tenido. El “ganar la calle” como expresión del afán de participar activamente en la solución de la problemática que ha agitado y agita a nuestro mundo. Los problemas de un mundo que no pueden ser eludidos y que en cambio son manipulados abierta y cotidianamente por los poderosos medios de información de nuestros días. Pero no se trata de “ganar la calle” en un sentido elitista, como el que supone que de las universidades e instituciones de educación superior han de salir los líderes, los dirigentes de las nuevas sociedades. Que esto es, al fin de cuentas, el espíritu que anima a quienes hablan de cultura de masas frente a cultura de escogidos. El “ganar la calle” ha de entenderse desde el punto de vista propio de la educación y la cultura, a partir de lo que es función de las instituciones encargadas de otorgarlas, de quienes se dicen educadores: lo que hay que posibilitar es la concientización de la problemática de la sociedad. Y sólo a partir de esta concientización la acción que ha de ser prerrogativa de todo miembro de la sociedad, cualquiera que sea su situación en la misma. Si el “ganar la calle” que se pide a las universidades e instituciones de educación tiene este sentido, el único que les es propio, el de la actitud crítica frente a la problemática de esa calle, se estará cumpliendo con la función encomendada. Pero si el “ganar la calle” quiere decir la toma del poder político, haciendo de las instituciones de educación superior, simples arietes, haciendo de sus campos santuarios y sus miembros carne de metrallera, entonces se estará desvirtuando la función de estas instituciones. Esto es también, apropiarse de una actitud, la revolucionaria, que ha de ser propia de todo ciudadano y no sólo de una determinada élite por capaz que se sienta para ello, ya que esto sería puro y simple elitismo.

“Ganar la calle” querrá decir participación crítica, activa, ante los problemas que se plantean a sociedades como la nuestra. Una problemática que tampoco puede ni debe ser eludida en nombre de la pureza de la ciencia o el profesionalismo. Problemática social, económica, política y cultural en la que se encuentra inmerso todo hombre, el llamado hombre de la calle y que no sabe cómo enfrentar. Hombre expuesto, tan sólo a la voz e imagen del propagandista de este o aquel producto, o de esta o aquella ideología.

Es este mundo que debe ser ganado por las universidades e instituciones de cultura superior. Ganado para que mediante su racionalización crítica, el hombre de la calle, todo hombre, pueda transitar por él sin peligro, poniéndolo a su servicio y al de la sociedad de la que es parte. Racionalización para evitar que el abigarrado mundo creado por la información manipulada enjane a hombres que han venido insistiendo en el logro de libertades que les son escamoteadas de diversas formas. Racionalización de un mundo que necesariamente hay que vivir, sin que este vivir lo vivido implique dejar de vivir.

Es esto lo que da sentido a la obligación impuesta a universidades e instituciones de cultura superior de difundir cultura. Una función que, hemos visto, no siempre es bien interpretada. Es su incorrecta interpretación de la que se han derivado resistencias y manipulaciones. Resistencias de parte de quienes quieren ver en la cultura un simple adorno y no algo esencial a la educación. Manipulación de quienes interpretan ese ganar la calle a través de la difusión, como el simple propagar esta o aquella ideología e, inclusive, enfrentar violentamente el orden sin importarle si este enfrentamiento cuenta o no, con la anuencia ciudadana.

Los gobiernos, no sólo en América, sino también en Asia y África y en la misma Europa son ya plenamente conscientes de la importancia de la difusión cultural. Pero los gobiernos, como entidades centralmente políticas sólo podrían dar al uso de los medios con que ahora se cuenta la orientación que mejor convenga a los límites de su propia política, por ello es importante que sean encargadas de esta función, aunque sean parte del sistema, las instituciones de educación. Una educación siempre encaminada a formar el futuro de las naciones y por lo que se refiere a naciones como la nuestra, un futuro que sólo puede ser el de cambio. El cambio, válido para pueblos como los nuestros y, por ende, para todas las instituciones de las que se sirve para actuar como nación. La educación, se ha dicho, sólo puede estar al servicio del sistema que la origina y los fines que son propios de éste. ¿Cuál es el sistema propio de pueblos como los nuestros? ¿El coloniaje? ¿El neocoloniaje? Propios, desde luego, no lo son. Y no siéndolos, los empeños de estos nuestros pueblos, a través de todas las instituciones en los que se hacen expresos, han de tender al cambio. Al cambio de un sistema que no puede ser considerado como propio, por mucha que sea la propaganda que se haga en este sentido. Desde el ángulo político, es obvio que las naciones obligadas a actuar dentro de un sistema que les ha sido impuesto y, por ello, extraño,

tendrán que hacerlo a partir de un mínimo de posibilidades y de necesarias simulaciones en relación con la subordinación impuesta. Es en el campo de la educación y la cultura donde los obstáculos pueden ser soslayados y las posibilidades más amplias. Y en este sentido se puede educar, no para aceptar lo impuesto, sino para enfrentarlo con mente crítica y, a partir de ella buscar todos los resquicios que, de una manera u otra, irán permitiendo su cambio.

4. Universalidad de lo concreto

Resumamos: docencia, investigación y difusión de la cultura son así expresiones de una sola y gran tarea encomendada a las universidades e instituciones de educación: la función educativa. La cual ya no se reduce a la formación de un selecto grupo de individuos, profesionistas, científicos y técnicos. Estas instituciones han roto ya con las limitaciones que las confinaban a su **campus** físico. Y han tenido que hacerlo así, porque a su vez, este su **campus** ha sido invadido por la problemática cotidiana y externa. Expresión de esta invasión lo son los tercetos intentos para su manipulación; los esfuerzos por convertir a estas instituciones en detonantes revolucionarios, pero también, reaccionarios. Los jóvenes tienen razón cuando demandan a las universidades “ganar la calle”; pero se les anula esta razón cuando los adultos hacen de tal demanda instrumento al servicio de sus ideologías e intereses con el sacrificio mismo de la función que ha sido encomendada a las instituciones de alta cultura como las universidades. Sin embargo, pese a los peligros de su manipulación, estas instituciones han tomado y están tomando conciencia de sus propias limitaciones dentro del mundo cambiante de nuestros días. Conciencia de que no pueden seguir siendo simples fábricas de profesionistas, científicos y técnicos sino de individuos que han de encaminar su acción en determinados campos; pero una acción que ha de ser vista como expresión concreta de la que los pueblos realizan a través de sus individuos.

Las universidades tienen así que recuperar su función educativa, dejar de ser instructoras para transformarse en educadoras, extendiendo su función más allá de las aulas, los seminarios, los laboratorios y talleres. Tienen que regresar activamente a la sociedad de que provienen enfrentándose a la problemática de ésta, para darle sentido. Regresar, a la sociedad, insistimos, pero no como políticos sino como hombres de cultura, aunque este modo

de ser no esté, en modo alguno, reñido con el político. Actuar, por supuesto, es propia de todo ciudadano, pero pensar, razonar, criticar debe ser función de los universitarios, como hombres que son de cultura. Doble función propia del hombre, pero que debe ser discriminada para que en lugar de una actividad confusa sea una actividad consecuente. Pensar y actuar, sin que la acción impida la claridad del pensamiento, ni el pensamiento la seguridad de la acción. Es en este sentido, el propio de las instituciones de cultura superior, que deben ser utilizados los poderosos instrumentos de información de nuestros días, como ya los utilizan los partidos políticos sin que se confundan los unos y los otros. La política, obviamente, debe y tiene que ser objeto del análisis crítico del hombre de cultura que se exprese en estos medios; respecto a la acción, ésta corresponde al político señalarlo, así como los canales de la misma acción. El uno está obligado a racionalizar, por ende a criticar; el otro a orientar la acción que la crítica no podrá ya poner en duda. Porque, ¿qué hombre de cultura puede ser el que sólo puede repetir consignas? y ¿qué político al que la crítica y la autocrítica puedan poner en duda la eficacia de su acción? Todo esto no quiere decir, insistimos que en un individuo no se den tanto el crítico como el hombre de acción. El crítico capaz de detener su acción hasta asegurarse del éxito de la misma y el político que una vez decidido esto no ha de titubear aunque surjan nuevos cuestionamientos. El academismo puro sólo sirve para la manipulación por quienes tienen una meta por alcanzar; como la acción pura anula simplemente la tarea propia de la educación, la racionalización.

Para esta nuestra América es de especial importancia la concepción de universidades e instituciones de educación superior abiertas a la recepción cotidiana de la problemática de la sociedad. Problemática que ha de ser el punto de partida para conocer de las posibilidades de una acción racionalizada, encaminada a transformar la realidad. Una realidad que ha venido respondiendo a estímulos que no siempre nacen de sus propias necesidades. Asimilar este mundo, racionalizarlo, para regresar su problemática a la sociedad racionalizada, criticada de tal forma que se puedan destacar los puntos de partida en donde la acción encaminada al cambio puede ser más eficaz. Porque es el cambio que las universidades han de preparar, si éstas han de cumplir su función. De la misma forma como las universidades que sirven al sistema dominante, preparan para la dominación y para la aceptación de la misma

como algo ineludible, las universidades latinoamericanas han de preparar para el cambio.

Esta preocupación no es ya ahora puramente latinoamericana. La misma, decíamos, se ha hecho expresa en aquellas regiones del mundo que han recibido el impacto de la dominación de pueblos para los que la cultura, su propia cultura, tenga el signo de la universalidad. Pero la universalidad vista como expresión y culminación de ese su dominio. No la universalidad como la han entendido, la entienden y la siguen entendiendo los pueblos sometidos a la dependencia. En éstos la universalidad surge del reconocimiento de lo propio en lo ajeno, pero sin pretender, por esto, enajenarlo. La conciencia de que los otros, como nosotros, son entes concretos y por ello nuestros semejantes. Entes con un cuerpo, una cultura, una sociedad, sin que por ello sean más o menos hombres. Universalidad, que parte de la idea de que todos y cada uno de los individuos concretos, que son los hombres, forman en su conjunto la humanidad. La humanidad como expresión universal del hombre, pero no su abstracción, sino su múltiple y concreta expresión. Es en este sentido que los pueblos que buscan recuperar una identidad que el coloniaje les ha arrancado u ocultado, deben entender la difusión de la cultura. Difusión a través de la cual el hombre de estas regiones de la Tierra tome conciencia de la concreción de su propia humanidad, de su propia identidad y, a partir de ella, de su relación con el resto de los hombres. A esta acción cultural se le llama ya Política de la Cultura, porque política es; pero no la política propia de la acción, sino la política que puede prepararla y hacerla más eficaz.

II

LA CULTURA COMO POLITICA

5. La cultura como un derecho.

El 14 de agosto de 1941, con Europa, ya devastada por la guerra iniciada el 1º de diciembre de 1939, el premier de Inglaterra Winston Churchill y el presidente de los Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, daban a conocer al mundo la Carta del Atlántico, firmada en medio de este océano. Pocos meses más tarde, el 7 de diciembre, los Estados Unidos entraban en la guerra después del bombardeo japonés sobre la armada estadounidense en Pearl Harbor. La era el resultado de una preocupación, la de dar sentido a la larga guerra que las naciones occidentales estaban haciendo al totalitarismo italo-alemán, que se extendería al militarismo japonés. La guerra, ahora como nunca, la estaba también librando la población civil de las naciones ocupadas o bombardeadas sin piedad por los ejércitos totalitarios. Los pueblos que eran colonias o semi-colonias de los imperios en guerra con el nazifascismo y el militarismo en Europa y Asia, sufrían igual agresión. La población civil y las tropas alistadas en las colonias para resistir al totalitarismo deberían contar con alicientes para una guerra que podrían sentir ajena respecto a los intereses que se jugaban en ella. Había que establecer principios que diesen seguridad a los combatientes de que, al fin de la guerra, al triunfar sobre el totalitarismo, habría "un futuro mejor para el mundo". Se propusieron ocho puntos, que eran como una promesa de las potencias llamadas democráticas, de que de ellos se haría partir un futuro mejor para el mundo. Se reconocería y respetaría la soberanía na-

cional de los pueblos combatientes, lo cual implicaba el fin del colonialismo, la promesa de su futura independencia. Se habló de cooperación internacional que permitiese que la prosperidad económica, hasta ayer sólo de unos cuantos sería extensiva a esos mismos pueblos. Se harían, igualmente, los máximos esfuerzos para que la guerra no fuese ya el instrumento para dirimir disputas entre naciones. "Libertad contra el temor y la pobreza", válida tanto para los habitantes de las devastadas ciudades como para los pueblos hasta ayer simples instrumentos de los imperios que ahora necesitaban de su ayuda para vencer a las tropas de un sistema totalitario, sistema que parecía ser más duro que el colonialismo sufrido.

Sin embargo, aún no terminaba la Segunda Gran Guerra, en la que los aliados llamados democráticos iban triunfando, cuando ya se hacían expresas resistencias a cumplir con un programa de reformas que para estas potencias, eran tan sólo una promesa circunstancial y que, por lo mismo, podía dejar de tener validez. Pero las promesas estaban hechas y los pueblos que habían pagado con sangre el cumplimiento de esas promesas, exigieron su cumplimiento. Hubo que crear organizaciones internacionales orientadas a mitigar los problemas de la posguerra, y el del regreso de los guerreros a sus cercanos y lejanos hogares y la seguridad de que esa lucha, en que habían triunfado con la sangre ofrecida y la resistencia, no había sido vana. Organizaciones para la alimentación, para el trabajo, la salud y la educación. La creación del más importante organismo fue la Organización de Naciones Unidas, en el que estarían representados todos los pueblos que sin discriminación, habían dado con coraje su sangre y bienes en la lucha contra un pasado de violencia que no podía ni debía repetirse. Las grandes potencias, sin embargo, bajo cuyo impulso y conducción tuvo que crearse este organismo, se reservaron derechos, entre ellos, el del veto. A pesar de esto se obtenía algo muy importante la voz de los pueblos hasta ayer ignorados sería escuchada y su voto alcanzaría valor mientras no afectase los intereses de las grandes potencias más allá de lo que por obligada política estaban dispuestas a conceder.

El 10 de diciembre de 1948, apenas apagándose los rescoldos de la terrible contienda cuyo fin había dado origen a la Organización de Naciones Unidas, en la Asamblea General de la misma se aprobaría la Carta Internacional de Derechos, que incluía una Declaración Universal de Derechos Humanos. De tales derechos ya había hablado la revolución estadounidense en 1776 y la francesa

en 1789. Pero había ahora algo más que la afirmación cartesiana de la igualdad de todos los hombres por la razón, también los hombres eran iguales, por lo que los distinguía entre sí. Con ello se ponía fin a una no menos racional discriminación de unos hombres en beneficio de otros, por ser distintos. El artículo 2.1. dice, "Toda persona tiene todos los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición". Por ello toda persona tenía garantizados múltiples derechos, entre ellos, los de la educación y la cultura. El artículo 27.1. dice: "Toda persona tiene derecho a tomar parte libremente en la vida cultural de la comunidad, a gozar de las artes y a participar en el progreso científico y en los beneficios que de él resulten". En el Pacto Internacional de Derechos Económicos, sociales y culturales de la misma Carta, los Estados que signan el Pacto, establecen en el Artículo 15.1 lo siguiente: "Los Estados Partes en el presente Pacto reconocen el derecho de toda persona a: 1) Participar en la vida cultural; 2) "Entre las medidas que los Estados Partes en el presente Pacto deberán adoptar para asegurar el pleno ejercicio de este derecho, figurarán las necesarias para la conservación, el desarrollo y la difusión de la ciencia y de la cultura; 3) Los Estados Partes en el presente Pacto se comprometen a respetar la indispensable libertad para la investigación científica y para la actividad creadora".

El derecho a la cultura, el derecho a recibirla y a expresarse a través de ella resultaba así, ser algo más, mucho más que un adorno. Se trató de un derecho elemental y necesario del hombre y de los pueblos que forman los hombres. La difusión de la cultura surge así como necesaria obligación de los propios gobiernos. La cultura no es cosa de élites que, graciosamente, puede ofrecer públicamente sus expresiones. Es función propia y al servicio de los mismos pueblos a través de los individuos que los constituyen. En este sentido la cultura va a ser considerada como acción política. Como parte de la política encaminada a dotar a los pueblos de los medios para su desarrollo material, la libertad y la posibilidad de erección. En un documento de la UNESCO se dice "La política cultural no se distingue, en cuanto a su metodología, de la política general de desarrollo". Esto es política como acción nacional e internacional para hacer realidad uno de los derechos del hombre. Y, a partir de esta concepción de la cultura y su acción, su política, la conciencia de que siempre ha sido eso, política.

Pero política, hasta ayer, al servicio de grupos de intereses limitados. Política de manipulación encaminada a mantener a individuos y pueblos bajo predominio. Ahora, como contrapartida, una política encaminada a estimular la acción de todos los hombres y pueblos, sin discriminación, en el campo de la cultura. De una cultura que los exprese y dé sentido al afán de todos los hombres y pueblos, por la libertad personal y la posibilidad de autodeterminación de sus pueblos. Difundir y asimilar cultura no es un privilegio que puedan otorgar determinadas élites, sino obligación social de las instituciones que han de tener a su cargo esta tarea, como parte de las tareas que los gobiernos han de realizar en beneficio de sus representados. El “reconocimiento del derecho a la cultura —dice el mismo documento de la UNESCO— entraña, para los poderes públicos, el poder de suministrar los medios para ejercer ese derecho”. El desarrollo, al que tienen derecho todos los pueblos de la Tierra, reclama, el que se refiere a la cultura a través de la cual esos mismos pueblos expresan su propia identidad. Esto es, lo que les identifica en concreto, como miembros activos de una tarea que es propia de todos los hombres y pueblos. No ya la acción servil de unos pueblos en beneficio de otros, de acuerdo con los puntos de vista e intereses de éstos, sino una tarea en la que todos los pueblos, a partir de su propia identidad han de participar en una relación horizontal de solidaridad y no ya en la relación vertical de dependencia.

6. Políticas culturales.

La UNESCO iniciará, en 1970, una serie de consultas sobre el problema que, junto con el de la educación, implica el de la difusión de la cultura. En la ciudad de Venecia, entre el 24 de agosto y el 2 de septiembre de ese año, se reunió la Conferencia Intergubernamental sobre los Aspectos Institucionales, Administrativos y Financieros de las Políticas Culturales. La Conferencia fue inaugurada por el señor René Maheu, Director General de la UNESCO en ese tiempo. Sus palabras demostraron el extraordinario interés que había alcanzado la cultura y su difusión como parte de los esfuerzos para crear ese mundo mejor, para todos los hombres y pueblos, que en la última contienda mundial se había presentado como promesa cuando los totalitarismos fuesen vencidos por quienes en esa lucha se jugaban la libertad. Por primera vez, a un nivel internacional, se hablará de Políticas Culturales. Expresión provo-

cadora cuyo alcance, apenas hacía unos pocos años hubiera sido difícil de aceptar. La política como una acción gubernamental, nacional, al servicio de la cultura, sin que tal acción implicase, en forma alguna, la manipulación de la misma. Los estados, no ya conduciendo, sino estimulando y ofreciendo los medios para que los creadores de cultura y sus receptores lograsen su máxima expresión. Como instrumento la difusión a través de la cual los pueblos irían integrándose y tomando conciencia de su propia identidad. "Todo hombre —dijo Maheu— tiene derecho a la cultura del mismo modo que tiene derecho a la educación y al trabajo. Esto significa. . . que los poderes públicos han de proporcionarle los medios de ejercer ese derecho". (1) Tal sería el primer fundamento de la llamada Política Cultural.

Pero había más, esto significaba, igualmente que "la cultura, o por lo menos la que es objeto de la política cultural, no puede seguir concibiéndose y tratándose como una actividad de lujo, privilegios de una minoría selecta, y menos aún como un conjunto de bienes valiosos reservados a una minoría de poseedores o de especialistas, sino que es necesario concebirla y practicarla ante todo como **una determinada dimensión de la vida humana**, accesible a todos y gracias a la cual todos pueden lograr la plenitud de su personalidad". El que la cultura fuese vista como un derecho del hombre, de todo hombre, como un derecho a recibirla y a expresarse a través de ella, ponía punto final a los elitismos de toda especie, como lo expresó el Director General de la UNESCO cuando agregó: "La introducción de la noción de derecho a la cultura como derecho del hombre marca el final de la cultura-cosa y de la cultura para minorías selectas". Igualmente marca el final "del liberalismo abstencionista del Estado ante la actividad cultural". Para que no sea cosa de élites, la cultura debe estar al alcance de todos los hombres concretos del pueblo que ha de recibirla y ha de expresarlo. Pero habrá algo aún más importante, que no expresa Maheu, pero que harán suyo los representantes de las naciones hasta entonces al margen de la cultura vista como único patrón, de la cultura europea-occidental. El derecho a poner también, fin al predominio de una cultura que era otorgada o retenida según los intereses de sus creadores. "Es evidente que hoy día —dijo en la misma reunión el representante de Irán— está desapare-

1. *Conferencia Intergubernamental sobre Aspectos Institucionales, Administrativos y Financieros de las Políticas Culturales*. Informe Final UNESCO, París, 1970.

ciendo la aristocracia cultural. La cultura ya no es el patrimonio exclusivo de una selección o de unas contadas regiones privilegiadas, sino que tiende a convertirse en propiedad común de todas las personas y todos los pueblos”.

La cultura no es exclusividad de élite alguna, ni de determinados individuos, ni de grupos de individuos, ni de naciones o regiones. Es a través de la cultura que los individuos y los pueblos se identifican como entes concretos en la realización de una tarea común a todos los hombres y pueblos, tarea cuyos frutos han de ser vistos como bienes comunes a todos sus participantes. Bienes para ser asimilados enriqueciendo así sus propias identidades. Toda identidad al expresarse, enriquece otras expresiones de la identidad de los hombres y pueblos que forman la humanidad. Humanidad, concepto, que no puede ser ya considerado como abstracción, sino como expresión de un conjunto de realidades humanas, concretas, que sin dejar de serlo, están ligadas entre sí. En este sentido los bienes creados por culturas como la occidental, serán vistos como patrimonio de la humanidad, al igual que las expresiones culturales de los pueblos de otras regiones del mundo. La cultura occidental no ya como una cultura dominante que impone sus modelos al resto de hombres y sus expresiones culturales, sino como una más de las múltiples expresiones del hombre y, por muchos motivos privilegiada, pero no exclusiva, del mismo hombre a través de la historia.

En el Relato, hecho de esta primera y extraordinaria reunión para determinar las Políticas Culturales, se hizo patente la preocupación por la descolonización, mediante la cultura, entre varias de las naciones participantes. Igual preocupación por el uso que ha de hacerse de los poderosos instrumentos de difusión actuales para el mejor logro de esta función. Se denunció el uso manipulador de estos poderosos medios de información. Se habló, así, de la amenaza que “procede de la explotación comercial intensiva de las nuevas técnicas de información, que podrían dejar anticuadas a muchas de las instituciones y pautas culturales existentes y conducir al predominio de una cultura de masas comercial y cosmopolita”. Cultura de masas des-identificadora de pueblos que tanto necesitan afianzar su propia identidad para actuar en una común tarea internacional pero a partir de su propia y concreta personalidad.

Para los pueblos en vías de desarrollo, que han sufrido el impacto de la colonización, se dijo expresamente, la definición y afianzamiento de su identidad, a través de la cultura, es esencial a

los mismos. "En los países en vías de desarrollo, se reconoce cada vez más que el adelanto cultural es un componente esencial del progreso económico y social. El establecimiento y fortalecimiento de la identidad nacional mediante la acción cultural puede incluso considerarse como un requisito previo del progreso social y económico en las condiciones postcoloniales". En este sentido, "Es necesario estimular la participación de grandes capas de la población en las actividades culturales y sustituir así, una cultura de minorías, importada y extranjera, por una cultura genuinamente popular y nacional, basada en formas nacionales de expresión". Desde este punto de vista, "En numerosos países en vías de desarrollo se considera que la penetración de las culturas extranjeras comercializadas constituye una amenaza". Se recomiendan, así, acciones que no hagan de la difusión cultural generadora de pasividad, sino por el contrario, estimulen y comprometan en una acción creadora a los diversos individuos que la reciben. La cultura no es un adorno, no es excrecencia de determinados grupos sociales o élites, sino sangre activa, que vitaliza y revitaliza a los hombres y pueblos que la reciben; así, "la Conferencia coincidió en que la cultura no es simplemente un adorno sino una parte integral de la vida social". Los creadores de cultura, por supuesto, han de ser parte esencial de esta política. La libertad de creación de los mismos no está reñida con la acción en beneficio de los pueblos de que son igualmente parte. "La libertad del artista es un derecho humano fundamental, pero sirve también al bien general como antídoto de la burocracia estéril y aguijón de crítica, a la iniciativa y la innovación creadoras en la sociedad".

Partiendo de esta concepción de la cultura, la "Conferencia consideró de un modo unánime que todas las culturas son iguales y dignas y que en el mundo contemporáneo no debe haber lugar para el imperialismo cultural en el sentido histórico de la palabra". Deben, por el contrario, estimularse las expresiones culturales de pueblos que, por su marginalidad y su pobreza, no han tenido plena oportunidad de expresarse y hacer patente su propia identidad. Una identidad que todos los hombres, como los pueblos, tienen como expresión esencial a su existencia. En el Congreso, a través de sus diversas resoluciones se insistió, entre otras cosas, "en la importancia del desarrollo cultural para el progreso general de los países en vías de desarrollo"; en "la necesidad de eliminar las consecuencias del colonialismo y de proteger las culturas nacionales contra el neocolonialismo y el expansionismo ideológico". La voz de pueblos hasta ayer marginados económica, política y

culturalmente, se hacía ya expresa en la elaboración de políticas que sirvieran a sus propios intereses. Intereses hasta ayer sometidos a los que les eran extraños. No más elitismo, no más el elitismo de una cultura que se había venido presentando como la cultura que, habiéndose proclamado universal, se resistía a su más auténtica universalización, lo que se podía alcanzar a través de otros hombres y pueblos que se enriquecerían enriqueciendo la identidad de la cultura occidental. Todas las culturas eran iguales entre sí, e igualmente dignas, estimulando y siendo estimuladas por los esfuerzos del hombre por realizarse con toda plenitud y con absoluta libertad.

7. Europa y su política cultural

Dentro de este contexto tendría que ser de especial importancia la postura propiamente europea. Esta se hizo expresa en la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales en Europa, celebrada en la ciudad de Helsinki, Finlandia, entre el 19 y el 28 de junio de 1972. La reunión, obviamente, fue, en parte, una vuelta sobre sí misma de la cultura europea. Una vuelta sobre su propia acción en lo interno, como expresión de su propio desarrollo, pero también en relación con las demandas de pueblos que le eran periféricos. El por qué la serie de encuentros regionales sobre Políticas de la Cultura se iniciaba en Europa lo explicó el propio Director General de la UNESCO, René Maheu diciendo: "El hecho de que estas series de encuentros regionales comience por Europa merece unas palabras. No debe ser interpretado como el reconocimiento de una primacía cultural, que no tendría sentido según la perspectiva adoptada por la UNESCO de escrupuloso respeto a la diversidad cualitativa de las culturas". (2) Europa ha originado, con sus propios impactos sobre otros pueblos y culturas muchas de las demandas que ahora se hacen a la misma Europa y su cultura. Europa ha enarbolado principios que, al hacerlos suyos otros pueblos, han originado reclamos como el de la igualdad, la autonomía y la libertad. Maheu no dijo, expresamente esto, pero esto se hizo ya patente en la Primera Reunión en Venecia por parte de pueblos hasta ayer vistos al margen de la supuesta cultura por excelencia. Europa misma a través de su

2. *Conferencia Intergubernamental sobre las Políticas Culturales en Europa*. UNESCO, París, 1972.

propia cultura había estimulado otras culturas; las había estimulado y lo que ahora recibía, era, como dijera Toynbee, la respuesta al estímulo. “Europa —dijo Maheu— puede enorgullecerse legítimamente de haber engendrado culturas de vocación universal cuya fecundidad no cesa, incluso en la actualidad, de manifestarse mucho más allá de sus fronteras”. Partiendo de lo que consideraba su superioridad, expresada como universalidad, Europa había dado a los pueblos que recibieron su impacto, la conciencia de la importancia de sus propias culturas ampliando con ello el concepto de universalidad. La universalidad formada ahora por las múltiples expresiones de las culturas de los no menos múltiples individuos y pueblos del mundo. Universalidad en la que los pueblos que recibieron el impacto de la cultura europea buscaron un lugar que no fuese aquel de que Hegel hablaba, al hablar de esta nuestra América, el de ser simple eco y sombra de la cultura europea u occidental.

Las culturas europeas, dijo el Director General de la UNESCO “por antiguas que sean sus raíces, están lejos de haber agotado su savia”. Están vivas todavía y capacitadas para aportar a la cultura universal sus inapreciables y nuevas expresiones. La cultura europea como parte importantísima de la cultura plenamente universal, como factor indiscutible de su capacidad de integración al expandirse sobre el resto del mundo y sus múltiples culturas. Pero ahora ya una Europa consciente del papel real que juega y ha jugado en la creación de una cultura plenamente universal, la cual ha sido hecha y está siendo hecha a lo largo del planeta por hombres y pueblos diversos. Cultura universal en la que estos hombres y pueblos van expresándose, pero no ya como entidades aisladas, incomunicadas, sino relacionadas entre sí. Hasta ayer relacionadas obligatoriamente por la dominación impuesta por Europa; ahora relacionadas entre sí por la conciencia que han tomado de esta relación por lejanas que se encuentren entre sí sus diversas regiones. Esta lejanía la anuló Europa con su expansión planetaria; acción que encontró su sentido en las expresiones de la cultura impuesta. La cultura europea que fue, a su vez, el resultado de tensiones, de encuentros de varias culturas y razas que se dieron cita en ese continente. De estas tensiones internas habló igualmente Maheu. Tensiones de las que surgió a su vez, la vocación universalista europea en el campo cultural. Tensiones que se han universalizado al encontrarse Europa con otros muchos pueblos y con otras muchas culturas. Tensiones que han de ser resueltas, como se resolvieron en la misma Europa, con la

asimilación de todos sus componentes, haciendo del milagro cultural europeo el milagro cultural de todos los pueblos del mundo.

De esta manera, una Europa consciente del alcance de su cultura, pero ya también de sus limitaciones, se daba cita en Helsinki, para programar la política cultural de su propio desarrollo y participar desde este punto de vista en el desarrollo de la cultura con sentido ecuménico. El Presidente de la República de Finlandia, Urho Kekkonen, se expresó en este sentido diciendo, "Esta Conferencia es, en cierto modo, una reunión de familia, ya que todos sus participantes son igualmente europeos y contamos además con la presencia del Canadá, nuestro pariente de América del Norte. Sin embargo, espero que la Conferencia no tenga un carácter demasiado egocéntrico, ya que Europa no es sino una de las partes del mundo y sus responsabilidades no se limitan a su propio desarrollo y bienestar". La cultura, agregó refiriéndose al Congreso de Venecia, no es ya expresión de ningún elitismo. No "puede ser en la actualidad un esnobismo, ni un fin en sí misma, no el deleite de un pequeño grupo selecto". Tampoco es expresión de una sola región del planeta. Respecto a lo primero expresaba "Parece que en nuestros días las gentes reclaman en forma más consciente su parte propia de cultura, no sólo como usuarios, sino como componentes de esa fuerza creadora que está en la raíz de la cultura. La igualdad de acceso a esta última no se entiende ya como un mero derecho de la población a beneficiarse con servicios, valores y formas artísticas elaborados a un nivel más elevado". Y en cuanto a los pueblos que reclaman su acceso en una tarea en la que también quieren participar y no ser simples ecos y sombras, agregó el presidente finlandés. "Cuando los pueblos del mundo exigen la igualdad cultural, quieren con ello que la cultura sea reflejo de las condiciones de vida, de los sentimientos, de los deseos y también de las reivindicaciones del hombre de la calle, o sea del pueblo. La cultura es tanto el instrumento como el producto de las luchas sociales". Dentro de Europa lo reclaman mayorías que de alguna forma han sido marginadas o manipuladas por élites culturales. Fuera de Europa son pueblos que sufrieron el impacto occidental, los que reclaman ahora un puesto en una tarea que, como aprendieron con tal impacto, es deber de todos los hombres, pueblos y culturas.

De la responsabilidad de la cultura europea en el mundo que se está forjando habló, igualmente el Director de la UNESCO. Europa que, junto con una cultura que se presentaba como universal y, de esta forma planteaba esta posibilidad, ha dado tam-

bién ejemplo de sus limitaciones, de sus regionalismos. Limitaciones y regionalismos, intereses inconciliables, de los que fueron expresión las dos grandes guerras planetarias. Por ello Europa puede y está obligada a ofrecer ahora, no ya una cultura de dominación excluyente, sino una cultura de comprensión. “Debe hacerlo —dijo a los participantes europeos— porque ustedes son Europa, y Europa, que por dos veces en el presente siglo ha ensangrentado al mundo con sus luchas fratricidas, tiene ahora la obligación histórica de dar al mundo el ejemplo de la reconciliación, de la concordia y de la cooperación. La divisa de la Conferencia de Estocolmo sobre el Medio Humano era **una sola Tierra**. “Ojalá consigan ustedes, en Helsinki, que no haya sino una sola Europa”.

En este mismo sentido, de amplitud de la cultura europea, considerándose parte de la cultura del mundo y dispuesta a recibir, no sólo a dar, se expresaría el Ministro de Educación de la República de Finlandia y Presidente de la Conferencia. “La mayoría de los oradores —dijo— han aceptado, en efecto, que la búsqueda de la igualdad cultural es el objetivo mayor, que cada país persigue a su manera, y todos somos partidarios del principio según el cual cada país tiene derecho a escoger libre e independientemente su propio camino. Los otros continentes esperan los resultados de esta Conferencia, razón de más para que insistamos en expresar el deseo de Europa de unirse a ellos”. Debemos autocriticarnos, agregó, dejar de pensar que habíamos alcanzado el máximo nivel en la cultura y que nada teníamos que aprender de otros pueblos. La “verdad es que tenemos aún mucho que aprender de las culturas de Africa, Asia y las Américas”. “Debemos pues respetarlas y sostenerlas”. Porque si “bien Europa es nuestra patria común, el planeta es la morada común de todos los pueblos. Las fronteras que lo atraviesan no alteran el hecho de que los diversos pueblos de la humanidad tienen un destino común”.

Como expresión del espíritu que se hizo patente en la Conferencia, es importante la Recomendación 21 surgida de ella. Recomendación en la que se hizo claramente expreso el deseo de colaboración europea con los pueblos marginados, con los pueblos que sufrieron el impacto de la colonización y están nuevamente expuestos al impacto del neocolonialismo. Recoge la recomendación de Venecia respecto a la necesidad de eliminar las consecuencias del colonialismo y proteger las culturas nacionales del neocolonialismo; luchar “activamente por la eliminación del colonia-

lismo, el neocolonialismo y el racismo”, de tal forma que se hagan posibles las “condiciones que permitan a todos los pueblos aportar su contribución al desarrollo de la cultura mundial”. En otro lugar se agrega que la Conferencia “convencida de que un estudio positivo y detenido del contenido de las culturas de los pueblos de Asia, Africa y América Latina, y una amplia difusión de esas culturas entre los pueblos de Europa son dos de los objetivos primordiales de la cooperación internacional”, y se recomiendan diversas medidas que faciliten “el incremento de las relaciones culturales entre los países europeos y los países en vías de desarrollo a base de los principios de respeto de la soberanía y de la independencia nacionales, de la no injerencia en los asuntos interiores, de la igualdad y provecho mutuo”. En este sentido ofrecer ayuda a los pueblos en vías de desarrollo para proteger sus culturas y estimular su desarrollo. Obviamente vuelve a quedar patente, la que parece ineludible relación de dependencia, expresada en la relación pueblos desarrollados y pueblos en vías de desarrollo. Pero pueblos, estos últimos que han de necesitar de la colaboración, más que de ayuda, para una acción que habrá de ser vista como beneficiosa para todos los pueblos, para la humanidad que se expresa en esta relación. Una relación de dependencia que habrá de ser cambiada por una de solidaridad. Algo más allá del altruismo de cualquier especie. En este sentido tendrán que ser importantes los puntos de vista de los propios países en vías de desarrollo. Países que han de señalar sus propias políticas culturales en relación, precisamente con una situación de dependencia que aún no deja de hacerse presente.

8. Asia y su política cultural.

Entre los días 10 y 19 de diciembre de 1973, se reuniría, en Yakarta, Indonesia, la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales en Asia. ¿Cuál es el problema central de las culturas asiáticas? Por un lado el de mantener su identidad; pero por el otro la necesidad de occidentalizarse, en el sentido de hacer suyas la técnica y la ciencia que han hecho del Occidente el centro de la política social, económica y cultural del planeta. Apropiarse del progreso técnico que permita a sus pueblos alcanzar un mínimo de bienestar, pero sin que este progreso implique renuncia al propio modo de ser, a la propia identidad. Una identidad que los países asiáticos han descubierto extraordinariamente rica. Los

países asiáticos, dice en su discurso el Director General de la UNESCO, René Maheu, consideran que, "cada uno de ellos debe fomentar un más amplio y profundo sentido de su identidad cultural, pues sólo él hará posible un desarrollo genuino de la comunidad". Pero, además, han "de encontrar un equilibrio adecuado entre la salvaguardia de la identidad cultural y el progreso técnico que es esencial para el desarrollo. No cabe duda de que sería tan desastroso trabajar por el crecimiento económico sin prestar atención a sus posibles repercusiones sobre las condiciones de la vida cultural como lo sería rechazar el progreso técnico, único que puede garantizar la supervivencia en el mundo ásperamente competitivo de hoy". "Cada país debe, pues, tratar de encontrar su propio camino, para poder adaptar su economía a las exigencias de la tecnología sin sacrificar en el proceso sus propios valores ni las características distintivas de su cultura". Búsqueda de la identidad profunda como medio para salvaguardar a estos pueblos de las manipulaciones del llamado neocolonialismo.

¿Identidad cultural profunda? ¿Una identidad como la que ha hecho de la cultura europea u occidental una entidad compacta, pese a las múltiples diferencias de sus pueblos? El presidente de la Conferencia, Toru Haguiwara, reconoce que la Identidad en Asia aún está en proceso de elaboración. ¿Cuál identidad? La de los pueblos que forman el Asia que, pese a su extraordinaria riqueza, está siendo apenas vista como expresión de una gran unidad de pueblos. Comparando la conciencia cultural de Asia con los países europeos, agrega: "Los países europeos desde tiempos muy remotos, han tenido siempre contactos e intercambios entre sí y han desarrollado una cultura bastante homogénea. Su civilización progresó en las esferas humanistas, cultural y social, así como en los aspectos científico, económico y tecnológico".⁽³⁾ No fue así en los países que forman el Asia. "Los países asiáticos, en cambio, tuvieron mucho menos contacto entre sí hasta tiempos relativamente recientes. Cada uno de ellos, poseedores de una propia cultura y una propia tradición muy antiguas, estaba en cierto modo separado de los otros". Aquí se apunta uno de los problemas básicos de las Políticas Culturales de los pueblos periféricos, el de la integración. La identidad regional ha mostrado sus extraordinarias posibilidades en Europa. "Se requieren pues —agrega Haguiwara— nuevas políticas para la salvaguardia del

3. *Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales en Asia. Informe Final. UNESCO, París, 1974.*

patrimonio cultural y de la identidad nacional, así como para la creación de una nueva cultura. He aquí una gran empresa a la que se nos llama en Asia". Por su parte el Presidente de la República de Indonesia, General Soeharto insiste en que a diferencia de otros continentes, Asia no ha tenido una unidad de cultura. Desde los tiempos pretéritos hasta nuestros días, las naciones de este gran continente han reconocido esta unidad y unificación de la cultura sólo en sus respectivas regiones". Respecto a la necesidad de hacer suya la ciencia y técnica occidentales, dice que habrá aspectos de la cultura asiática, es obvio, que se negarán a adaptarse a las exigencias de la vida moderna como expresión del desarrollo. Habrá, entonces, que saber conciliar la vieja herencia cultural asiática, lo que ha de dar sentido a las acciones de sus hombres, con el natural afán de todos los pueblos por alcanzar el desarrollo material que le permita satisfacer sus múltiples necesidades. Búsqueda de la identidad profunda a partir de la cual ha de ser renovada la cultura.

Conciliar los afanes de progreso, con el modo de ser de estos pueblos, habrá de ser tema central de la reunión asiática. Conciliación, no dilema. No se trata de elegir sino de hacer compatible la satisfacción de las necesidades corporales de los hombres y pueblos con la satisfacción del espíritu que da sentido a las mismas. "Los delegados —dice el comentarista de la reunión— se habían negado con razón a escoger entre cultura y progreso tecnológico, ya que son necesarios tanto la integridad cultural para ser uno mismo, como el poder tecnológico para vivir con el resto del mundo y dejar la propia huella en la historia". Lo importante aquí es vencer el atraso tecnológico, la dependencia tecnológica. Pero partiendo de una tecnología que evite, además, los problemas que está ya planteando a sus propios creadores y amenaza extender a todo el planeta. El debate se hizo intenso frente a lo que se llamó la "contaminación cultural", expreso en el carácter consumista y penetrante de las culturas importadas.

La cultura fue vista, igualmente, como un arma defensiva, frente al colonialismo y el neocolonialismo. "Muchas delegaciones, conscientes de los prejuicios del colonialismo, hablaron de sus políticas culturales como de una búsqueda de nuevas identidades, sobre la base de la confianza en sí mismos y en la autodeterminación". La cultura fue considerada también como instrumento para vencer el atraso. "El desarrollo cultural en Asia, como una constante búsqueda de nuevos sistemas de valores y como medio de concientización social, puede ser un instrumento eficaz para ayu-

dar a los pueblos a liberarse... de las cadenas de la pobreza y el atraso". "Es pues necesario —se dijo igualmente— conciliar la rica herencia cultural del pasado con los valores de la sociedad contemporánea, para evitar una crisis de identidad".

El problema se planteó a los asiáticos en la necesidad de conciliar su natural deseo de desarrollo, con la identidad expresa en sus culturas. En la identidad manifiesta en la cultura está, para los asiáticos la base de la necesaria fortaleza para enfrentar el colonialismo en sus diversas expresiones. Es esta la base del necesario fortalecimiento del nacionalismo de los pueblos asiáticos. Un nacionalismo de carácter defensivo frente a la dominación extraña que toma y ha tomado diversas formas. "Para los pueblos de Asia y sus gobiernos —sigue el comentarista— por ejemplo, la cultura, que no es algo separado de la conciencia de la identidad colectiva, se considera probablemente ante todo y sobre todo como un factor que contribuye a un más fuerte sentido del ser nacional; pero la búsqueda de la identidad cultural va unida en todos los casos a una buena disposición para recibir las otras culturas de la región y del mundo y, en último término, todo lo que es universalmente humano, lo que excluye el aislacionismo cultural e implica la repulsa de las afirmaciones chauvinistas de un nacionalismo excluyente". La identidad cultural, vista como punto de partida para ampliar esta misma identidad con las expresiones de la cultura de otros hombres y pueblos. Ampliación que no puede, ni debe implicar, la renuncia a lo propio. Es lo propio, lo que crea la personalidad de hombres y pueblos lo que ha de potenciarse y no diluirse en otras culturas. En este sentido "Asia tiene conciencia de que sus tradiciones deben encarnarse en nuevas creaciones firmemente dirigidas hacia el futuro".

En las conclusiones se dice, entre otras cosas, que "la afirmación de una cultura nacional no excluye una actitud abierta ante las demás culturas de la región y del mundo, haciendo así posible un proceso de enriquecimiento mutuo. Asimismo, la identidad nacional no debe basarse en una única cultura predominante a expensas de las demás dentro de la nación. Habrá entonces que conciliar, no sólo las culturas no asiáticas que tienen que ver con su existencia, sino también las mismas asiáticas. Asia, como se reconoció, lejos de tener una cultura conciliadora tenía diversas culturas que parecían ser excluyentes. Vencer esta relación tendría entonces que ser importante para poder asimilar a su vez, culturas que se han querido imponer desde fuera de Asia, como la cultura de dominación occidental. Cultura que, como dominación,

ha de ser excluída y combatida, pero no en lo que la misma tiene de expresiones del hombre en una determinada circunstancia. La cultura asiática abierta así a todas las expresiones del hombre para enriquecer su propia expresión. En este sentido no se puede negar al hombre que ha creado las ricas culturas en Asia, la capacidad para apropiarse de las nuevas ciencias y técnicas sin tener que renunciar a su propia identidad. “Un desarrollo cultural dinámico puede adaptarse a condiciones cambiantes; no hay pues razón alguna para que las culturas de la región no puedan marcar firmemente la dirección del progreso futuro a partir de una base social lo más amplia posible”. En este sentido “la cultura no debe identificarse con las tradiciones inmutables, sino que las tradiciones deben poder modificarse de manera fecunda de cara al futuro, mediante un proceso natural de cambio”.

Se reconoció, igualmente, que fue el dominio occidental, sin que así se lo propusieran sus autores, con la ciencia y la técnica que esa cultura originó e hizo necesario, lo que hizo posible la unidad de todos los pueblos. Los “progresos de la ciencia y de la técnica han puesto al mundo de manera irreversible en el camino de la unidad”, expresa la Declaración de la Conferencia. Pero se trata de una unidad en la que queden preservados los valores propios de los hombres que la expresan a través de la cultura. “Que la afirmación de la personalidad colectiva y la liberación auténtica de los pueblos constituyen la esencia de esta sociedad verdaderamente humana. Que la vida interior del hombre es, en Asia la fuente de toda realización cultural”. En otro lugar dice que el “yugo político y económico del colonialismo juntamente con su dominación ideológica que era extraña a los pueblos de estos países tuvo efectos nocivos sobre sus culturas”, así como “el imperialismo, el colonialismo, el neocolonialismo y el racismo constituyen una amenaza constante a las culturas nacionales que apunta a vaciarlas de su profunda significación humanística y democrática y a sustituirlas por el pragmatismo y el empobrecimiento espiritual de la cultura “masiva” conducente a la devaluación de la persona, insta a los estados nacionales asiáticos a “proteger sus culturas contra la corrupción de la cultura masiva y a desarrollar las culturas nacionales”. Igualmente se hizo patente el reconocimiento de la identidad que es propia de cada cultura asiática, pero sin que tal reconocimiento implicase, el no considerarla parte de una identidad más amplia en un sentido humano más pleno. Es en tal sentido que habrá que utilizar los poderosos instrumentos de información, pero ahora puestos al servicio de

tales metas. Una cuidadosa atención a todas las expresiones de la cultura asiática fue también presentada en las recomendaciones para que se realicen acciones encaminadas a alcanzar las metas que se propusiera dicha Conferencia.

9. Africa y su política cultural.

Los africanos, bajo los auspicios de la UNESCO y la Organización de Unidad Africana celebraron, a su vez, la Conferencia Intergubernamental sobre las Políticas Culturales en Africa entre el 27 de octubre y el 6 de noviembre de 1975 en la ciudad de Accra, República de Ghana. La reunión partiría aquí de la conciencia de un hecho, el de la unidad de los pueblos que forman esta región, pese a sus numerosas expresiones culturales, entre ellas la lengua. Unidad que les viene de la conciencia de una situación común a todos ellos, la del colonialismo sufrido, la de la explotación de que han venido siendo víctimas, la de las discriminaciones. Bajo "el dominio colonial —dice la Declaración—, los países africanos estaban en una situación política, económica, social y cultural idéntica". Pluralidad de expresiones culturales africanas, pero unidos todos los hombres y pueblos que las expresaban por un solo y férreo dominio. Este dominio uniforme ha afectado, inclusive, esa pluralidad al someter la misma a los intereses del colonialismo. ⁽⁴⁾ La "dominación, en el plano cultural, ha entrañado la despersonalización de una parte de los pueblos africanos, falsificando su historia, denigrado y combatido sistemáticamente los valores africanos, intentando sustituir progresiva y oficialmente su lengua por la de sus colonizadores". Es en la historia, en el hecho de la colonización, que los pueblos africanos encuentran una raíz común. La raíz que les ha llevado a luchar contra la dominación impuesta, por encima de sus múltiples diferencias y expresiones culturales. La "unidad de Africa tiene primero y sobre todo su fundamento en la historia; la independencia total es la condición básica del pleno desarrollo de la cultura al servicio del pueblo". Existe, en medio de esas diferencias, una identidad cultural, "la cual traduce una realidad común a todos los pueblos de Africa". La identidad es aquí el instrumento para enfrentarse al colonialismo y afirmar la independencia

4. *Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales en Africa. Informe Final, UNESCO, París, 1976.*

de cada pueblo. La identidad vista como conciencia de que se tiene un pasado inmediato común, una historia común, y este es el del impacto colonial y la necesidad de sacudírselo. En este sentido la cultura africana es considerada un arma decisiva “en las luchas de liberación y el combate incesante contra el colonialismo, el imperialismo, el neocolonialismo, el racismo y el **apartheid**; es una manifestación fundamental de la conciencia unitaria y solidaria de Africa contemporánea”. Unidos por la violencia del colonialismo, estos pueblos consideran que pueden estar unidos para el logro pleno de la libertad. Una libertad que tiene ya su expresión en esa diversidad de sus formas culturales.

El africano, se dice, tiene aún que luchar contra la discriminación que le niega su calidad de hombre. Autoidentificarse en este sentido, pero afirmar su propia humanidad, situarse como un hombre concreto entre otros hombres. “A todos nos consta —dice E. Owusu-Fordwouh, Comisario de Educación de Ghana— que todavía hay en Africa lugares en los que se pone en tela de juicio la humanidad de los africanos”. Pero los africanos tienen dentro de sí, en las expresiones de su cultura, los elementos para afirmar su humanidad y “no necesitan acudir a escuelas extranjeras para aprender a crear y, por consiguiente, a adquirir humanidad”. Amadou Mahtar M’Bow, Director General de la UNESCO y también africano dirá que “la causa de la cultura y de la libertad se confunden” en la importancia de la cultura para poner fin a todas las expresiones del colonialismo. “En la lucha contra el racismo y el colonialismo, por encima de las diferencias ideológicas o de las fronteras heredadas de la colonización, la afirmación de la identidad cultural, que sirve de base a la independencia de las naciones resulta ser también un instrumento de unidad africana y una garantía en las relaciones internacionales. A este respecto, un regreso a las fuentes de la cultura nacional parece constituir el primer paso hacia una liberación creadora”.

Africa tiene una multiplicidad de expresiones culturales, lo cual parece implicar, dice M’Bow, un peligro relativo “en el hecho de afirmar excesivamente los particularismos culturales o justificar divisiones, pero no cabe negar que esa diversidad es en sí misma una riqueza”. Por ello, lejos “de constituir por consiguiente, una causa de división, el pluralismo cultural debería ser un factor de equilibrio dentro de cada país y una fuente de enriquecimiento mutuo de las comunidades”. El hecho dice, “de que cada pueblo o grupo humano cobre conciencia de su personalidad cultural propia, entraña forzosamente como corolario el respeto de la

ajena. Esto equivale a decir que el reconocimiento mutuo de las personalidades culturales es una condición indispensable para el advenimiento de un nuevo orden internacional cuyas bases de partida resultarían, por otra parte más fáciles ciertamente de encontrar en el plano cultural que en el económico". La pluralidad y el reconocimiento de esta pluralidad implica, a su vez, el respeto a los otros y en el de los otros a sí mismos. La pluralidad, como la de toda persona, que no por eso deja de expresar una identidad concreta.

La Conferencia, dice a su vez el relato, estuvo de acuerdo en la "afirmación de la identidad cultural y la salvaguardia de la autenticidad en la perspectiva del renacimiento cultural de Africa". Se denunció "la arrogancia del colonizador que ha oprimido las culturas africanas y su pretensión de negar sus valores fundamentales". Por ello "la afirmación de la identidad cultural es la realización de un acto liberador, un arma de combate al servicio de la independencia afectiva y el instrumento privilegiado del pleno desarrollo de los individuos y del progreso armonioso de las sociedades". Pero la afirmación de la identidad implica, a la vez, el luchar contra los elementos alienantes impuestos por el colonialismo. La "afirmación de la identidad cultural pasa por la desalienación decididamente perseguida de los modos de pensar y actuar ajenos a la realidad africana y al abandono de una forma de extraversión que caracteriza todavía con harta frecuencia ciertos comportamientos. No cabe una verdadera independencia sin una descolonización cultural". Habrá por ello, que ir a las raíces de la identidad de los pueblos africanos, destacarlas para que sean asumidas por sus pueblos. "De este modo, el hombre africano dejará de ser un simple consumidor para volver a ser, como en otros tiempos, creador y productor de valores de civilización al servicio de la humanidad". Lo que "no implica en modo alguno un replegarse sobre sí mismo sino que basa en adelante, las relaciones, en un enriquecimiento mutuo de las culturas, con arreglo a una cooperación entre interlocutores libres e iguales".

Así, la diversidad cultural expresa en Africa, lejos de ser un impedimento para unificar sus esfuerzos libertarios puede ser un instrumento enriquecedor. Se pidió, por ello se buscasen conceptos apropiados que permitiesen captar la unidad de esa diversidad. "Conceptos apropiados para expresar la realidad cultural africana en toda su complejidad". Pero había que hacer algo más, asimilar el mismo pasado impuesto, el colonial, y la experiencia que esto significó, pero puesta ahora al servicio de una identidad

ya plenamente libre. “Esta búsqueda de la autenticidad pasa por un renacimiento, que no se traduce en un simple retorno a las fuentes sino que integra las realidades y los imperativos del mundo moderno. Implica una lúcida comprensión que permite la actualización y la renovación de los valores, impidiendo de este modo la creación de ghettos culturales. Se trata, en efecto, de descubrir las nuevas dimensiones de la cultura africana”. Diálogo cultural entre culturas africanas, pero también entre éstas y las demás culturas del mundo. La cultura africana abierta a todas las expresiones del hombre cualquiera que sea el lugar en donde se originen. Una cultura discriminada, sometida a la manipulación servil de quienes se consideraban a sí mismos, como poseedores de una cultura superior, es revalorada y presentada por los africanos como una cultura amplia, dispuesta a enriquecerse y enriquecer. Y desde este punto de vista al africano como hombre en toda su plenitud. Por ello, en bella declaración humanista, el Secretario de la Organización de la Unidad Africana, William Eteki M’Boumouna, —después de expresar la necesidad de poner fin a las expresiones “del colonialismo . . . aferrado en formas sutiles” mediante una revolución cultural, “para extirpar todas las manifestaciones del nocivo neocolonialismo cultural, para dar al traste con la tendencia a la imitación sin discernimiento o al ciego pasadismo”— habló de lo que a la cultura ha de ser para el africano. La cultura vista “como movimiento liberador de masas, como fragua de unidad, como factor de desalienación y por ende como fermento de capacidad creadora y parámetro de nuestro renacimiento”.

¿Renacimiento? Renacimiento del hombre, del hombre concreto que en los diversos lugares de la Tierra existe. Renacer es para el africano recuperar una humanidad regateada y manipulada. Renacimiento que no implica, en forma alguna, revanchismo. Porque el revanchismo sería una expresión más de las fuerzas que han venido negando al hombre. El africano reclama su humanidad, pero en forma alguna pretende negar ninguna expresión de humanidad. El africano quiere ser hombre entre hombres, hombre con su concreta forma de ser; hombre con el color de su piel, su lengua y su cultura. Por ello M’Boumoua termina su intervención deseando que las conclusiones de la Conferencia ayuden a “la construcción de una civilización que podemos calificar de civilización del rosetón, rica en formas y en colores procedentes de todas las culturas humanas”. “Deseamos que preparen y aceleren el nacimiento y el reino de una especie nueva del hombre”. “No ya un hombre

ideal, sin riberas, sin raíces, sino un hombre sensible y dedicado; no un solitario, sino un constructor de sociedades; no un acaparador de riquezas, sino un poeta, es decir, un creador; no un soñador, sino un hombre responsable; no un filósofo que desprecie la ciencia y un sabio que desprecie la filosofía, sino un hombre capaz de ir hasta el final de su razón, conociendo al mismo tiempo sus límites”.

III

POLITICA CULTURAL LATINOAMERICANA

10. Complejidad cultural latinoamericana.

Simón Bolívar, hablando de la América colonizada por España, decía "nuestro caso es el más extraordinario y complicado". Complicación que lejos de aminorarse al lograr su independencia política se acrecentaría. Las expresiones de su cultura, el sentido de la misma, tendrá, por ello características que van a diferir de las encontradas en otras regiones de la Tierra que fueron, también, campo de la expansión europeo-occidental. Amadou-Mahtar M'Bow, Director General de la UNESCO, al inaugurar la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales en América Latina y el Caribe, el 10 de enero de 1978 en la ciudad de Bogotá, Colombia, se refería, igualmente, a la complejidad de la tarea en la elaboración de políticas culturales en esa región: la de la América Latina y el Caribe. "Más conviene subrayar en primer lugar —decía— la complejidad de la tarea, ya que la cultura es de por sí compleja".⁽⁵⁾ La misma denominación de la región, América Latina y el Caribe, es ya un índice de esta complejidad. Una región de esta América es el Caribe que no cabe ya en la denominación América Latina. Una región americana que ya, desde un punto de vista lingüístico, escapa a la latinidad: la región colonizada por Inglaterra y Holanda. Sin embargo, algo existe en esa región que, pese a no encontrarse una denominación que la abarque, la rela-

5. Discurso, publicado en "América Latina y el Caribe: Identidad y Pluralismo", *Culturas*, Vol. V, No. 3. UNESCO, 1978.

ciona con el resto de esta América. La historia de la América Latina se encuentra ligada a esta región. Región en la que muchas veces, las luchas libertarias del continente encontraron apoyo moral y material. Allí está Haití, aunque ya por su lengua es latina, dando apoyo a la que ya parecía causa perdida de la libertad del Continente; pero también Jamaica en la que el hombre que habría de libertar esta parte de la región del continente latinoamericano encontraría asilo, dando allí forma a su gran sueño integrador.

Región, la del Caribe que, como la del continente, habrá de preguntarse una y otra vez por una identidad que, no sólo le ha sido regateada por su colonizador, sino que es difícil definir, como a través de sus viejas y extraordinarias culturas lo hace el asiático; o, a través de su raza, el africano. El problema de la identidad, es un problema común que se plantea tanto en el Caribe como en el Continente latinoamericano. "Si en América Latina y el Caribe la búsqueda de una identidad cultural tiene a veces un carácter tan intenso —agrega M'Bow—, ello se debe a que esta región ha sido el teatro de un amalgamiento cultural considerable, que ninguna política cultural puede dejar de tomar en consideración". Amalgamiento extraordinario el de esta región, en la que se han dado encuentro razas y culturas de todas las regiones de la Tierra: Europa, Asia, Africa. El Caribe ha sido la puerta de entrada de la expansión europeo-occidental en todo el continente latinoamericano. Por allí entraron y se expandieron los rudos soldados españoles y los frailes que les acompañaron. Por allí entraron, encadenados, los africanos esclavizados para compartir con los naturales de esta América la explotación. Por allí llegaron, igualmente, los asiáticos que los colonizadores occidentales traían en calidad de servidores y para tareas no menos serviles, pero de provecho para la gloria de los nuevos imperios. "Pero cuando hablo de amalgamiento —sigue M'Bow—, dando a esta palabra una connotación positiva de "encuentro creador", pienso sobre todo en esas concepciones del mundo que se confrontaron e interpenetraron en diferentes grados y que injertaron en las culturas autóctonas las culturas de las metrópolis coloniales, luego las culturas africanas resultado de la trata de negros y, por último, las aportadas por las corrientes migratorias provenientes de Europa, de Asia, por no decir de todo el mundo". A la inmigración conquistadora y colonizadora y la inmigración esclava siguió la inmigración de quienes no encontraban ya acomodo en el Viejo Mundo, de Euroasia y de otras regiones de la Tierra. De esta manera a la angustiada pregunta del libertador Bolívar y la del civilizador Sarmiento, ¿Quién

soy?, ¿Europeo?, ¿Indígena?, ¿Africano?, se agregaban nuevas interrogantes sobre esa misma y cada vez más complicada identidad. Identidad cuyas raíces históricas y culturales se encontraban lejos del Continente Americano, tanto en la lejana Europa, como en la no menos lejana Asia y la igualmente lejana Africa. Identidad que no se sentía ligada con la tierra, con el hombre y la cultura del continente al que la codicia propia, la codicia de los otros, o la necesidad de sobrevivir había llevado en estos hombres. Dentro del mundo indígena, éste permanecía mudo, aunque expectante, obligado a convivir y a mezclarse con otros hombres llegados de muchas partes, y que de muchas formas sentía extraños, cuando no dominantes.

A todos esos hombres, con sus culturas a cuestas, faltó lo que un español, en este nuestro siglo XX, llamó **transtierro** y no destierro. Esto es, capacidad para enraizarse en esta América y no añorar, siempre, raíces lejanas en el espacio y el tiempo. Porque desterrados van a sentirse no sólo los conquistadores y colonizadores que querían tan sólo alcanzar en América lo que no podían tener en Europa, sino también sus hijos y los hijos de sus hijos. Desterrados, y como pagando el pecado de la ambición de sus padres, eran también los hijos de los inmigrantes y los hijos de sus hijos que se sentían cargando con una culpa, un pecado, que no habían cometido, por el cual habían quedado fuera de sus raíces originales. Esto podrá valer también tanto para el africano, desarraigado de su mundo por la fuerza, como para el asiático obligado a emigrar para escapar a las hambrunas que la codicia del colonizador no evitaba. Y a su lado, los naturales de esta América, como todos los naturales de la Tierra, vistos tan sólo como parte de la naturaleza por explotar, como parte de la flora y la fauna. Sólo objeto de explotación o un compañero explotado.

Pese a todo eso, pese a la conciencia de desarraigo, algo habría de común entre los hombres de esta región americana, la protesta. La subversión permanente, la rebelión contra las múltiples injusticias de que eran objeto todos los nacidos en esta tierra, todos los herederos del destierro. Se da una historia común, de libertades, que se inicia precisamente en el Caribe, donde antes se iniciase la conquista. Haití, con su negra carne, enarbolando los ideales de la Revolución Francesa proclamó su independencia en 1804. Pocos años después a lo largo del Caribe, en el Continente Americano y a todo lo largo y ancho de él empiezan otras guerras de independencia y la liberación política de estos pueblos. Pero ya otros colonialismos explotaban otras regiones del Caribe y nue-

vos colonialismos se iniciarán en esas mismas tierras para volcarse sobre el continente entero tomando el lugar de viejos coloniajes. Así aparecen en nuestros días nuevamente unidos en la historia latinoamericanos y caribeños. Explotaciones y nuevas explotaciones y frente a ellas la rebeldía que las promesas que fue necesario hacer en los inicios de la Segunda Gran Guerra alentaron. Afán de descolonización, semejante al expresado en otras regiones de la Tierra, en Asia, Oceanía y Africa. Algo en común que tendrá que ser tomado en cuenta en la instrumentación de la cultura de estos pueblos aparentemente tan diversos entre sí. ¿Políticas culturales válidas para esa región latinoamericana y caribeña? ¿Algo semejante a lo que ha venido haciendo Europa o el Occidente en su beneficio y Asia y Africa en su defensa?

La temática central en esta región, por lo que se refiere a la elaboración de políticas culturales, va a tener dos preocupaciones, la de la identidad y la de la integración. Preocupaciones que ya hemos encontrado en las Conferencias de Asia y de Africa, pero que en esta América van a tener características peculiares. Las características de una situación que va a diferir de las que hemos visto expresarse entre asiáticos y africanos. En primer lugar la conciencia de desarraigo que en forma alguna se hace expreso en Asia y Africa y, como consecuencia de ello la falta de conciencia de un destino común, el del colonialismo y el neocolonialismo. En este sentido la búsqueda de la identidad latinoamericana va a ser vista como punto de partida de la integración.

11. El mestizaje en la problemática cultural latinoamericana.

Para la América Latina y el Caribe los problemas respecto a la cultura y a la raza que se han expresado en Asia y Africa van a carecer de la fuerza que estas regiones tienen. Salvo en el Caribe franco-inglés y holandés el problema de la raza se relaciona con el que se plantea en Africa. No es un accidente que hayan sido un caribeño, Aimé Césaire y un africano Léopold Sedar Senghor los creadores de la teoría de la "Negritud" ante el rechazo que de su cultura y de su raza habían encontrado en Europa. Una cultura, la caribeña encuadrada en el ámbito cultural europeo, pero rechazada como cultura por no ser obra de europeos; como reacción surgirá, a su vez, el rechazo de modelos de una cultura elitista y discriminatoria como la europea y la afirmación de las

raíces del hombre negro, los cuales se encuentran en Africa. Pero será otro caribeño, Frantz Fanon, el que sitúe el problema del hombre negro dentro de la problemática propia del hombre explotado en diversas regiones de la Tierra, con independencia de su raza y cultura por el sistema que originó el capitalismo. Y con ello el enfrentamiento al sistema desde ángulos que puedan ser válidos para cualquier región del mundo. Y, con ello también, la necesidad del socialismo en donde todos los hombres y pueblos puedan mantener una relación solidaria.

Allí está, por supuesto, el Caribe de lengua española y, dentro de él la República cubana que ha elegido la solución socialista para su pueblo, pero es característica muy especial de Cuba, su preocupación por la cultura latinoamericana, su preocupación por no perder su relación con ella. Preocupación expresa en el reiterado reconocimiento de su enraizamiento con la obra de José Martí, e históricamente, identificándose con Bolívar y los grandes de la América Latina y su cultura. Será la misma preocupación que encontraremos en el continente. Búsqueda de la identidad y, a partir de ella, la integración de esta área americana. La postura anti-imperialista, anticolonial, ya en otro contexto del que implica el rechazo del pasado colonial español, y que ha sido trascendido y asimilado como parte de la identidad latinoamericana, frente a las expresiones tempranas en Latinoamérica, del neocolonialismo expresado en la expansión de la poderosa nación del norte, los Estados Unidos.

El anticolonialismo, en la forma como hemos visto se expresa en Asia y Africa frente a las que fueran sus metrópolis es ya, para Latinoamérica, lejano pasado, el cual se remonta a la etapa de las luchas de independencia, a principios del siglo XIX, en especial en las colonias españolas. Existió el enfrentamiento a la metrópoli española y la cultura por ella impuesta, pero sin que por ello se pretendiera buscar, como lo hacen en nuestros días asiáticos y africanos, raíces anteriores a la conquista y la reivindicación de la raza sometida. Se rechaza a la cultura hispana, porque dentro de ella sólo se formaban servidores de los arrogantes señores de la metrópoli. Se habló, por supuesto, del rico pasado indígena, pero sólo para mostrar ante el metropolitano que se poseía un pasado cultural, aunque el mismo ya no contase en el futuro que se pretendía realizar. Por un lado los grupos conservadores reivindicarán el pasado impuesto por la colonia, pero puesto a su servicio. Y frente a ellos la pretensión de los grupos que no habían encontrado acomodo en ese pasado y pugnaban

por un futuro que lo substituyese. Culturalmente ese futuro lo expresaban las naciones europeas modernas, como Francia e Inglaterra y en el continente americano los Estados Unidos. La Revolución estadounidense de 1776 y la francesa de 1789 y la cultura de la que se derivaban, señalaron la ruta cultural a seguir por los grupos liberales en Latinoamérica. Había, por ello, que deshacerse del pasado cultural español que sólo preparaba para la servidumbre, pero también apropiarse del rico presente cultural de Europa y Estados Unidos que ha hecho posible la grandeza y poder de sus naciones. Pues estas naciones que encabezarán la marcha del progreso, eran las que encarnaban la civilización. En este sentido era menester deshacerse de una identidad que se consideraba impuesta para apropiarse de una identidad, que, sin embargo no habían originado. Había entonces que romper con el pasado cultural impuesto por la colonia; “emanciparse mentalmente”, completando así la emancipación política. Pero habría también que llenar el vacío cultural que esta acción implica, con las expresiones de la cultura de las naciones modernas que habían hecho posible la civilización. Pero eran las naciones, precisamente, las que habían impuesto y estaban imponiendo su sello colonial al Asia y al Africa y se preparaban a imponerlo a la misma América liberada del coloniaje ibero.

Por lo que se refiere al problema racial, la colonización ibera se caracterizó por su capacidad mestizadora. A diferencia de lo que sucederá, en general, con la colonización europeo-occidental que veía como una degeneración el mestizaje con razas consideradas inferiores. El coloniaje ibero aceptó, sin problemas, la mezcla racial entre conquistadores y conquistados. Mientras que en el puritanismo aportado por el coloniaje europeo-occidental se condenaba el mestizaje, en el catolicismo éste era aceptado sin ambages entre los conquistadores y colonizadores iberos. Lo cual, sin embargo, no implicó cambio alguno respecto a la situación predominante de los autores de la conquista y la colonización ibera. La mestización, el mismo hecho de nacer en América y no en la Península, justificaba relaciones sociales, políticas, económicas y culturales en una escala de dependencia. En la cúpula estaba el metropolitano y bajo su dependencia todo individuo nacido en América, incluyendo al criollo, y bajo el predominio de éste el mestizo, y aun más abajo el indígena y en medio una serie de castas y subcastas con lo que se justificaban diversas formas de explotación. Es por ello que Bolívar exclamaba, “Es imposible asignar con propiedad a qué familia pertenecemos. La mayor parte del

indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis, esta semejanza trae un reato de la mayor trascendencia".⁽⁶⁾ En la cúspide estaba, así, el ibero de la metrópoli, aunque ya mestizado por largas luchas en la Península con razas llegadas de Africa y del Asia. En el plano último estaba el indígena que sufría toda la escala de dominaciones. Entre medio, el criollo, tratando de ocupar el lugar del metropolitano; buscando un orden semejante al colonial, pero a su servicio. Frente al metropolitano y el criollo, estaba el mestizo que no tenía en el sistema colonial otro lugar que el de siervo, por lo cual luchará por un orden distinto del existente. Por el mismo orden que en Europa había desplazado al que representaba la colonia. El indígena participará en todas estas luchas, pero cuando emergía, como el caso epónimo de un Benito Juárez, dejaba de ser un indígena para formar parte de la historia de quienes luchaban por crear un sistema opuesto al heredado de la colonización ibera. Se ponía de lado la herencia cultural de la colonia, intentándose asimilar la cultura de los pueblos occidentales creadores de la civilización.

Como se ve, es una situación extraordinariamente complicada la de esta América Latina que se distingue, en su problemática, de la que se plantea a las regiones asiática y africana. Se distingue de ellas en cuanto al enfrentamiento con las fuerzas coloniales, ahora vivas en estas regiones y que aún no son cosa del pasado como en Latinoamérica, salvo en el Caribe anglo-francés. Desde el punto de vista cultural, en Latinoamérica no se habla, ni se ha hablado, de reivindicar viejas culturas originadas en América. Se habló sí, como lo han planteado asiáticos y africanos, de liberarse de una cultura impuesta, destinada a mantener la servidumbre; que así fue vista, la herencia cultural hispana. A esta acción se le llamó, "emancipación mental". Fue para sustituir la cultura dominante de la colonia impuesta por España, que se adoptó la cultura del mundo europeo-occidental, la cual ya había desplazado a esa misma cultura en Europa. El problema racial, tan agudo en Africa y Asia no ha tenido en Latinoamérica la misma importancia. El mestizaje diluyó este problema. Por ello en Latinoamé-

6. Simón Bolívar, "Discurso de Angostura", 15 de febrero de 1819. *Latinoamérica*, 30, Cuadernos de Cultura Latinoamericana, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1978.

rica no se ha hablado de reivindicar los valores de una determinada raza. En cambio, ha puesto el acento en el mestizaje, y como ideal, cuando así se ha planteado, en un mestizaje no sólo racial, sino también cultural, que abarcase todas las expresiones de lo humano.

¿Dónde está, entonces, el centro de la problemática cultural latinoamericana? ¿Qué tiene de común esta problemática con la que se plantean asiáticos y africanos? No está ya en el enfrentamiento con las fuerzas del colonialismo que en Latinoamérica es una lucha superada; tampoco en la reivindicación de la cultura y raza originarias. El problema actual está en la toma de conciencia del neo-colonialismo y en la necesidad de su enfrentamiento. Problema que se planteará a la América Latina apenas terminada la lucha de emancipación frente al coloniaje ibero; el mismo neocoloniaje al que se enfrentarán, al término de la Segunda Gran Guerra, los pueblos que en Asia y Africa se liberaron de sus respectivos coloniajes. La América Latina supo, al término mismo de su guerra de independencia, de los intentos de los imperios modernos en Europa y del que estaba creciendo en Norteamérica, por “llenar el vacío de poder” que dejaba el coloniaje ibero en América. Fue el presidente estadounidense Dwight Eisenhower el que acuñó la frase “vacío de poder”, para justificar la presencia actual del nuevo imperialismo allí donde los viejos imperialismos europeos se veían obligados a conceder la independencia a sus colonias, de acuerdo con las promesas hechas, en la Carta del Atlántico. En 1898, los Estados Unidos iniciarán esta acción de recolonias expulsando a España de sus últimas colonias en el Caribe, para ponerlas bajo su propia hegemonía.

Fue precisamente esta acción neocolonizadora la que alertó, por esos mismos días a la inteligencia latinoamericana, replanteándose la problemática de la cultura de esta región. El cubano José Martí, por un lado, que se enfrentó a España para arrancarle la independencia de la isla pero teniendo ya la interferencia recolonizadora de los Estados Unidos. Por el otro, el uruguayo José Enrique Rodó que alertará al mundo latinoamericano de la acción del imperialismo del Norte. En pasado inmediato, proféticamente, previendo esta misma acción neocolonizadora está, el chileno Francisco Bilbao. Y en este nuestro siglo XX, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Manuel González Prada, Eugenio María de Hostos, César Zumeta, José Ingenieros, Alfredo L. Palacios, Manuel Ugarte y muchos otros. Será frente al nuevo colonialismo que se acuñe, otro término, el de anti-imperialismo.

Término que cundirá a lo largo de esta América y se expresará en revoluciones como la de México en 1910. Al término de la Segunda Guerra, la acción neo-colonizadora será conducida por los Estados Unidos, alentando, inclusive, una acción semejante a los imperios europeos que se habían visto obligados a conceder la independencia de las colonias. Neocolonialismo que no necesitará ocupar militarmente un territorio, ya que contará con la colaboración indígena tanto para mantener el orden adecuado como para guardar sus intereses. Control esencialmente económico; control, en primer lugar de los instrumentos de producción y de la tecnología que permite su uso.

En Latinoamérica, desde el ángulo de la cultura, los intelectuales al inicio del siglo XX tomaban plena conciencia de las consecuencias de la “emancipación mental” latinoamericana a partir del simple y puro rechazo y la substitución de la cultura heredada del coloniaje por las expresiones de la cultura y civilización europeo-occidental. Ellos fueron conscientes de lo que significó la tarea de los civilizadores y positivistas latinoamericanos, abandonando el modelo cultural impuesto por tres largos siglos de coloniaje ibero, para adoptar otro, el modelo cultural europeo-occidental. Conciencia de lo que representa la libre adopción de este modelo occidental y las consecuencias de la misma, esto es, la subordinación a los autores del modelo; esto significaba pura y simplemente, el neo-coloniaje. El partir de la supuesta inferioridad de lo propio, frente a la supuesta superioridad de lo extraño que se pretendía apropiarse era aceptar, diría Rodó, una nueva dominación. La “Nordomanía”, tan en boga a partir de la segunda mitad del siglo XX en América Latina, el querer ser como Francia, Inglaterra, los Estados Unidos implicaba reconocer que algo era superior y que, para ser como ese algo, sería menester aceptarlo como guía, como conductor y como hacedor del destino del conjunto de pueblos que, al parecer, nada podían hacer por sí mismos. Bilbao y Martí temían ya esta actitud autodenigratoria que necesariamente conduciría a nuevas formas de dependencia, aunque éstas fuesen libremente aceptadas. Rodó mostró los efectos desastrosos de esa actitud frente al surgimiento del más grande y poderoso imperialismo. Un nuevo imperialismo y con él un nuevo colonialismo.

¿Qué hacer? Mucho de lo que vemos que se proponen ya los asiáticos y africanos, esto es, volver a las propias raíces, a la propia historia, a la propia cultura. ¿Pero a cuáles raíces?, ¿A cuál historia?, ¿A cuál cultura? En esta América las raíces son múlti-

ples y lejanas; la historia es un entresijo de historias; la cultura es múltiple, como múltiples son los rostros, la carne, el color, de los hombres que forman esta América. Pero es precisamente esta diversidad, esta multiplicidad, la que ha de ser asimilada, la que ha de ser vista como una sola y gran raíz; la raíz del hombre llegado de lejanas regiones del planeta que se ha encontrado con otros hombres en esta América, con los cuales se ha mezclado para hacer una sola y gran historia, la que ha originado este encuentro; una sola gran cultura, la que da sentido a esa gran raíz y a esa gran historia. Habrá entonces que asumir el propio pasado. ¿Cuál pasado? El que ha permitido esta extraordinaria mestización. Asimilar los largos siglos de coloniaje y neocoloniaje y los esfuerzos hechos para anularlos. No ya el olvido, sino el recuerdo creador para que no se repitan. Hacer de lo ineludible, de la historia hecha, el punto de partida de la historia que ha de hacerse y asumir no como olvido sino dialécticamente, el pasado que ha de estar al servicio del futuro. Del futuro de los hombres y pueblos de esta América. Así como también el pasado de los hombres de diversas partes de la Tierra, cuya múltiple sangre corre por las venas de los hombres de esta misma América. Todo esto por lo que se refiere al problema de la cultura latinoamericana, a la política para su difusión, implica un doble enfoque, el de la búsqueda de la identidad latinoamericana y el de la natural integración de hombres y pueblos que han de tener algo en común, y ha de ser expreso en tal identidad.

12. Pluralidad cultural latinoamericana e integración

Ahora bien, en lo que se refiere a las Políticas Culturales, la sección gubernamental cultural como parte de la política nacional, no ha alcanzado, en Latinoamérica, el interés que hemos visto tiene entre los asiáticos y africanos. Las razones, son también obvias. Es entre estos pueblos donde está aún vivo el impacto del colonialismo y la discriminación. En la América Latina todavía se piensa, a nivel estatal, en la cultura como algo un tanto secundario, merecedor de estímulo, pero no esencial. En todo caso un hermoso adorno que a veces es necesario mostrar. La preocupación por la cultura, como un instrumento político ha sido más bien preocupación de una parte de la inteligencia latinoamericana empeñada, una y otra vez, en hacer partícipe de ésta su preocupación a los gobiernos. Nombres destacados de esta inteligencia han

participado en esta actividad. Excepcionales sin embargo han sido, acciones como las de algunos de los gobiernos de la Revolución Mexicana estimulando la pintura mural, para dar al pueblo a través de ella, una visión del sentido de la revolución. Otras derivaciones en el campo de la literatura, por ejemplo, son más bien fruto de un modo personal de sentir ese hecho histórico, por parte de los autores y no ya expresión de una política. Cuba, mantiene por el contrario esta preocupación en general y, la inversa, como negación de la misma estarían, por ejemplo, las declaraciones de algunos gobiernos sudamericanos haciendo la tajante afirmación de que la cultura de esta América es Cristiana y Occidental y a partir de ello deduciendo limitaciones a la necesaria libertad en el campo de la cultura. Limitaciones para alinearse con las naciones y culturas "que aseguran al hombre su realización como persona, con dignidad y en libertad". Pero una libertad limitada, pues se agrega que "No se permitirá la acción disolvente y antinacional en la cultura".⁽⁷⁾ Como se ve, es otra expresión de política cultural contraria a la cultura misma, haciendo patente la aceptación del viejo colonialismo que se decía cristiano y el del neocolonialismo occidental.

Pese a ello, a la falta de conciencia de la militancia de la cultura como expresión nacional y continental, y la militancia, a la inversa, al servicio de viejos y nuevos intereses, la problemática respecto a la cultura como instrumento al servicio de sus creadores y los pueblos de los que éstos son expresión se ha ido acrecentando. Acrecentamiento debido, en gran parte, a la presencia cada vez más activa, de la intelectualidad latinoamericana consciente de lo que la cultura representa para los pueblos que le dan origen. La Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales en América Latina y el Caribe, que siguiera a las del Africa, Asia y la propia Europa, fue anticipada por una serie de reuniones de "expertos", en las que se fue preparando la agenda para Bogotá. Reuniones como las que se realizaron en Panamá y Kingston en 1976 y la celebrada en París en 1977. Igualmente un conjunto de estudios fueron solicitados a diversos especialistas previamente a la reunión.

De las reuniones de expertos de Panamá y Kingston, y de otras relacionadas con las Políticas Culturales, como la de Caraballeda

7. *Conferencia Intergubernamental sobre las Políticas Culturales en América Latina y el Caribe. Situaciones y Tendencias. UNESCO, París, 1977.*

en Venezuela en 1971 y la de Costa Rica en 1976, se destacarán una serie de puntos para ayudar a establecer las búsquedas Políticas Culturales. Puntos en los que se hace referencia a la Identidad Cultural de los pueblos en esta América. “El arraigo en sus valores culturales haría posible que los pueblos recuperasen la confianza y las motivaciones necesarias para la tarea de innovación que impone el desarrollo. Y es la afirmación de la identidad cultural la que fundamenta la voluntad de establecer “un nuevo orden económico internacional”. Se dice igualmente, “que la toma en consideración de los valores propios de las diferentes civilizaciones permitiría basar la cooperación internacional en el respeto mutuo, la justicia y la solidaridad al servicio de la paz”. Se pasa de la identidad cultural a la integración como solidaridad. ¿Qué es lo que caracteriza a la América Latina? “América Latina y el Caribe han dado origen a una “cultura de mestizaje” en gestación permanente, celebrada a menudo como una vocación original”. Esta América se considera, inclusive, destinada a realizar un mestizaje que ha de abarcar al orbe entero. **La Raza Cósmica** de José Vasconcelos sería la expresión de esta gran utopía. El pluralismo cultural, en el que parece concluir el orbe entero, parece ser característico de esta región. Aquí “coexisten las antiguas culturas autóctonas con las culturas heredadas de las metrópolis coloniales, o se unen ambas en un mestizaje creador”. A todo ello se une el aporte africano, originado por la trata de negros, así como las corrientes inmigratorias procedentes tanto de Europa, como del Medio Oriente y Asia. “Hoy es generalmente admitido —se agrega— que el hecho diferencial de la región de América Latina y el Caribe es precisamente la gestación continua de una cultura de mestizaje”. Mezcla de mitos, cosmovisiones, razas y culturas.

En cuanto a la integración surgen algunos temores, como el de si esta integración no afectaría la pluralidad original. “¿Puede la necesaria búsqueda de una identidad o la consolidación de la unidad nacional provenir de una reducción del pluralismo cultural?” se preguntan. “¿Entra la unidad nacional inevitablemente en el advenimiento de una cultura uniforme? ¿No sería preferible velar porque los diferentes componentes del pluralismo cultural contribuyan de manera dinámica al fortalecimiento de una conciencia nacional?” Se propone, entonces, la libre confrontación de culturas para que se enriquezcan mutuamente. Habrá que exponer ante el receptor de la cultura un gran abanico de posibilidades entre las que libremente pueda ir eligiendo los elementos para

forjar su propia identidad. En este sentido una identidad abierta, capaz del cambio creador. La América Latina y el Caribe, de múltiples formas, han recibido diversos impactos culturales, los que se han ido asimilando creativamente. Es esta creatividad la que le da a esta América una dimensión peculiar frente a otras regiones culturales de la Tierra. Por ello, "América Latina y el Caribe después de haber recibido tanto, comienzan a aportar en el concierto de los intercambios culturales internacionales pudiendo estimarse que, de contar con los instrumentos apropiados, su presencia en el resto del mundo, pudiera multiplicarse. Los países de América Latina y el Caribe, que durante tanto tiempo sólo conocían la realidad cultural de otras regiones del globo, a través del filtro interpretador de las metrópolis culturales, comienzan ya a dialogar directamente con las culturas de otros continentes". Esta región va pasando de pasivo receptor a donador. Devolviendo lo recibido después de recrearlo a través de su irreductible identidad.

Recrear es cambiar, transformar, y no un simple recibir. Recreación que afecta lo recibido; cambio que está en la forma de recibirlo y en la voluntad de no aceptarlo sin transformarlo. La cultura en América Latina y el Caribe se va así perfilando como un instrumento para el cambio. Pero no para el cambio en abstracto, no es un querer ser lo que no es, sino querer ser distinto de lo que se es, pero partir de lo que ha de ser cambiado. Cultura para el cambio y, en este sentido, subversiva. Subversiva porque trata de cambiar lo establecido, de cambiar el sistema en el que los pueblos de esta América tienen una situación que se niegan a aceptar. Porque en nada ha cambiado tal situación al pasar del coloniaje al neocoloniaje. Los americanos siguen siendo esos entes abstraídos, "ausentes del universo —como diría ya Bolívar— en todo cuanto es relativo a la ciencia del gobierno y administración del estado". Entes pasivos, siempre obedeciendo, en una sociedad en la que no ocupaban otro lugar "que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más, el de simples consumidores".⁽⁸⁾ Era y es esta situación la que debía y debe ser cambiada. Y la cultura, desde este punto de vista, no puede ser sólo expresión de lo que se es, sino aquello que se debe ser. La cultura que en otras regiones de la Tierra puede servir para el mantenimiento de lo establecido, en la América Latina y el Caribe deberá, por el

8. Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales en América Latina y el Caribe, Problemas y Perspectivas. UNESCO, París, 1977.

contrario, cambiar, transformar, subvertir lo establecido por ser extraño al hombre que ha sido obligado a recibirlo. Por ello los gobiernos que en Latinoamérica aceptan para sus pueblos una cultura que sólo es la doble expresión de la dependencia colonial y neocolonial, cristiana y occidental, se oponen a toda expresión cultural que puede libremente disentir. Por ello en el informe final de la Reunión de Panamá se dice, "Que la cultura, además de un bien que tiene valor *per se*, es el mejor instrumento para inducir el cambio social y elevar la calidad de la vida". Instrumento de cambio, para la América Latina y las regiones del mundo en situación semejante; un instrumento descolonizador, desenajenante y al servicio del desarrollo de los pueblos a partir de la afirmación de sus identidades como expresión concreta de una humanidad que crea y se recrea".

13. Latinoamérica y la universalización de la cultura occidental.

En la reunión de expertos, celebrada en París entre los días 24 y 25 de mayo de 1977, se pusieron a discusión los dos grandes temas referentes a la cultura en América Latina y el Caribe: "La identidad cultural de América Latina", y "La integración nacional, sub-regional y regional".

Respecto a la Identidad Cultural de la América Latina se insistió en lo variado de su constitución: indígena, europeo colonial, africana, inmigratorio moderno. Así como en la reiterada recreación de esa misma identidad. Se dijo, "América es un continente cuya vocación primera y última es el mestizaje, no sólo de razas sino fundamentalmente cultural". En "esta característica constitutiva del hombre americano, con la noción de identidad por solidaridad, América Latina deberá encontrar las bases de maduración de su personalidad común". Una identidad que va a ser las antipodas de la cerrada concepción que, sobre su propia humanidad tiene el hombre europeo y occidental. Humanidad, la del americano de esta región, abierta a todos los hombres y por ende abierta a todas sus expresiones culturales. No ya la concepción europeo-occidental que hacía descansar el universalismo de su cultura en las expresiones de su propia humanidad, y en la exclusión de otras culturas que no fuesen expresión de la propia. No en la discriminación de hombres que no tuviesen las características étnicas y somáticas semejante a las suyas.

Pese a esta discriminación América Latina se considera parte de la cultura occidental, prolongándola por encima de las cerra-

das características que le otorgaron sus creadores. En Latinoamérica la cultura occidental cumple la misma función integradora que había caracterizado a la cultura en Europa, a lo largo de su historia. Una función que esa misma cultura no puede ya cumplir por su anquilosada postura de supremacía cultural y racial. Roma, en el pasado cumplió extraordinariamente esta función creadora de la cultura europea hecha expresa, al desintegrarse el Imperio Romano y al surgir en su lugar las sociedades de las que se originaron las grandes nacionalidades europeas. Todas ellas derivadas de un tronco cultural común, el que le dio Roma a través de su imperio. Esta función se dice, la realizará ahora la América Latina haciendo de puente entre la cultura europea y las culturas que en Asia y África al occidentalizarse, sin menoscabo de sus peculiaridades, dando así a la cultura europeo-occidental la plenitud de su universalización". América Latina, —se dice en el resumen de la reunión de expertos— pertenece hasta cierto punto y de una manera peculiar a la cultura occidental, y su realidad ha consistido en incorporar lo occidental a un escenario nuevo, proceso inédito como situación histórica y que puede compararse a la desintegración del Imperio Romano; esta confluencia que le ha tocado vivir, con culturas indígenas muy poderosas y una presencia negra muy influyente, hace que esté en situación de desempeñar un papel privilegiado: el de puente natural, tal vez único, entre Occidente y el Tercer Mundo". La cultura occidental cumpliendo de esta forma lo que hasta ayer eran simples pretensiones, una misión universalizadora. Cultura abierta a todas las culturas, asimilándolas, haciéndolas formar parte de una cultura que va acrecentándose con las expresiones de las culturas que va haciendo suyas. Esto fue Europa, este debe ser el Mundo llamado occidental si ha de sobrevivir a las limitaciones que han ya aniquilado, a lo largo de la historia, a otras muchas culturas.

Pero la cultura que va gestándose en América Latina, sin dejar de ser occidental, viene a ser también la negación de la misma. Negación de los límites que sus creadores le han impuesto para hacer prevalecer sus limitados intereses. En esta América la cultura que ha dado origen a grandes expresiones racionalistas y tecnológicas, tendrá que adaptarse a una cultura arraigada en las expresiones más elementales del hombre. A lo que el hombre es y tiene que ser para no subordinarse al puro racionalismo y la tecnología cada vez más enajenantes del hombre que las hace posibles. "En estas sociedades eminentemente pluralistas cuyo universo participa en la aventura racionalista y tecnológica, la iden-

tividad habrá que hacerse tanto con Europa como contra Europa, y América Latina constituye el teatro más adecuado para la realización de una síntesis entre las civilizaciones tecnológicas y las civilizaciones del "arraigo". Para ello será de primordial importancia la noción de identidad abierta de América Latina". Identidad abierta que le viene a esta América de una historia en la que fue siempre objeto de codicias y de la violencia para satisfacer esas codicias. La conquista le incorpora a una historia que le era ajena; los conquistadores campearon por sus largos territorios, para dar origen, como respuesta, a los libertadores empeñados en hacer del sufrimiento de sus pueblos el punto de partida de la libertad de todos los hombres.

Es esta la identidad que ha de ser, una y otra vez afirmada y recreada. Difícil identidad siempre expuesta a una insistente negación de parte de las fuerzas empeñadas en imponerles su propia identidad, poniéndola a su servicio. La permanente "afirmación de la cultura nacional es imprescindible por cuanto en el Continente la independencia política no representó automáticamente la emancipación económica, ni tampoco la ideológica y cultural, y los intereses neocoloniales han pugnado en los dos últimos siglos por seguir imponiendo pautas, modelos y valores ajenos, distorsionando así los perfiles de la identidad cultural latinoamericana". Nuevas agresiones, nuevas interferencias han sido impuestas en nombre de supuestos principios científicos y en nombre del necesario desarrollo industrial de estos pueblos. A partir de estos falsos principios se han establecido nuevas formas de enajenación, que sólo inducen a la aceptación de una anacrónica situación de dependencia. Fue en nombre de estos supuestos principios que en el siglo XIX encarnaron en la idea del progreso y civilización, que los líderes intelectuales latinoamericanos, los civilizadores y positivistas, aceptaron la dependencia contra la cual pugnan ahora, no ya sólo los latinoamericanos, sino otros muchos pueblos en la periferia del llamado Mundo Occidental. "Por consiguiente —se agrega en el documento que glosamos— es tarea imposterable considerar las estrechas relaciones existentes entre el desarrollo técnico e identidad cultural, con el fin de que el proceso de industrialización se cumpla respetando los elementos de base y no desfigure la realidad cultural o natural de los países del continente". En el campo educativo habrá que establecer una clara distinción entre educar e instruir; educar para asumir la propia identidad es una cosa, instruir para ser mejor servidor es otra. Uno es el hombre que sabe quién es y base de la técnica un instru-

mento al servicio de esa identidad, y otro es el hombre a quien se prepara, instruye, para el manejo de técnicas que no están a su servicio. Aprendizaje de un manejo que sólo le convierte en extensión del mismo instrumento. Es el manipulador el que se beneficia del uso que hace, tanto del técnico como de la técnica.

En el mismo documento se pide distinguir entre culturas auténticas, que son la expresión de la identidad de los pueblos de esta América, y culturas injertadas, impuestas, que tan sólo buscan la manipulación de sus receptores. “La oposición —dice— no se plantea entre culturas tradicionales y culturas modernas”. Fue éste el error que originó, al término de la lucha de Independencia, la aceptación de una nueva dependencia cultural. La oposición se plantea “entre culturas auténticas y culturas falsas, injertadas”. Existen, por supuesto, “culturas tradicionales que se tornan inauténticas y se convierten meramente en estereotipos y folklore, en tanto que hay culturas que se suponen modernas y que no hacen sino difundir contenidos aculturantes”. Aimé Cesaire, agrega el documento, decía que “la identidad cultural se puede perder por escleriosis, encerrándose en un provincianismo folklórico, o por disolución abriéndose a una falsa universalidad”. De la permanente necesidad de recrear la identidad de los pueblos de esta América surge la auténtica UNIVERSALIDAD. Recreación en la que lo propio, lo verdadero, va enriqueciéndose con las expresiones culturales de otros hombres a la vez que enriquece a éstos sin que tal cosa implique su anulación.

14. Cultura para el cambio liberador

Respecto a la integración, hecha a partir de la conciencia de la propia identidad, se expresa que esta América, una y otra vez integrada por la dominación, el colonialismo y el neocolonialismo, tiene que integrarse en la libertad. Porque resulta terriblemente absurdo que sea siempre la manipulación de extraños la que integre a los pueblos de esta América en beneficio de sus manipuladores. “Hay que lograr —dice el documento— la difícil tarea de integrarse en la libertad y en la solidaridad, en lo que une a los países más allá de sus diferencias, y necesario hacerlo a partir de la realidad concreta y de la experiencia creativamente asimilada de la colonización para no caer en otras dependencias”. Habrá que asimilar el pasado, el ineludible pasado colonial, para que el mismo no vuelva a presentarse. En el pasado está también el mundo

indígena, su conquista y su ineludible asimilación a través de la violencia y la explotación; y también está el mundo negro, arrancado de su mundo para mejor servir a sus explotadores. Criollos, mestizos, mulatos e inmigrantes llegados de todas las tierras creando en el destierro la identidad que los integra. Y a partir de la misma identidad el abrirse a otros pueblos y sus culturas para apropiárselas y para ser apropiado, en una relación horizontal de solidaridad, no ya la vertical de dependencia. “La integración en la libertad —agrega el documento— implica una agudización de la conciencia crítica que lleve a una correcta apreciación de la herencia cultural, y esta conciencia, actuando sin patriotismo, permitirá discernir lo que deba incorporarse del exterior en el sentido deseado y lograr una continuidad cultural inventiva en todos sus niveles”.

No basta el simple rechazo de lo extraño para afirmar la propia identidad. Ella se delineó a través de un crítico rechazo y su asimilación igualmente crítica. Esto implica esa labor, en la que se insiste la recreación cultural permanente. “El rechazo sistemático de una voluntad e ideología exterior no implica de por sí la afirmación de una personalidad libre, puesto que la verdadera colonización comienza cuando se inicia el camino hacia una tarea de auténtica creatividad y realización cultural”. Lo universal se alcanza a partir de la realidad concreta en que se ofrece la identidad. Es a partir de la propia cultura que habrá que reconocer a las otras culturas comulgándolas. Es de esta forma como el individuo se extiende en otros individuos, creando sociedades, naciones, haciendo posible la reclamada universalidad que pretende expresar toda cultura. “El movimiento hacia la universalidad se apoya en la aprehensión de la realidad concreta nacional o regional”. Existen, por supuesto, elementos comunes a la identidad de los pueblos que forman la América Latina y el Caribe. “El reconocimiento de este hecho ha sido progresivo y se ha acelerado en las últimas décadas, constituyendo hoy un fenómeno irreversible. La presencia de los pueblos del Caribe en una historia que resulta ser común con la de la América Latina, la historia de las luchas por la emancipación de sus pueblos, ya desde los mismos años en que afloran en Latinoamérica esas luchas, viene a ser de extraordinaria importancia para mejor perfilar la identidad de toda esta región y crear el horizonte de solidaridad de todos sus miembros. “En el área cultural —la presencia del Caribe— significa el aporte a América Latina de un vasto mar de valores hasta hace poco sumergidos, que señalan la importancia que Africa tuvo, tiene y tendrá en re-

lación con nuestro continente, y que podría servir de puente en el continente africano”.

¿Qué pueden hacer los gobiernos que en América Latina pretendan servir a sus pueblos haciendo expresa su identidad y, a partir de ella, creando vínculos de solidaridad creadora con toda la región?”. “La educación agrega el documento— es un medio fundamental para facilitar la integración, que podría ser favorecida usando el aparato educativo en todos sus niveles, con el objetivo de imprimir a la enseñanza contenidos referentes a la cultura, y a la historia de América Latina. Esto requeriría también la creación de órganos que puedan tomar a su cargo la formación de educadores que enseñarán dichos temas, y de los centros que aseguren la coordinación a nivel subregional o regional”. La conciencia de la identidad y la integración entre sí, de hombres y pueblos que se sientan solidarios por la conciencia de esa identidad, una identidad común a todos ellos, sin menoscabo de su natural personalidad podrá lograr el viejo sueño latinoamericano de la integración en la libertad y por la libertad. El día en que todo niño, joven y adulto latinoamericano tenga conciencia de lo que tiene de común con otros hombres y pueblos de su región; que tenga conciencia de que muchos de sus problemas siendo los comunes pueden ser también resueltos en forma igualmente común, ese día la integración se habrá dado. De allí la recomendación 4, que pide “Que se haga obligatorio, en todos los niveles de la educación, el conocimiento de la historia y la cultura latinoamericana y del Caribe, como lo es ya el conocimiento de la historia y la cultura nacional y el de la considerada como universal”. Y como apoyo a esta tarea la creación de órganos de información, de enseñanza y difusión de los estudios que se realizan sobre América Latina, como punto de partida en la elaboración de los sistemas educativos que han de posibilitar la tarea propuesta. La creación de Centros de Estudios Latinoamericanos en las instituciones de cultura universitaria y superior que se encarguen de la formación de los educadores, profesores, investigadores y profesionistas que han de posibilitar la toma de conciencia de la identidad latinoamericana y, a partir de ella la integración de sus hombres y pueblos.

La cultura, como la educación, en la América Latina vista como un instrumento de cambio. El cambio de una realidad que no se ha aceptado ni se acepta como propia, por una realidad de la que los hombres y pueblos de esta América se consideran responsables. Sobre ellos la recomendación 1 dice: “Que la búsqueda de la identidad latinoamericana sea vista como instrumento de inte-

gración de nuestra América". 2.—"Que se reconozcan los esfuerzos realizados para la integración latinoamericana a nivel político y económico, como punto de partida para un nuevo esfuerzo en favor de una toma de conciencia de la identidad cultural de América Latina". 3.—"Que, a partir del reconocimiento de una integración vertical de dependencia de América Latina bajo diversas formas de colonialismo, se establezca la necesidad de cambiar tal situación por una relación horizontal de solidaridad que conduzca a una integración latinoamericana dentro de la libertad". De esta forma, y a partir de sí misma, de su indiscutible identidad, la América Latina y el Caribe, hacen expresa su participación en los esfuerzos que se vienen haciendo en diversas regiones de la Tierra, para hacer de la cultura algo más que un simple adorno. La cultura como instrumento por el que los hombres y pueblos se pueden expresar como entes plenos de libertad; la libertad como expresión de la capacidad creativa de esos mismos hombres y pueblos. Y en este sentido los gobiernos, como parte de sus obligaciones con sus representados empeñados en Políticas Culturales que den sentido y estímulo a otras políticas encaminadas a fortalecer a sus pueblos sin menoscabo de las libertades de sus miembros. Europa, Asia, Africa y América Latina, desde sus propios ángulos empeñados en políticas encaminadas a satisfacer no sólo las demandas políticas, sociales y económicas de sus pueblos, sino también las demandas culturales que han de dar sentido a todas ellas.

15. Declaración de Bogotá

La reunión sobre Políticas Culturales en América Latina y el Caribe, realizada en Bogotá entre el 10 y el 20 de enero de 1978 fue vista por el Director General de la UNESCO, Amadeu-Mahtar M'Bow como "un momento decisivo en la historia de la cooperación cultural internacional". En los considerando y principios aprobados por consenso de los países participantes, se recogieron las ideas generales que animaron las reuniones de consulta que le antecedieron. El pluralismo cultural, propio de esta zona, fue preocupación central de la conferencia. Pluralidad que se consideró no afectaba la universalidad de esta misma cultura. Se dijo "Que la cultura, al abarcar toda la actividad y existencia humanas, posee una universalidad que atañe a la humanidad en su conjunto". Se habló, igualmente del enraizamiento de toda cultura a

la idiosincrasia y realidad de cada pueblo". Igualmente, "Que la autenticidad cultural no contradice la adopción de elementos positivos de otras culturas". Autenticidad que hace expresa la identidad cultural. Esta, se agregó, "base de la vida de los pueblos, brota de su pasado y se proyecta hacia lo futuro, de suerte que nunca es estática, sino a la vez histórica y prospectiva, estando así siempre en camino a su perfeccionamiento y renovación". Asume el pasado, pero no se detiene en él, sino lo convierte en punto de partida de un futuro que lo trasciende. Para el logro de las metas que se ha propuesto la política cultural necesita de instrumentos por lo que se dice "Que la política cultural reclama una participación amplia, responsable y democrática de los medios de comunicación social dentro del espíritu de esta Declaración".

Se insistió en el hecho de que la América Latina y el Caribe constituyen una región peculiar por la multitud de expresiones culturales que aquí se han dado cita. Poseedoras "de rasgos algunos comunes, otros divergentes, debido a la distinta evolución histórica y, por ello, con requerimientos a veces diversos para la afirmación de su identidad cultural. "Pluralismo igualmente expreso en las diversas formas de humanidad que se han encontrado en esta región. Unos, los aborígenes americanos, los otros, los llegados de fuera de esta América a través de la colonización europea, españoles, portugueses, franceses, holandeses. Además de los africanos y asiáticos. Posteriormente diversas formas de inmigración de Europa, Asia, Medio Oriente. Los componentes culturales de esta diversidad de hombres, cambian al encontrarse entre sí dentro de circunstancias diversas de las que eran originarias. La región les impone su sello. Diversas lenguas, dialectos, culturas. Todo esto se encuentra en la base de la cultura de la América Latina y el Caribe.

Los principios de la Política Cultural para la América Latina y el Caribe aprobados por la Asamblea de la Conferencia fueron los siguientes:

- 1.—Todas las culturas de la región poseen la misma dignidad;
- 2.—Cada pueblo tiene el derecho y el deber de determinar autónomamente su identidad cultural, en virtud de sus antecedentes históricos, sus propios valores y aspiraciones y su voluntad soberana;
- 3.—Cada uno de los componentes culturales de América Latina y el Caribe ha de ser debida y justamente apreciado, preser-

vado y desarrollado de acuerdo con sus características y sin perjuicio o detrimento de los demás;

- 4.—La autenticidad cultural estriba en el reconocimiento de los componentes de la identidad cultural, sean cuales fueren la procedencia geográfica de ellos y las modalidades del mestizaje resultante.
- 5.—La autonomía cultural es inseparable del ejercicio pleno de la soberanía, la integridad territorial y las posibilidades de comunicación amplia con el mundo. En consecuencia es de vital interés para la América Latina y el Caribe la eliminación de todas las formas de enclave o aislamiento que aún afectan dicha autonomía en la región;
- 6.—Al Estado incumbe promover y apoyar el desarrollo cultural, de acuerdo con las características propias de cada pueblo, y garantizar la libertad de creación;
- 7.—La cultura y su desarrollo están estrechamente ligados a la comunicación, la educación, la ciencia, la tecnología y, en consecuencia, las políticas respectivas deben ser concertadas dentro de la concepción de un desarrollo integral;
- 8.—Existe en toda la región una voluntad de integración que, respetando las peculiaridades de cada pueblo, inscribe a América Latina y el Caribe en un destino común;
- 9.—América Latina y el Caribe, abierta al contacto de todas las culturas, tiene la vocación de estar al servicio de la humanidad y de una auténtica universalidad;
- 10.—América Latina y el Caribe comparte las aspiraciones a la justicia, soberanía, libertad, bienestar y paz para todos los pueblos, dentro o fuera de su ámbito, y es fraternal con las demás regiones del mundo que se encuentran como ella en desarrollo;
- 11.—Con el propósito de garantizar el ejercicio de su soberanía, la salvaguardia de sus intereses e identidad cultural, así como la independencia tecnológica, los países de América Latina y el Caribe deben fortalecer y ampliar sistemas propios de

comunicación e información, tanto a nivel nacional como regional, y contribuir así a instaurar un orden informativo internacional más justo y más en consonancia con las aspiraciones de todos los pueblos del mundo;

12.—América Latina y el Caribe respeta la identidad cultural de todos los pueblos, reclama firmemente el respeto a la suya y rechaza todas las formas de dominación cultural. (9)

De especial importancia en esta Conferencia fue el de reafirmar lo expuesto en el párrafo 11 respecto a la necesidad de fortalecer y ampliar sus propios medios de comunicación e información planteado ya en la Conferencia sobre Políticas de Comunicación celebrada en San José de Costa Rica entre el 12 y el 21 de julio de 1976. En esta Conferencia se declaró la necesidad del uso por todos los pueblos de los poderosos medios de comunicación en su propio servicio. Uso que ha venido siendo manipulado por intereses ajenos a estos pueblos, distorsionando la verdad en la comunicación. Por ello, se declaró entre otras cosas. "Que las políticas de comunicación deben contribuir al conocimiento, comprensión, amistad, cooperación y necesidades comunes, respetando las soberanías nacionales, el principio jurídico internacional de no intervención entre los Estados y la pluralidad cultural y política de las sociedades y los hombres, en la perspectiva de la solidaridad y la paz universales". Y entre las recomendaciones hechas, para posibilitar lo propuesto en esta Declaración se dice: "La creación de una Agencia Latinoamericana y Caribeña de Noticias, o consorcio de agencias dentro de la región, cuyos principios programáticos, régimen de tenencia y uso y demás detalles de organización y funcionamiento, serán determinados por un común acuerdo entre los países que desearan incorporarse al combinado". (10)

Que la Declaración y Recomendación tocaban una llaga, lo demostró, de inmediato, la violenta reacción de quienes vienen controlando los medios de comunicación que presentaron como ataque a la libertad de expresión el que los pueblos objeto de la manipulación de dicha libertad de expresión contasen con sus propios instrumentos de comunicación para relacionarse entre sí

9. Publicado en *Culturas*, volumen citado.

10. *Conferencia Intergubernamental sobre Políticas de Comunicación*. Proyecto de Informe Final. UNESCO, París, 1976.

y con otros pueblos desde sus propios puntos de vista. El encono, con el que se continuó la discusión, hizo patente la importancia que para las políticas culturales de la América Latina y el Caribe, así como de otras regiones en su misma situación, tenía el que éstas contasen con sus propios medios de información y el poder controlar, de acuerdo con sus propios puntos de vista, una información que intereses ajenos a estos pueblos, manipulaban en su propio y limitado beneficio.

LA UNIVERSIDAD Y LA DIFUSION DE LA CULTURA

16. La Universidad como conciencia crítica.

La II Conferencia Latinoamericana de Difusión Cultural y Extensión Universitaria, realizada en México entre los días 20 y 26 de febrero de 1972, planteó, entre otros problemas, el de la Difusión o Extensión cultural como instrumento de integración Latinoamericana. En este sentido se orientaron las tesis y comentarios de Angel Rama del Uruguay, Benjamín Carrión del Ecuador y Darcy Ribeiro del Brasil.⁽¹¹⁾ El viejo problema de la integración latinoamericana a través de la cultura. De una integración que se hace problemática en el mismo momento en que esta América rompe los lazos políticos con los centros de poder del imperialismo ibérico en el Continente Americano como en el Caribe lo romperán los pueblos dependientes del imperialismo francés. Integración que se hace problemática dentro de la libertad, ya que la integración era un hecho en el pasado, todavía inmediato, bajo el signo de la dependencia, bajo el colonialismo ibero tal y como ahora lo está bajo el signo del neocolonialismo. Lo que no se produce es la integración latinoamericana dentro o bajo el signo de la libertad. Una vez que nuestros pueblos alcanzaron la libertad, frente al dominio ibero, lo que afloró no fue una comunidad de países libres, la que hubiera sido propia de los pueblos que habían estado unidos bajo el signo de la dependencia, tampoco se

11. Este trabajo fue elaborado para su presentación en Reunión que celebraría la UDUAL en mayo de 1976 en Buenos Aires, que no se realizó.

logra la unidad en la búsqueda de metas que podrían serles comunes. Todo lo contrario, lo que había permanecido integrado bajo el dominio impuesto por los conquistadores y colonizadores iberos, se deshizo, se desgranó en un conjunto de nacionalidades originadas en los intereses locales de muchos de los caudillos de la liberación que habían luchado, unidos, para romper el yugo colonial. Los mismos hombres que habían estado unidos contra la opresión metropolitana, militando bajo las banderas de un Bolívar o un San Martín, de un Hidalgo o Morelos, de O'Higgins, Bonifacio, Artigas y otros muchos, se desbandaron y se aferraron, en nombre de un nacionalismo atomizado, a este o aquel interés. Un interés ajeno a cualquier meta que trascendiese sus limitados intereses locales, los que los múltiples caudillajes estaban haciendo expresos. Todo para caer, como lo estamos ahora, bajo nuevas formas de dominación e integración colonial extrañas a lo que debería ser nuestra integración como pueblos libres. Después de Ayacucho, Junín y otras grandes batallas dadas por los pueblos latinoamericanos para sacudirse las cadenas impuestas por el colonialismo ibero, viene la desbandada en nombre de una libertad que se transforma en anarquía; viene la desintegración en nombre de la libertad para satisfacer múltiples intereses locales. Y de esta forma ser, una vez más, integrados bajo el signo de una nueva dependencia. El de la dependencia a la cual se enfrentan ahora, nuestros pueblos a lo largo y lo ancho de esta América llamada latina.

Ahora bien, romper con la integración neocolonial y hacer posible la integración latinoamericana bajo el signo de la libertad, viene a ser el tema central a ser discutido, para su posible realización, dentro del ámbito cultural. De lo que se trata, precisamente, es de pasar de lo que en nuestros días se viene llamando cultura de dominación a una cultura de liberación. A la cultura como expresión de una determinada forma de conciencia. A esa forma de conciencia que da unidad y sentido a las múltiples expresiones de la acción del hombre sobre su realidad dominándola o sirviéndole de instrumento. La cultura como expresión de la toma de conciencia que hace el hombre de su realidad para mejor actuar sobre ella transformándola. De esta cultura fueron altamente conscientes nuestros emancipadores mentales, los que, una vez alcanzada la emancipación política frente a las metrópolis de Europa, se empeñaron en educar a los latinoamericanos para el uso de la libertad. Nuestros emancipadores mentales, los Sarmiento, Lastarria, Bello, Bilbao, Mora, Montalvo, Luz y Caballero

y muchos otros más que fueron testigos de la desintegración que sufrían nuestros pueblos, testigos de la anarquía que alternaba con la violencia dictatorial, una vez que había sido rota la integración colonial. Estos hombres vieron en la cultura, la cultura como instrumento formativo de hombres, el medio más idóneo para integrar a las viejas colonias latinoamericanas en comunidades de pueblos formados por hombres libres. Su error fue el buscar, fuera de la propia realidad latinoamericana, el instrumental para la elaboración de la cultura liberadora en que pensaban, adoptando formas culturales extrañas que acabaron siendo los heraldos de nuevas formas de dominación y dependencia. Fue contra este equívoco que se alzaron las voces de otra generación, a principios del siglo XX, entre quienes se destacan José Enrique Rodó y José Martí, Manuel González Prada, José Vasconcelos, Manuel Ugarte y otros muchos más. Doble experiencia, nacida de circunstancias que siguen siendo semejantes a las de nuestros días. Primero, la experiencia de una generación, consciente del caos mental que siguió a la independencia, el caos como expresión de los múltiples y encontrados intereses locales creados dentro de la misma colonización y de la necesidad de crear una nueva forma de integración a partir de una educación para la libertad. Pero una educación que tomaba sus modelos de experiencias extrañas a la propia realidad latinoamericana. Modelos que acabaron transformándose en sutiles instrumentos de dominación de los extraños intereses de los que eran expresión. Segundo, la experiencia de otra generación, una generación consciente, de las nuevas formas de dominación establecidas y de la necesidad de ponerles fin, pero a partir de la experiencia anterior para el mejor logro de una auténtica integración latinoamericana bajo el signo de la libertad.

Ahora bien, en Latinoamérica, las instituciones concientizadas por excelencia en nuestro siglo, han sido las universidades. Fue en las universidades latinoamericanas que el espíritu crítico que se hizo patente en las generaciones de emancipadores mentales a que aludimos, ha continuado. En la universidad empeñada en una tarea más formativa que instructiva. Esto es, en una tarea encaminada a hacer de sus educandos, individuos conscientes de su realidad, tomando frente a ella una actitud crítica. En este sentido es ejemplar la Reforma Universitaria nacida en Córdoba en 1918. Reforma que expresará la actitud que debía ser propia de las instituciones de cultura superior latinoamericanas. Las demandas podrán ahora haber cambiado, pero no así la actitud.

La actitud propia de instituciones cuyos miembros se saben parte de una comunidad de intereses que trascienden a los que por sus limitaciones locales han impedido la integración latinoamericana dentro del ámbito de la libertad. Esto es unidad en la diversidad, Uni-versidad. Sentido que se pierde en cuanto estas instituciones deciden ser instrumentos de este o aquel sistema, de estos o aquellos intereses. Fue precisamente sobre esta situación que la II Conferencia Latinoamericana de Difusión Cultural y Extensión Universitaria enfocó su discusión.

La misión educativa de la universidad, se dijo entonces, se enfoca en tres ángulos: el docente, el de investigación y el de difusión. Y es, a través de la difusión o extensión universitaria que la universidad latinoamericana abre puertas y ventanas al exterior. Esto es, se abre a la realidad, de la que ha de ser expresión, y en cuya transformación ha de colaborar. Es por esta vía que se establecen, o al menos deberían establecerse, canales de comunicación por los cuales la universidad se concientiza del mundo exterior y regresa al mismo, elaborando a través de esa su toma de conciencia, el sentido que ese mundo exterior adquiere para tal conciencia, la conciencia como instrumento crítico e integrador. Desde este punto de vista, la extensión universitaria, más que una tarea de **difusión** de los valores de la cultura, deberá ser, también, de **infusión**, esto es, de asimilación de los valores propios de la realidad de que es parte. Canal de comunicación entre las universidades y la realidad de que son parte, canal de ida y vuelta. De **asimilación** o **infusión** dentro de la conciencia como actitud crítica, y de difusión de las expresiones de esa asimilación hacia su origen. **Fusión** y **difusión** como expresión de la tarea educativa encomendada a las universidades, como natural complemento de la docencia y la investigación.

17. Crítica al sistema desde el sistema mismo

Respecto a la importancia de la extensión universitaria, complemento ineludible de la docencia y la investigación, expresaba en mi ponencia en la II Conferencia Latinoamericana de Difusión Cultural y Extensión Universitaria, algo en que creo ha de insistirse: "Las universidades —decía— tienen que recuperar su función a horizontes más allá del **campus** en el que se realizan las tareas de docencia e investigación, más allá de las aulas, seminarios, laboratorios y talleres. Tienen que regresar a la **Polis**, de

las que las excluyeron los aristócratas de la educación. Regresar a la **Polis** pero no como una actividad política más, sino como conciencia, vale decir, como conciencia que ha de señalar las posibilidades mediatas e inmediatas de toda acción, racionalizando lo que es pura y simple expresión de voluntades de acción, de actitudes, de acción cotidiana, formando una conciencia orientadora, esto es, educadora. Las universidades tienen que regresar a la **Polis** sin confundir esta actitud con la que pretende convertir a estas mismas instituciones en instrumentos de ésta o aquella postura política concreta, de éste o aquel interés personal, de grupo o clase. Enfocando y racionalizando sin temor ésta o aquella expresión de la vida cotidiana, ésta o aquella acción, evitando así la interesada orientación del demagogo o el charlatán. Y, para ello, las universidades deben utilizar los poderosos instrumentos de información y difusión con que se cuenta en nuestros días, discutir, racionalizar y expresar profusamente las expresiones del mundo de que son parte. El academismo ya no funciona, el mismo sólo ha conducido a la utilización de las universidades por grupos de acción pura y simple”.

La Universidad como conciencia crítica, asimilando la problemática que plantea la realidad, sometiéndola a la crítica y regresándola, elaborada nuevamente, a la realidad de origen para ser probada en la misma. Sólo de esta forma se podrá superar el obstáculo que en la misma reunión señalaba Augusto Salazar Bondy cuando se preguntaba si era “posible —para el Tercer Mundo y nosotros los latinoamericanos hacer una difusión cultural que no sea esclava del sistema cuando este sistema no es afectado en su conjunto, cuando la cultura no lanza un reto al sistema o cuando la sociedad en movimiento revolucionario no está ya cuestionando y por tanto salvando su cultura”. A esta preocupación podría contestarse que todo sistema, por perfecto que éste pudiese parecer, contiene dentro de sí las contradicciones que han de transformarlo, contradicciones que la conciencia hace patentes y pone en crisis. Pero hay más, por lo que se refiere a nuestra América Latina y al Tercer Mundo, estos pueblos no tienen dentro del sistema otro papel que el instrumento, por lo que su orden es, pura y simplemente, expresión de una situación de subordinación. Nuestros pueblos no son, en forma alguna, beneficiarios en un orden para el que sólo son instrumentos y, no siendo beneficiarios, la actitud frente a tal sistema tiene que ser crítica. Crítica de la que se ha de originar el planteamiento para una acción que haga posible el cambio. El cambio que ponga fin a la situación de

subordinación dentro de un sistema que, en tal sentido, es ajeno a los intereses latinoamericanos.

Augusto Salazar Bondy, en otro párrafo de su crítica a la posibilidad de una difusión cultural que fuese desenajenadora para nuestros pueblos, se preguntaba, “¿Puede hacerse auténtica difusión cultural, es decir concientizadora y liberadora sin chocar con el sistema opresivo de la sociedad clasista y/o totalitaria? ¿Puede lograrse esta meta operando en condiciones de estabilidad social aun a costa del despojo y el sojuzgamiento de las grandes mayorías, y no de cambio revolucionario? ¿Pueden cumplirse las metas de la auténtica difusión cultural, que suscita la participación crítica y creadora de la masa, sin que con ello se ponga en cuestión el orden establecido o se reciba la acción impulsora de un movimiento de transformación de la sociedad en su conjunto? ¿Puede universalizarse realmente la cultura, lo cual significa afirmar la racionalidad en todas sus formas, si el orden social, las estructuras de la convivencia social, no son ellas mismas racionales y no pueden por ende universalizarse?”. Salazar Bondy pesimista respecto a esas posibilidades, considerando que tal difusión sólo podría partir de centros de poder celosos de sus intereses y, por lo mismo, nada dispuestos a una difusión cultural crítica; a una difusión cultural que crease conciencia de las diversas expresiones de una cultura de dominación. Sólo sería una difusión preocupada por mantener el orden mental al servicio de la dominación. Este pesimismo y preocupación, tiene, por supuesto, su origen en una experiencia que podríamos llamar cotidiana: la de la insistente utilización de los poderosos instrumentos de información y difusión de nuestros días al servicio de los intereses que los controlan. De allí, precisamente, la importancia de la participación de las universidades en una tarea que debe ser, precisamente, concientizadora, de crítica y toma de conciencia. Se puede, en una máxima expresión de pesimismo, desconfiar inclusive de la capacidad y posibilidad de tales instituciones para re realizar esta tarea. Lo cierto, sin embargo, es que con estas instituciones las mejor dotadas y capacitadas para el logro de esa racionalidad crítica que, necesariamente, ha de anteceder a los esfuerzos para cambiar, para alterar y subvertir el orden dominador, enajenante.

Porque no se puede, a la inversa, esperar a que se realice milagrosamente el cambio estructural de la sociedad en que vivimos, para que se origine una cultura libertaria y su difusión sea posible. Podremos pensar ciertamente en una sociedad en la que

las relaciones de dominación de unos hombres sobre otros desaparezcan; pero tal sociedad, de existir, no habrá de surgir como un acto de magia, sino que tendrá que ser la expresión de la previa conciencia de su posibilidad, de la propia conciencia de que el sistema vigente es inhumano y, por ende, deberá ser cambiado. Naturalmente el sistema, como tal sistema, pondrá resistencia a esta posibilidad, pero lo que no podrá evitar será la conciencia de la situación que su acción ha originado; la conciencia, en este caso, de su inhumanismo y, con esta conciencia, la de la necesidad de cambios que pongan fin a tal situación. En este sentido las universidades, aun operando como parte del sistema que las ha originado, tendrán que hacer conscientes situaciones que no pueden ni deben seguir operando. En las universidades que son propias de los mismos centros de poder, en Europa y Estados Unidos, en las instituciones en donde se prepara a los hombres que han de seguir manteniendo el predominio y dominación del sistema, la conciencia racional sobre la realidad en que éstos han de operar ha hecho expresas formas de deshumanización de las que estos mismos hombres se sienten culpables y con los que se encuentran ineludiblemente responsables. Es esta conciencia, la de ser los instrumentos de dominación de un sistema que parece manipularlos, la que ha originado revueltas como la de Berkeley, Berlín, París y otras grandes universidades que tienen como función la de formar los técnicos y profesionistas encargados de mantener incólume el sistema del que son expresión estas universidades.

Ahora bien, si esto sucede en las instituciones de cultura de los centros de poder en nuestros días, ¿por qué no ha de suceder lo mismo en instituciones de cultura como las nuestras? Europeos y estadounidenses han tomado y están tomando conciencia de su papel de manipuladores al servicio del sistema del que son obligado producto. Acaso ¿no estamos tomando conciencia, nosotros los latinoamericanos, al igual que los asiáticos y africanos, de nuestra instrumentalización, de que somos medios y no fines de la manipulación? Ha sido precisamente, esta toma de conciencia, la que ha originado planteamientos como los que se vienen haciendo en estos últimos años frente a lo que llamamos cultura de dominación, y de la que ha de ser su necesaria contrapartida, la cultura de liberación. Una cultura de liberación cuya elaboración se inicia en el mismo momento en que se toma conciencia de la dominación, y de la manipulación a que se viene sometiendo a nuestros pueblos, conciencia de las formas de dominación, frontales o sutiles con que unos hombres insisten en dominar a otros

hombres. Por ello la cultura de liberación no podría esperar, para su hechura a que se den las supuestas condiciones materiales de su posibilidad; ya que estas condiciones las está creando la misma conciencia de la situación de dependencia. Estimular esta toma de conciencia, difundirla en ámbitos sociales cada vez más amplios, ha de originar, necesariamente, el deseo de cambios que permitan al hombre realizarse, como tal, con mayor plenitud. Esta conciencia, por supuesto, como lo indica también Salazar Bondy, "tiene que aceptar que nuestra realidad, nuestra coyuntura y punto de partida —en tránsito quizá a otras realidades— es una **cultura de la dominación**, que hay que subvertir para poder dar sentido nuevo a la difusión cultural y a la misión educativa de la Universidad".⁽¹²⁾

18. **Difusión cultural y concientización.**

Tal tarea, por supuesto, nunca ha sido extraña a las inquietudes de las universidades latinoamericanas. Una inquietud que ha antecedido cronológicamente a las que en los últimos años se han hecho expresas en las universidades estadounidenses y europeas. Por ello, se ha hablado, inclusive, de la **latinoamericanización** de estas universidades. Ejemplar, en este sentido, decíamos antes, ha sido la reforma universitaria cordobesa. Ha sido en nuestras universidades, antes que en las universidades de los centros de poder del Mundo Occidental, que han surgido los movimientos de oposición y crítica a las oligarquías nacionales y al imperialismo internacional en sus múltiples expresiones. De nuestras universidades ha partido, también la preocupación de integración latinoamericana e, inclusive en nuestros días de integración tercermundista. Ahora se parte de la conciencia de una situación que es común a todos nuestros pueblos, la conciencia de la dependencia. La conciencia de que, queramos o no, somos partes, como totalidad, de un sistema. De un sistema dentro del cual somos manipulados para mejor servir a los fines del mismo. Estamos integrados, seamos o no conscientes de este hecho, dentro de un sistema de dominación. Esto nos es común, y por ello deberíamos también común la conciencia de la necesidad de una acción que ha de sernos igualmente común. ¿Qué es entonces lo común

12. *Difusión Cultural y la Extensión Universitaria en el Cambio Social de América Latina*, Unión de Universidades de América Latina, México, 1972.

y, por ende, lo que puede ser el eje de esa posible integración? Angel Rama afirmaba, como primera tesis integracionista, la siguiente: "Todo proyecto de integración cultural latinoamericana tendrá su centro de gravedad en una concepción antimperialista. Que es la forma militante en que los pueblos de la región reivindican su idiosincrasia". Si lo común, en otras palabras, es la conciencia de la dependencia, lo común para una acción semejante deberá serlo la liberación.

Darcy Ribeiro, al hablar de la universidad como instrumento de esa posible integración latinoamericana bajo el signo de la libertad, hacía partir tal posibilidad de la conciencia crítica de la misma universidad. ¿Puede la universidad servir a estos fines? O, bien, ¿por su misma constitución está destinada a mantener mentalmente el orden propio del sistema de que es expresión? Una nueva conciencia crítica se hace sentir en Latinoamérica, una conciencia rebelde que aporta una visión del mundo y de la América Latina. "Esta nueva conciencia crítica que se desborda por América Latina —dice Darcy Ribeiro— es, por ahora, un estado de lucidez capacitado ya para diagnosticar los factores causales del subdesarrollo. Pero apenas empieza a explotar prospectivamente las vías de ruptura con el sistema vigente para tornar posible la revolución necesaria y los caminos de reconstrucción racional de sus sociedades como las tareas más nobles de la intelectualidad y como la función suprema de la Universidad". La universidad vista como adelantado en la ruptura de la integración basada en la dependencia, para hacer realidad la integración dentro de la libertad. Tal es ahora el papel que los universitarios empiezan a dar a las universidades latinoamericanas. ¿Es esto posible?

"¿Puede, sin embargo —se pregunta Darcy Ribeiro—, una Universidad insertada en el sistema global y dependiente de él operar como una fuerza impulsora de la insurgencia? Es innegable que no lo puede hacer si la Universidad se define románticamente como el motor de la revolución social; o si se orienta sectariamente para la oposición a cualquier proyecto de reestructuración de la Universidad por temor a caer en connivencia con los agentes de la recolonización. Puede, sin embargo, contribuir ponderablemente a la revolución necesaria si se capacita en sus limitaciones y se asume el liderazgo de la renovación universitaria, orientándola en el sentido de ganar a la mayoría de los estudiantes y los profesores más lúcidos para su proyecto políticamente intencionalizado de reestructuración". En otras palabras, la universidad puede ser un instrumento de cambio social, aún siendo parte del

sistema que ha de ser cambiado si empieza por asumir el hecho de que es parte de tal sistema. Esto es, si no elude romántica o sectariamente la realidad de la que ha de partir y con cuyos elementos ha de realizar la reconstrucción. Tal fue el error de la intelectualidad latinoamericana en el pasado siglo XIX, una vez realizada la emancipación política frente a los centros de poder en Europa de esa época. Así fue el inútil intento de emancipación mental con la total negación de la realidad que había de ser reestructurada, tomándose modelos que no sólo le fueron extraños, sino que prepararon inclusive nuevas formas de dependencia, las que ahora tratamos de repudiar. Por ello, pese a los esfuerzos liberadores de nuestros emancipadores mentales en el siglo XIX, pese al romanticismo e intransigencia de los mismos frente a un pasado que en vano se quiso borrar, nuestros pueblos no vencieron la dependencia, ni fueron como los modelos que en vano se quiso hacer propios.

De aquí la importancia de empezar asumiendo el carácter institucional de las universidades dentro del sistema en que se han formado. La asunción de esta institucionalidad no implica, en modo alguno, la imposibilidad de su transformación. Lo que ha de ser cambiado tiene que ser, previamente conocido. Debe ser conocido en sus flaquezas y posibilidades, en las fallas que reclaman cambios y en los elementos de posibilidad que esta misma realidad puede ofrecer al cambio. No se puede cerrar los ojos a la realidad que se quiere cambiar; debe, por el contrario, ser agudamente conocida. Debe ser aceptada como tal y a partir de esta aceptación y conocimiento iniciarse su reconstrucción. Así lo propone Darcy Ribeiro cuando dice: "El requisito fundamental para alcanzar esta meta es difundir la comprensión de que la Universidad es una institución política conservadora; de que por su funcionamiento espontáneo y sobre todo por su modernización inducida por intereses privatistas, ella tiende a hacerse aún más connivente con el actual sistema en sus contenidos antinacionales y antipopulares. Frente a esta realidad, lo que se requiere es responder a la politización reaccionaria de la Universidad con una contrapolitización revolucionaria. Es decir, intencionalizar toda acción dentro de la Universidad en el sentido de hacerla actuar como un centro de concientización de sus estudiantes y profesores que gane a los mejores de ellos para las luchas de sus pueblos contra las amenazas de perpetuación del subdesarrollo". Las universidades, en otras palabras, no pueden ser centro de subversión política, instrumento de esta o aquella ideología que, lo mismo

podría ser de izquierda que de derecha. Las universidades, aún partiendo de su propia realidad conservadora, pueden y deben ser concientizadoras y, como tal, críticas. Por lo que se refiere a nuestra realidad, conciencia crítica de una situación que tendrá necesariamente que ser cambiada. Una conciencia crítica. Una conciencia que ninguna fuerza material, puede evitar, pues es algo propio del intelecto, de todo intelecto. Esta conciencia ha sido y será siempre el motor de los cambios de que es testimonio la historia del hombre. El hombre de esta zona de la Tierra, el hombre de esta América, no está fuera de la historia y está participando en la misma, no sólo como instrumento, sino también como factor de cambio, es propio del hombre, de todos los hombres.

¿Cómo contribuir a la concientización? Con reformas universitarias propias, esto es, ajenas a toda utopía romántica o sectarista, las que deberán empezar por el enfocamiento de la realidad que nos es propia. Un enfocamiento crítico, que no se reduzca a una descripción fenomenológica de la realidad sino que, además, trate de buscar su sentido, el por qué de esta o aquella forma de expresión y no otra. El por qué relaciones de dependencia y no de solidaridad. El por qué la existencia de pueblos altamente desarrollados, y el por qué la de pueblos subdesarrollados; el por qué no ha de cambiar esta situación; el por qué el posible desarrollo de nuestros pueblos evoca catastróficas predicciones y no el freno a un mayor desarrollo de los pueblos ya desarrollados. "Existen muchos modos de contribuir para esta concientización —dice Darcy Ribeiro—. Uno de los más importantes es volcar la Universidad hacia el país real, hacia la comprensión de sus problemas concretos, merced a programas de investigación aplicables a la realidad nacional, a debates amplios que movilicen a todos sus órganos y servicios. En sociedades acometidas de lacras tan dramáticas como las latinoamericanas, nada es más aleccionador, concientizador e incluso revolucionario que el estudio de la realidad, el diagnóstico de los grandes problemas nacionales, el sondeo de las aspiraciones populares y la demostración de la total incapacidad del sistema vigente para encontrarles soluciones viables y efectivas dentro de plazos previsibles". Basta ver la realidad, sin tapujos, para ver, también, la necesidad de su transformación aunque esta visión sea realizada a partir de instituciones propias de la realidad o sistema que está haciendo expresa la necesidad de cambio. Así se ha hecho la historia, así tendrá que seguir haciéndose. Fue en las instituciones de cultura medievales y de góticas que se fueron gestando los cambios que dieron origen a las insti-

tuciones propias de la burguesía. Y ha de ser de estas mismas instituciones burguesas, de sus instituciones de cultura que se geste, no sólo la conciencia de un nuevo cambio, sino también el instrumental crítico, y el material sobre el que ha de apoyarse una nueva organización, un nuevo orden. Lo importante es que estas instituciones no renuncien a lo que les es propio, a lo que les caracteriza como instituciones de cultura, a la inteligencia, esto es, a la capacidad de enfocar la realidad que les es propia, tomando conciencia crítica de la misma. Si esta función se cumple, las universidades, por mucho que expresen una determinada realidad, por más que su función pudiera parecer la de mantener el orden propio del sistema que las origina, serán como lo han sido otras instituciones culturales, factores de cambio. Por lo que a nuestra América Latina se refiere, si las universidades son expresión de la realidad, la conciencia de tal realidad tendrá que originar la natural conciencia de su cambio. No existe en esta realidad latinoamericana nada que conduzca dentro de una conciencia crítica, a su aceptación, como algo que no debe ser alterado. Todo lo contrario, la conciencia de esta realidad hace expresa una situación de dependencia, que, por el carácter inhumano de la misma, por hacer del hombre instrumento del hombre, reclama su transformación. Nada existe en esta realidad latinoamericana, como no existe en la realidad de otros muchos pueblos de la Tierra, a los que parece haberles tocado el papel de medio o de fines, nada que permita aceptar su permanencia.

19. Racionalización y crítica de la realidad

Pero hay algo más, ¿esta conciencia crítica que consideramos propia de las universidades, a través de sus miembros, ha de ser sólo exclusividad de los mismos? En otras palabras, ¿La función crítica es una función de élite? ¿Son estas élites las encargadas no sólo de la crítica de la realidad sino también de señalar las posibilidades de su transformación? Aceptar tal cosa sería negar el sentido que estamos dando a la crítica, el de desenajenación, descolonización y ruptura de toda expresión de dependencia. Ya que se seguiría manteniendo la enajenación y la dependencia a través de una especie de paternalismo. La crítica y la acción para los cambios que la misma puede hacer expreso tiene y debe ser propia de todos y cada uno de los miembros de la sociedad. Por lo que se refiere a las universidades y los universitarios, habrá de

ser de suma importancia el canal de ida y vuelta del que hablamos, el que llamamos difusión cultural o extensión universitaria. ¿Qué es lo que va a ser difundido? ¿Simplemente los frutos de la concientización intelectual y universitaria? Tal equivaldría a pensar la cultura como algo hecho que debe ser distribuido. Algo para tomar o dejar, “perdiéndose —como señala Salazar Bondy— la noción dinámica y fecunda de la aportación personal constante como raíz de toda cultura”. Más que difundir la cultura, esto es, los productos de la conciencia crítica enfrentando la realidad, lo que hay que difundir es la actitud crítica. La actitud crítica del universitario frente a su realidad debe ser también la actitud de cualquier otro miembro de la sociedad, universitario o no. Es esta actitud, su posibilidad en cualquier hombre, la que debe ser difundida. Una difusión que incluya la conciencia de lo difundido entre quienes reciban dicha fusión. En gran parte la problemática que señala la búsqueda de una cultura de liberación, frente a la cultura de dominación en que nos encontramos inmersos, se originó en los esfuerzos que hicieron nuestros emancipadores por imitar modelos de otras culturas y no por difundir el espíritu que los hizo posibles.

Por ello, lo que debe ser exteriorizado, difundido, es la conveniencia de la capacidad crítica del hombre, de cualquier hombre, frente a la realidad en que se encuentra inmerso. Conciencia crítica de la que ha de originarse una acción transformadora de la realidad. Es esta conciencia y esta acción la que ha hecho, está haciendo y hará posible lo que llamamos historia, la historia del hombre. En la II Conferencia Latinoamericana de Difusión Cultural y Extensión Universitaria me permití exponer algo que creo debe ser repetido. Al hablar de la conciencia crítica hablaba de la necesidad de “llevar esta conciencia, exteriorizada, a través de una amplia difusión de la cultura”. Esta ha de ser, agregaba, “una de las funciones esenciales de las universidades como expresión de su acción educativa, formativa”. Esto es, “asimilar el mundo, su dimensión pasada y presente para hacer de ella el punto de partida para la creación de su futuro; asimilar este mundo, racionalizarlo, tanto en sus dimensiones nacionales como universales, para dar a este mismo mundo los instrumentos de una acción que permita la racionalización y eficacia de la creación ineludible de su futuro; recibir, pero también dar; hacer del mundo, la realidad, los pueblos que la hacen posible, el material a partir del cual este mismo mundo, esta misma realidad, estos pueblos, han de poder transformarse, nada más, pero también nada menos”.

Correlativamente con esta preocupación, la de recibir y dar o devolver debidamente asimilado lo recibido, deberá estar la preocupación por el receptor. ¿Quién recibe? De la conciencia que tengamos de este receptor dependerá en alto grado la posibilidad de una auténtica difusión de la cultura. Ya hemos anticipado algo, el de no pensar en éste como en un simple receptor. Esto es, no seguir pensando en una relación vertical, de superior o inferior, de dependencia, sino una relación solidaria, esto es, horizontal: la del que da y recibe, la del que puede aportar, pero también recibir aportaciones, impidiendo así formas de enajenación de cualquier tipo y formas de subordinación abiertas o embozadas. En este sentido se habla del receptor, o los receptores, como del pueblo o la masa. Haciendo de ambos conceptos entidades abstractas, impersonales. El pueblo o la masa es lo que está fuera de mí, lo que me trasciende y a los que tengo que llegar mediante conductos que yo decido paternalmente. “Hay que elevar al pueblo”, “Hay que poner a la altura de las grandes masas las expresiones más altas y sublimes de la cultura”. Y al pensar así estamos poniendo a este pueblo, o masa, en una relación vertical respecto a nosotros los que pretendemos llegar a ellos. El pueblo o la masa lo hemos visto, son simplemente objetos que han de ser conformados de acuerdo con este o aquel criterio, el que van restableciendo los supuestos donadores de cultura. El pueblo o masa, decíamos, es lo impersonal, el **se** de que hablaba Heidegger y que, como tal, puede ser manipulado. Manipulado ya sea para su explotación, o para su supuesta elevación. Se olvida que en el **se**, en el pueblo o la masa estamos nosotros mismos como individuos concretos, para otro observador distinto de nosotros mismos. No se nos ocurre pensar que ese pueblo, que esa masa están formados por una multitud de individuos concretos, diversificados, distintos los unos de los otros; pero que pese a estas distinciones, están relacionados entre sí, entrelazados por ese o aquel interés común o por éste o aquel antagonismo como expresión de esa su ineludible personalidad.

20. Al pueblo desde sus individuos.

Son estos grupos de hombres, de individuos entrelazados, los que hacen la historia y a los cuales hay que llegar, y en los que de esta forma nos encontramos a nosotros mismos. El **se**, lo impersonal, lo que atribuimos al pueblo o masa como característico,

no ha sido y no es sino expresión de esa relación vertical de dependencia de que hablábamos. Relación de dependencia por la que un grupo de individuos realizaba la manipulación de otros. Relación que se busca en todos los campos, incluyendo el del ocio. El ocio manipulado para mejor servir y justificar los intereses de quienes en esa relación de dependencia mantienen su predominio. Son estos grupos los que se arrogan el derecho de decidir lo que está o no al alcance de la masa o pueblo, con independencia de los individuos concretos que lo componen. “La existencia de una categoría de operadores culturales que producen para las masas, utilizando en realidad a las masas para fines de propio lucro —dice Humberto Eco— en lugar de ofrecerles las realizaciones de experiencia crítica es un hecho evidente”. Esto es, precisamente lo que las universidades, los universitarios, deben tratar de cambiar ofreciendo otra forma de difusión que no sea aquella que apunte la enajenación y afiance la alineación del hombre por el hombre. Por el contrario una difusión que estimule la capacidad, no sólo de elección y selección del individuo que forma ese pueblo o masa, sino también la capacidad de creación o recreación de lo recibido como expresión de una toma de conciencia o conciencia crítica. Una difusión que no rebaje las expresiones de la cultura, con el pretexto de que han de ser adaptadas al supuesto nivel inferior de sus receptores, sino que por el contrario las haga comprensibles, concientizables, a la multidiversidad personal de los mismos. Recepción que expresa la posibilidad de la unidad sin menoscabo de la diversidad. Unidad que ha de seguir siendo planteada en una relación que no sea ya la vertical de dependencia, sino la horizontal de solidaridad.

Si se acepta la idea de que el pueblo o la masa, no son sino expresión simbólica de la interrelación de los múltiples individuos que los forman; la idea de que yo mismo, individuo concreto, soy parte de ellos; la idea de que no existen individuos que no sean parte de ese pueblo y masa; la idea de que no existen supraindividualidades que escapen o eludan a la realidad social de que son expresión, y por lo mismo no pueden ser paternas donadores de cultura, espíritu o sentido, o redentores gratuitos o interesados. Aceptándose todo esto se aceptará, también la idea de que es la concientización, la propia de cada uno de sus individuos, la conciencia crítica de la realidad, incluyendo la de la organización social a través de la cual se expresan, lo que hace posible la historia. La historia como búsqueda insistente de relaciones que no sigan siendo las de dominación y subordinación. Una conciencia

que, de expresarse en todos y cada uno de los miembros de la sociedad, puede dar origen a una sociedad más justa; una historia en la que todos sus protagonistas se sientan responsables. Carlos Marx, hablando de ese pueblo o masa que el idealismo alemán mostraba como simple instrumento de realización de un espíritu que los trascendía, decía que era el verdadero autor de la historia. Y que sería la conciencia concreta de este hecho, lo que haría tomar a esta masa la dirección de una historia que no es ni puede ser tarea de unos cuantos en supuesto beneficio o desgracia de otros. La participación consciente de todos y cada uno de los miembros de la sociedad, dentro de esa relación horizontal de que hablamos, pondría también fin a la conducción vertical de élites, al solidarizarse entre sí individuos y pueblos.

Tal concientización pondría, también, fin a dos formas extremas de manipulación elitista: la de los conservadores y la de los redentores. La de los encargados de guardar el orden, de mantener la seguridad y la de los encargados de hacer justicia. Los unos y los otros hablando en nombre del pueblo, pero del pueblo como una abstracción, imponiendo al mismo tiempo, sin discusión, sin crítica, las medidas que considera necesarias para el orden o para la justicia. Y cuando así lo exigiese su conciencia, su propia y limitada conciencia, castigar, encarcelar, desterrar o aniquilar individuos concretos que, de una manera u otra exigen ser tomados en cuenta. Individuos que critican y, por lo mismo, se apartan de la conciencia conservadora o redentorista. Doble relación vertical de dependencia en nombre del orden como libertad o de la libertad como posibilidad. Son estas élites las primeras en condenar, pese a los extremos en que se colocan, formas de orden o de cambio que no tengan origen en esa su propia y concreta conciencia crítica. Esto es, niegan la posibilidad de un orden y su posible cambio que parta de la conciencia crítica de todos y cada uno de los miembros de la sociedad. Niegan la posibilidad de conciliaciones que no tengan como punto de partida la imposición violenta de decisiones propias de la élite conservadora o redentorista. Conservar o cambiar por la fuerza, sólo da origen a formas de dominación y dependencia que los conservadores y redentoristas dicen repudiar. Lo cierto es que el éxito que estas élites han alcanzado o pueden alcanzar en la historia, no ha sido ni es expresión de otra cosa que la actitud crítica o relativamente crítica de los miembros de la sociedad que se pretende conservar o cambiar. Participación, en general no consciente, de una multitud de individuos con los

que se van tejiendo el poder del líder conservador o la fuerza del líder revolucionario.

“Negar —dice Humberto Eco— que una suma de pequeños hechos, debido a la iniciativa humana, pueden modificar la naturaleza de un sistema significa negar la misma posibilidad de alternativas revolucionarias, que se manifiestan sólo en un momento dado a consecuencias de la presión de hechos infinitesimales, cuya agrupación (incluso puramente cuantitativa) estalla en una modificación cuantitativa”. Y agrega, “No se calcula ante todo que, si reformismo significa creer en la eficacia de las modificaciones parciales, con exclusión de alternativas radicales y violentas ninguna postura revolucionaria ha excluido nunca la serie de intervenciones parciales que tienden a crear las condiciones para alternativas radicales, y que se mueven a lo largo de una hipótesis más amplia”. Son precisamente estos hechos concretos, nacidos de una no menos conciencia concreta de los individuos que forman la sociedad, los que han de ser estimulados, esto es, provocados en esa conciencia por una actividad que, siendo universitaria ha de ser necesariamente racional. Hacer posible, en el más alto grado y extensión posible, esa conciencia, la propia de todo hombre, la conciencia que permite la acción defensiva de lo que el hombre considera como propio y la conciencia de la acción revolucionaria de quien sabiendo que algo le es propio se le impide alcanzarlo. Conciencia crítica que, para serlo, ha de tomar también en cuenta la de sus semejantes, en otro plano que no sea y a el de la dominación o dependencia, fuera de la relación de quien cree que tiene la verdad y frente a la del supuestamente negado para ella; por el contrario, relación de iguales entre iguales, partiendo de **expresiones solidarias** en base de la asimilación, por comprensión, de sus diferencias en un plano que trascienda las individualidades y sus limitados intereses.

De la posibilidad de esta conciencia, a nivel social, dependerá, a su vez, la posibilidad de otras formas de relación social e internacional que no sean ya las relaciones verticales de dependencia, sino las relaciones horizontales de solidaridad. Solidaridad en relación con metas que esa conciencia crítica vaya considerando necesarias, por referirse a la solución de problemas comunes y el alcance de metas, igualmente comunes. Solidaridad que puede plantearse, en primer lugar, entre los pueblos que forman la América Latina, con un pasado común y enfrentados a la solución de problemas igualmente comunes, como parte que son de un sistema del que son dependencia. Solidaridad en que ha de basarse la anhelada

integración latinoamericana. Integración dentro de un ámbito de respeto y solidaridad. La difusión cultural universitaria, al estimular la conciencia crítica de los individuos que forman la sociedad, podría colaborar, también, en la posibilidad de la integración latinoamericana, como un gran paso a una integración más amplia, destacando las ineludibles relaciones culturales e históricas que guarda, cada uno de nuestros países con el resto de los países latinoamericanos. Esto es, podría colaborar ampliamente en la formación de una conciencia latinoamericana, sin menoscabo alguno de la conciencia nacional reforzando, por el contrario, a la misma. Conciencia de la que depende, a su vez, una integración más amplia, plena y auténtica, que no se origine ya en situaciones de política circunstancial, sino que, por el contrario, haga expreso el ámbito de posibilidad del desarrollo de cada una de las naciones latinoamericanas dentro de esta comunidad.

Ya en la II Conferencia Latinoamericana de Difusión Cultural y Extensión Universitaria se presentó una rica gama de propuestas para estimular la integración cultural latinoamericana. No vamos a repetirlas. Tan sólo me permitiría insistir en la creación, en cada una de las universidades latinoamericanas, de Centros o Institutos de Estudios Latinoamericanos que, como los que se han creado en la Universidad Nacional Autónoma de México, realicen no sólo una labor de investigación de la historia, la cultura, la filosofía, la política, la sociedad y el arte latinoamericanos, sino también realicen labor docente formando investigadores y profesores en estas áreas, tanto a nivel profesional como en Maestría y Doctorado. Pero que igualmente se realice la labor de difusión o extensión cultural de que venimos hablando, mediante la creación de Casas de la Cultura Latinoamericana en que se haga tal labor, a un nivel que trascienda el de las aulas universitarias.

A P E N D I C E S

CONCLUSIONES DE LA II CONFERENCIA LATINOAMERICANA DE DIFUSION CULTURAL Y EXTENSION UNIVERSITARIA (*)

CONSIDERACIONES GENERALES

MARCO DE REFERENCIA EN QUE SE DESARROLLA LA EXTENSION UNIVERSITARIA

La América Latina sufre un proceso social no homogéneo en el cual es posible caracterizar distintas formas para sistematizar la situación de los países que la integran.

Ahora bien, se ha considerado que las universidades son instituciones sociales que corresponden a partes del cuerpo social y que la extensión es una de sus funciones. Por lo tanto, ella es fundamentalmente histórica y se da inmersa en el proceso social de los respectivos pueblos y en general de la América Latina.

Para delinear el marco se han considerado dos parámetros:

- a) Situación de la sociedad.
- b) Actitud que guarda la universidad respecto de la sociedad.

Es posible distinguir con ello distintos tipos de respuestas de las universidades a la sociedad y, por lo tanto, de la extensión. Así tenemos:

* Reunida en México entre los días 20 a 26 de febrero de 1972, bajo auspicios de la Universidad Nacional Autónoma de México y de la UDUAL.

1. En una sociedad tradicional la universidad que acepta el sistema colabora en su consolidación; en esta situación la extensión y la difusión no constituyen factores intervinientes de cambio transformador; por el contrario, afianzan el sistema.
2. En una sociedad tradicional o en evolución la universidad que cuestiona el sistema y trabaja por la creación de situaciones sociales que desencadenen los procesos de cambio. Esta acción universitaria se concierta con otras fuerzas sociales que buscan el mismo objetivo (sindicatos, organizaciones juveniles, etc.). Aquí sí es posible la realización de la extensión universitaria propiamente dicha.
3. Ante un proceso social acelerado y revolucionario la universidad que constituye una oposición a dicho proceso, producirá un tipo de extensión universitaria contrarrevolucionaria.
4. En una sociedad en transformación revolucionaria la Universidad que participa positivamente en él, desarrollará una extensión que contribuya a poner en evidencia las contradicciones aún existentes del sistema; y consecuentemente colabora al logro de la participación plena y creadora de todos los miembros del cuerpo social.
5. Un caso más sería el de la “Universidad integrada a la sociedad”, en que el sistema socioeconómico y cultural del país permite un ingreso a la universidad en igualdad de condiciones a toda la comunidad. En esta situación, considerando la existencia de condiciones de real participación social de todos los miembros de la comunidad, los de la sociedad son armónicos y democráticos y existe una integración de la actividad humana en sus fases productivas y de estudio. La extensión universitaria contribuye entonces a proporcionar mayores elementos técnicos, científicos y artísticos necesarios para la realización personal y colectiva de todos los miembros de la comunidad.

CARACTERISTICAS GENERALES DE LA EXTENSION UNIVERSITARIA QUE SE DESARROLLA ACTUALMENTE EN AMERICA LATINA

En la mayoría de los países de América Latina, existen las condiciones propias de sociedades tradicionales y universidades

que se conforman a dicha situación. Puede afirmarse, que en tales casos no es posible realizar la Extensión Universitaria institucionalizada en consecuencia con sus aspectos doctrinarios; sólo existen acciones aisladas de grupos universitarios que intentan su realización.

En algunos países en que el proceso de cambio socioeconómico y cultural se ha acelerado, se efectúan serios esfuerzos por parte de las universidades para realizar la Extensión como tal; sin embargo, hay conciencia de que aún existen importantes limitaciones en su concreción.

La Extensión en muchos casos todavía no compromete un cambio de actitud vital de los universitarios, que permita la consideración de la Extensión como posición consustancial a su calidad de universitarios, propia de su quehacer constante, formativa y no paternalista. Es posible observar en relación a esto último, una seria desviación consistente en considerar a la universidad como único polo cultural que irradia hacia el resto de la sociedad, en contraposición al principio básico de la extensión como proceso de interacción dialéctica Universidad cuerpo social.

La deficiencia en cuanto a planificación y especialmente evaluación es muy grande. Esto dificulta la interrelación dinámica entre doctrina y acción, impide la toma racional de decisiones y no permite medir la relación entre los recursos y el beneficio social.

Las acciones, aun las planificadas adolecen de falta de coordinación que permita una eficiencia adecuada y una potenciación en los efectos buscados. Esta descoordinación se observa no sólo en el plano interno de cada universidad, sino también en el nivel nacional, regional y latinoamericano.

Tan grave como ello es la desvinculación de la extensión universitaria de las acciones de otras fuerzas sociales que buscan objetivos solidarios y de liberación humana, (sindicatos obreros y campesinos, organizaciones juveniles, etcétera).

Pocas universidades disponen de medios de comunicación social y tal vez ninguna de ellas esté satisfecha de su uso. Por un lado, canales de televisión, radio y cine, en algunas ocasiones se constituyen en fines en sí mismos, desnaturalizando su función de ser conjuntos de técnicas y recursos al servicio de la expresión social, del hacer cultural. Existen, por otro lado, escasas experiencias en que estos medios cumplan efectivamente con su verdadera función de comunicación bidireccional y superen la simple difusión unilateral. En los casos de universidades que poseen medios de comunicación de masas aún no se logra un amplio y plu-

ralista acceso a ellos por parte de toda la comunidad universitaria, ni ésta ha hecho aportes sustanciales al contenido de la expresión televisiva o radial.

Las actividades de Extensión Universitaria no disponen, en general, de los recursos necesarios, haciéndose indispensable solucionar los problemas de carácter financiero y lograr una mayor coordinación de los recursos humanos y materiales disponibles.

Asimismo, es necesario para lograr una mayor efectividad, superar las desviaciones que más comúnmente se han dado en la Extensión Universitaria (paternalismo, populismo, tecnicismo, etc.) que han llevado a la Universidad a la calle en forma caótica, carente de toda planificación sin preparación previa y conservando los mismos vicios de la tradicional cátedra intramural.

PROPOSICIONES Y RECOMENDACIONES SOBRE LOS TEMAS PRINCIPALES DE LA CONFERENCIA

TEMA I: EVALUACION DE LA DIFUSION CULTURAL Y EXTENSION UNIVERSITARIA EN AMERICA LATINA.

Mediante el análisis de lo que debe ser la Extensión Universitaria y lo que es actualmente, a través de los escasos datos de que se dispone, es posible sugerir las siguientes proposiciones:

1. La función de Extensión debe ser para las universidades latinoamericanas tan importante como las de docencia e investigación. Las tres funciones se ubican en un plano horizontal e íntimamente relacionadas entre ellas, y deben concretarse a través de las decisiones y acciones de las universidades.
2. El desarrollo de la Extensión debe ser consecuentemente con sus objetivos en general, y contribuir dinámicamente a los procesos de cambio liberador de la sociedad.
3. Por ser la Extensión inherente a la naturaleza misma del universitario, se deberá considerar dicha actividad en las evaluaciones que las universidades realicen de su personal y reconocer las de los estudiantes por medio de algún tipo de calificación dentro de su currícula.

4. Los sistemas de planificación y evaluación de la Extensión deben ser perfeccionados para que posean mayor racionalidad y eficiencia.
5. Los programas de Extensión deben tener características interdisciplinarias, para que correspondan al objetivo básico de integración cultural.
6. Las universidades latinoamericanas deben aceptar las decisiones necesarias para el financiamiento y coordinación de recursos humanos y materiales, con el fin de hacer posible el desarrollo adecuado de la Extensión.
7. Se sugiere la constitución de mecanismos de coordinación de la Extensión Universitaria a niveles nacionales y regionales.
8. Se propone la creación de un organismo de coordinación de la Extensión Universitaria Latinoamericana con las características generales siguientes:
 - a) Ser funcional y sin burocratización.
 - b) Estar constituido por personas idóneas con experiencia en actividades de Extensión universitaria. Las funciones del organismo serían:
 - a) Fomentar y facilitar el intercambio de informaciones, materiales impresos, grabaciones, películas, etc., relacionadas con la Extensión entre las universidades latinoamericanas.
 - b) Crear un centro de documentación sobre Extensión universitaria latinoamericana.
 - c) Reunir información sobre disponibilidad de personas calificadas en distintos aspectos de la Extensión.
 - d) Hacer posible el intercambio de expertos, académicos, funcionarios o alumnos cuyos conocimientos y experiencias sean útiles o necesarias en otras universidades.
 - e) Coordinar los proyectos que por su naturaleza sean de carácter latinoamericano y que sobrepasen las funciones de los sistemas de coordinación nacional y regional.

En relación a esta última función se sugiere el estudio y ejecución de un programa consistente en la creación en cada país de una biblioteca, discoteca, etc., que disponga del material latinoamericano elaborado en todos los países.

Sobre los sistemas de relaciones del organismo se sugiere que dependa de la Secretaría Ejecutiva de la UDUAL y se relacione con las universidades a través de los organismos regulares de ellas.

El reglamento para la constitución y funcionamiento de este organismo deberá ser consultado a las diferentes universidades miembros de la UDUAL. Se sugiere que sus funcionarios sean propuestos por las universidades del país sede, cuenten con la experiencia necesaria en acciones de Extensión y que sus remuneraciones en el organismo no sobrepasen las previas.

Respecto a la sede y habiéndose propuesto que el organismo radique en un país distinto del que alberga al Secretariado General de la UDUAL y cuyas universidades aseguren las condiciones institucionales básicas para su funcionamiento se sugiere que sea el Perú.

Respecto al nombre se sugiere que se le denomine: Casa de Cultura Latinoamericana.

9. Se recomienda, respecto a los medios de comunicación social (televisión, radio, prensa y publicaciones, cine ,etc.), la realización de los esfuerzos necesarios para lograr el acceso a la disposición de ellos.
10. Es imprescindible que dichos medios cumplan efectivamente con su verdadera función bidireccional y no sirvan de simple difusión unilateral.

TEMA II: OBJETIVOS Y ORIENTACIONES DE LA DIFUSION CULTURAL UNIVERSITARIA.

Con el propósito de esclarecer y establecer los objetivos y orientaciones de la Extensión Universitaria se juzgó conveniente elaborar un concepto que pudiera sustentar la labor de Extensión Universitaria dentro de estos objetivos y orientaciones específicas.

C O N C E P T O

Extensión Universitaria es la interacción entre la Universidad y los demás componentes del cuerpo social, a través de la cual

ésta asume y cumple su compromiso de participación en el proceso de creación de la cultura y de liberación y transformación radical de la comunidad nacional.

O B J E T I V O S

La Extensión Universitaria tiene como objetivos fundamentales:

- I. Contribuir a la creación de una conciencia crítica en todos los sectores sociales, para favorecer así un verdadero cambio liberador de la sociedad.
- II. Contribuir a que todos los sectores alcancen una visión integral y dinámica del hombre y el mundo, en el cuadro de la realidad histórico-cultural y del proceso social de emancipación de la América Latina.
- III. Promover como integradora de la docencia y la investigación la revisión crítica de los fundamentos de la Universidad y la concientización de todos sus estamentos, para llevar adelante un proceso único y permanente de creación cultural y transformación social.
- IV. Contribuir a la difusión y creación de los modernos conceptos científicos y técnicos que son imprescindibles para lograr una efectiva transformación social, creando a la vez la conciencia de los peligros de la transferencia científica, cultural y tecnológica cuando es contraria a los intereses nacionales: y a los valores humanos.

O R I E N T A C I O N E S

La Extensión Universitaria deberá:

- I. Mantenerse solidariamente ligada a todo proceso que se dé en la sociedad tendiente a abolir la dominación interna y externa, y la marginación y explotación de los sectores populares de nuestras sociedades.
- II. Estar despojada de todo carácter paternalista y meramente asistencialista, y en ningún momento ser transmisora de los patrones culturales de los grupos dominantes.

- III. Ser planificada, dinámica, sistemática, interdisciplinaria, permanente, obligatoria y coordinada con otros factores sociales que coinciden con sus objetivos, y no sólo nacional sino promover la integración en el ámbito latinoamericano.

TEMA III: CREACION DE UN SISTEMA DE INTEGRACION CULTURAL EN LA AMERICA LATINA.

Considerando la necesidad de contar con bases doctrinarias y planteamientos ideológicos se adoptaron los siguientes puntos:

1. Todo proyecto de integración cultural latinoamericano tendrá como fundamentos:
 - a) La conciencia anti-imperialista, promotora de las transformaciones radicales en las estructuras económicas, sociales y políticas.
 - b) La libre expresión de toda la comunidad social no debiendo servir a los intereses de ningún sector.
 - c) La reelaboración crítica de las tradiciones latinoamericanas integrando las aportaciones y reclamos populares dentro del proceso innovador.
2. La integración cultural latinoamericana comportará el desarrollo diferenciado de las áreas culturales del continente, contribuyendo a su elaboración progresiva, intercomunicación y enriquecimiento.
3. La contribución universitaria a la integración cultural latinoamericana se verá favorecida y acelerada por la coordinación de planes concretos de integración a cargo de las Universidades y Centros de Altos Estudios de determinadas áreas geográficas y por la creación de Universidades Regionales Autónomas, donde se formará a las nuevas generaciones en tal espíritu y se ejercerá la doctrina integradora.
4. Las universidades deberán difundir la doctrina integradora latinoamericana al través de los medios de comunicación de masas enfrentando combativamente las deformaciones y agre-

siones que mediante tales instrumentos lleva a cabo el imperialismo.

PROPOSICIONES

1. Crear en las universidades talleres interdisciplinarios donde se lleve a efecto la investigación y la reflexión de alto nivel sobre la compleja problemática de América Latina.
2. Promover la creación de Centros Latinoamericanos para la integración cultural y la conservación del patrimonio artístico.
3. Complementar las funciones del Organismo Coordinador de Extensión propuesto, con la solución de los problemas aduaneros o de otro tipo que impiden el libre intercambio de materiales impresos y audiovisuales en general.
4. Promover y apoyar la adopción de acuerdos y convenios internacionales destinados a facilitar el reconocimiento de estudios y títulos profesionales en América Latina.
5. Auspiciar la revisión de los textos de historia de América Latina, erradicando los enfoques que tienden a acentuar las diferencias y separación entre los países más que a favorecer la doctrina integradora latinoamericanista.

PROPOSICIONES GENERALES

1. Considerando la importancia de que la totalidad de las comunidades universitarias sean representadas en eventos como esta II Conferencia Latinoamericana de Difusión Cultural y Extensión Universitaria, se propone:
Que la UDUAL recuerde a las universidades que en sus delegaciones sería deseable que participen tanto estudiantes como docentes y egresados.
2. Considerando la importancia de favorecer el desarrollo de todo proyecto que coadyuve a los objetivos de integración cultural de América Latina, la II Conferencia Latinoamericana de Difusión Cultural y Extensión Universitaria, propone:
Que la UDUAL respalde el proyecto del Centro Iberoamericano para la integración Cultural y la Conservación del Patri-

monio Artístico (CICPA), hecho suyo por los países signatarios del convenio Andrés Bello.

3. Considerando que la universidad para cumplir cabalmente su misión requiere de un clima de libertad que sólo un régimen autónómico le puede garantizar y teniendo en cuenta las características históricas del proceso social actual, la II Conferencia Latinoamericana de Difusión Cultural y Extensión Universitaria, propone:

Que la UDUAL tome en cuenta en sus comisiones especiales y en los trabajos de Asambleas futuras la necesidad de elaborar un concepto dinámico de autonomía que considere la participación cada vez mayor de la Universidad en el proceso de transformación.

4. Considerando que es necesario que la cultura latinoamericana sea defendida y preservada por todos los medios y en todas las condiciones especiales y en los trabajos de Asambleas futuras la necesidad de elaborar un concepto dinámico de autonomía que considere la participación cada vez mayor de la Universidad en el proceso de transformación.

5. Considerando que es necesario que la cultura latinoamericana sea defendida y preservada por todos los medios y en todas las condiciones la II Conferencia Latinoamericana de Difusión Cultural y Extensión Universitaria expresa su solidaridad con los grupos chicanos que combaten la influencia imperialista en defensa de nuestra cultura y propone:

Que las universidades inviten a los grupos chicanos organizados a participar en todos los eventos similares a esta Conferencia que lleven a cabo.

PROPOSICIONES Y RECOMENDACIONES PARTICULARES SOBRE LOS CAMPOS E INSTRUMENTOS DE LA DIFUSION CULTURAL Y EXTENSION UNIVERSITARIA

CINE

Considerando que el cine al igual que los demás elementos de la Difusión y la Extensión Universitaria deben estar al servicio

de los auténticos valores culturales de América Latina y siendo necesario tomar medidas prácticas en ese sentido, se propone:

1. Crear centros regionales para la enseñanza de técnicos en sistemas masivos de comunicación.
2. Coordinar las actividades cinematográficas entre las universidades en cuanto a producción cinematográfica, difusión y distribución de producciones, formación de especialistas, y aprovechamiento común de los recursos materiales, de personal y de información.
3. Lograr la colaboración de las universidades para la supresión de trabas aduanales y de censura.
4. Promover en las universidades la capacitación y formación crítica del espectador para la mejor asimilación e integración del cine.

RADIO Y TELEVISION

Hecha una serie de considerandos acerca de la importancia de estos medios de difusión y de su actual orientación de la obligación que la universidad latinoamericana tiene de influirlos y orientarlos a fin de que dejen de ser instrumentos de sujeción colonialista, y de la necesidad para ello de poder contar con medios económicos, técnicos, humanos y legales suficientes, se propone:

1. Que las universidades promuevan la puesta en marcha de mecanismos legales para lograr su acceso a los medios de comunicación de masas, y que además con su aporte humanístico, científico y tecnológico contribuyan a la formación de aquellos que manejan esos instrumentos de culturización.
2. Que las universidades creen Centros de Ciencias y Artes de la Comunicación.
3. Que las universidades que no posean medios de comunicación de masas luchan por su acceso a los medios de telera-diodifusión ya existentes, creando dentro de sus posibilidades sus propios medios de comunicación de masas como instrumentos capaces de integrarles efectivamente con la comunidad.

4. Que la información que las universidades difundan, por medio de la radio y la televisión, ofrezca al hombre latinoamericano una realista y amplia visión del mundo contemporáneo.
5. Que esta labor informativa sea orientadora, a efecto de despertar en nuestras masas desposeídas una conciencia crítica, abierta al cambio político, económico y social y creadora de valores solidarios.
6. Que en los programas de entretenimiento y diversión las universidades ofrezcan al pueblo audiciones estética y culturalmente elaboradas, sin olvidar los prerequisites de amenidad y atracción.
7. Que en los programas de difusión cultural y artística se busque una dimensión masiva, que amplíe la recepción de las actividades que las universidades realizan más allá del reducido marco de las élites intelectuales que en la actualidad son las únicas beneficiarias de ellas.
8. Que se utilice la radio y la televisión para ampliar la función docente y educacional de las Universidades, tanto interna como externamente, desarrollando métodos y técnicas adecuados para auditorios masivos y formando personal altamente especializado que tenga en sus manos la responsabilidad de preparar el material audiovisual.
9. Que las universidades contribuyan por estos medios a resolver el grave problema educacional de América Latina, por ejemplo, con el desarrollo de campañas de alfabetización, de orientación en modernas técnicas pedagógicas para el magisterio, de divulgación para los distintos sectores de los adelantos observados en la ciencia y en la tecnología contemporáneas.
10. Que se desarrollen programas educativos para las grandes masas urbanas y rurales, que contemplen en sus formas y contenidos las características particulares y las necesidades más apremiantes de estos sectores.
11. Que se estudien y valoricen las experiencias que a nivel mundial se han llevado a cabo en el campo educativo a través de los medios de comunicación de masas.

12. Que se creen mensajes eficientes para cada sector al que las universidades se dirijan por medio de la radio y la televisión, mediante la utilización de lenguajes comprensibles y contenidos adecuados al nivel de sus respectivas audiencias.
13. Que se inicie un programa de intercambio de materiales destinados a la radio y a la televisión universitaria que contribuyan a difundir información suficiente sobre nuestra realidad latinoamericana y permitan que nuestros pueblos compartan sus valores nacionales.
14. Que este intercambio se realice también al nivel de las experiencias en las técnicas de comunicación masiva y de los materiales elaborados en la aplicación de dichas técnicas a la docencia universitaria.
15. Que las universidades afiliadas a la UDUAL lleven a cabo un activo intercambio a nivel de:
 - a) Investigación científica de la comunicación.
 - b) Métodos aplicados en la preparación de técnicos.
 - c) Personal especializado en tele-radiodifusión universitaria y propicien asimismo la implantación de un sistema de becas y la creación de un frente económico-latinoamericano de producción.
16. Que la UDUAL organice en fecha próxima, un Congreso que se refiera a: "La Universidad y los medios de comunicación de masas".

T E A T R O

1. Crear en cada universidad compañías estables de teatro que cumplan temporadas regulares con programas adecuados a las necesidades de la comunidad universitaria y del proceso creativo de la cultura latinoamericana.
2. Organizar en cada universidad escuelas destinadas a la formación de actores y equipos técnicos, cuyos egresados compondrán sus compañías.

3. Establecer instructores teatrales para asesorar y orientar grupos de la comunidad universitaria y a través de ellos crear y fomentar organizaciones teatrales en los centros docentes, sindicales, profesionales, campesinos, etc.
4. Auspiciar la creación de conjuntos de funcionamiento autónomo, con los miembros de la comunidad universitaria, ofreciéndoles la asesoría técnica y artística necesaria.
5. Crear centros de estudio e investigación útiles al teatro (realidad nacional, literaturas, dramáticas, prácticas escénicas) y talleres o laboratorios de experimentación para servir a la renovación de las formas escénicas y a las nuevas creaciones dramáticas.
6. Organizar un Festival Latinoamericano Anual de Teatros Universitarios, con sede rotativa y sin carácter competitivo, y simultáneamente, un Concurso de Obras Teatrales destinado a seleccionar creaciones dramáticas que se propondrán a los teatros universitarios del continente.

M U S I C A

1. Desarrollar un programa amplio e integrado que divulgue la producción culta del pasado y de nuestro tiempo y propulse la creación del lenguaje musical del futuro sin abandonar la expresión popular y folklórica, para responder no sólo a las necesidades curriculares del estudiantado o a sus intereses particulares, sino a los de la comunidad. Este programa debe:
 - a) Conjugarse con la docencia en escuelas de música y conservatorios con otras disciplinas universitarias y manifestaciones artísticas.
 - b) Incluir la organización de talleres o diálogos conducentes a que compositores, intérpretes y aficionados logren la integración del campo musical y la comunicación entre ellos impedida por la sobreespecialización.
 - c) Integrar, propiciar y difundir la experimentación musical.
 - d) Acoger, propiciar y coordinar la investigación musical que se haga sea por instituciones o en forma privada con miras

a preservar, sistematizar y difundir el patrimonio musical de cada uno de nuestros países.

- e) Fomentar la creación y desarrollo de agrupaciones musicales entre los miembros de la comunidad universitaria.
- f) Utilizar métodos y medios eficaces de comunicación para hacer llegar la música a todos los sectores del país.
- g) Contribuir a hacer de la música otro elemento que contribuya a la transformación social, descolonización y concientización de nuestros países, y un vehículo para el mejor conocimiento y mayor integración de los pueblos latinoamericanos.
- h) Contribuir a contrarrestar los efectos enajenantes que dentro de la sociedad latinoamericana causa la comercialización de la música por los medios de comunicación masiva.
- i) Contribuir a la universalización del lenguaje musical latinoamericano mediante la articulación de relaciones entre las expresiones culta y popular.

D A N Z A

Considerando la necesidad de programar las actividades de danza en las universidades en igualdad de condiciones a cualquier otra disciplina de extensión y de acuerdo a las tres funciones de la universidad, se recomienda:

Docencia.

1. Planificar la enseñanza permanente de la danza contemporánea en la universidad de tal manera que alcance el nivel de carrera universitaria formando bailarines, coreógrafos, investigadores, críticos y técnicos.
2. Organizar cursos y seminarios especiales, intensivos y temporales, para atraer hacia la danza (como práctica experimental o profesional) un número cada vez mayor de miembros de la comunidad, para analizar y discutir las relaciones de la danza con las expresiones artísticas nacionales e internacionales.

Investigación.

3. Efectuar una evaluación técnica de las expresiones dancísticas en América Latina y sus posibilidades de desarrollo.
4. Levantar un censo de los recursos existentes (tipos de danza, número de grupos, personas, grado de preparación, etc.).
5. Iniciar la preparación de una historia de la danza en América Latina y de aquellos materiales útiles para la creación de un lenguaje dancístico latinoamericano, con el apoyo de historiadores, antropólogos, sociólogos, etc.

Extensión.

6. Ofrecer un mayor número de presentaciones de danza profesional y experimental a la comunidad.
7. Organizar ciclos de conferencias y debates sobre la danza y sus relaciones de los acontecimientos y actividades de la época contemporánea.

MUSEOS Y SALAS DE EXPOSICION. ARTES PLASTICAS

Consideramos que el Museo Universitario constituye uno de los elementos básicos en que se apoya la difusión cultural y la extensión universitaria y que sin embargo, se ha producido un aislamiento del museo respecto de la vida universitaria y de la comunidad, debido a la falta de conciencia sobre su importancia, de apoyo por parte de las autoridades, de medios económicos, de promociones adecuadas y, por consiguiente, de público, se propone:

1. Tomar, dentro del Organismo Coordinador de Extensión propuesto, medidas de intercambio de experiencias y materiales, aprovechando los de organizaciones regionales y nacionales que permitan mayores rendimientos en los programas de intercambio.
2. Conjugar las posibilidades de las Universidades afiliadas a la UDUAL para realizar exposiciones temáticas sencillas que

estimulen el conocimiento científico cultural y artístico de América Latina, por ejemplo: fotografías sobre “La Universidad y su medio”, “Las artes plásticas latinoamericanas”, etc., completándolas con mesas redondas y discusiones y exhibiciones de piezas, en espacios exteriores. A plazo mediano realizar una “Bienal de Pintura Latinoamericana”.

3. Dinamizar el funcionamiento de los museos universitarios, haciendo participar a los miembros de la comunidad universitaria en la preparación y realización de las exposiciones y actividades relacionadas con ellas.
4. Crear los sistemas más apropiados y económicos para la presentación y difusión de exposiciones y otras actividades como el empleo de la televisión y otros medios de comunicación visual, museos sobre ruedas, empleo de reproducciones o copias de piezas originales, etc.
5. Crear en las universidades talleres de artes plásticas con la participación de la comunidad.

CIENCIAS Y HUMANIDADES

1. Hacer que la extensión universitaria se realice en forma integrada y coordinada comprendiendo las ciencias, naturales y sociales o humanas, las artes y otras manifestaciones culturales.
2. Superar la dicotomía ciencias-humanidades, en el entendido de que todo saber científico debe llevar un contenido humanístico y que las ciencias sociales o humanas requieren del método científico.
3. Tomar en cuenta que la difusión de las ciencias debe comprender tres aspectos: el metodológico, el de contenido y la orientación. El primero, constituido principalmente por las disciplinas formales, permite la aprehensión del contenido de las ciencias, el cual debe ser acorde a la época y a las circunstancias. La función de orientación debe aprovechar el conocimiento científico que contribuya al proceso de liberación humana y a la forja de una sociedad justa. Se recomienda que estos

tres aspectos queden siempre incluidos en las actividades que se realicen.

4. Asegurar con el acceso de la comunidad nacional al uso y gestión de los medios de comunicación masiva la extensión universitaria de las ciencias que no suelen verse favorecidas por la propiedad privada de estos medios, a través de los cuales se transmiten habitualmente pautas y valores que contrarían a los intereses nacionales y entorpecen las posibilidades de cambio.
5. Impedir que la universidad ceda tareas que le son propias, especialmente las de extensión y difusión y los trabajos de campo, a entidades nacionales o internacionales, públicas o privadas, cuyos objetivos no están encaminados a la creación de una conciencia crítica o a la liberación de nuestros pueblos, sino que por el contrario tienden a favorecer los sistemas vigentes de opresión.

LABOR EDITORIAL

Considerando necesaria la protección del área idiomática, la defensa de las lenguas nacionales, el amparo de la libertad de expresión, el estímulo de las disciplinas de interés nacional y latinoamericano, la elaboración de criterios de racionalidad cultural, técnica y económica, y que para las labores de difusión cultural y extensión universitaria son indispensables las publicaciones, se propone:

1. Que las universidades se comprometan en cada uno de sus países a gestionar ante las autoridades y defender ante la opinión pública un programa que tienda a eliminar todas las barreras de tipo arancelario, cambiario, crediticio, impositivo y político, que interfieren, dificultan o impiden la libre circulación del libro.
2. Que las universidades hagan suya la resolución número 1 del "I Seminario Latinoamericano del Libro Universitario" a efecto de fomentar el proceso de integración a la actividad editorial universitaria del área.

3. Que las universidades revisen lo antes posible los contratos de préstamo suscritos con la AID y los acuerdos canalizados por medio de la compañía Regional Technical Aids Center, pues los mismos son lesivos a los intereses culturales de nuestros pueblos.
4. Que se cree un cuerpo de asesoría y asistencia técnica editorial, que estudie y promueva el estímulo a los autores latinoamericanos y la edición de obras nacionales y comunes que aborden los problemas del conocimiento científico y humanístico a que se enfrentan las universidades de la región.
5. Que se promueva que los medios de comunicación de masas, prensa, radio, televisión, dediquen mayor espacio o tiempo, a la difusión, promoción y estímulo de la actividad editorial latinoamericana, e incrementen la atención a los proyectos, obras públicas y actividades de autores y editores de área.
6. Que las universidades presten mayor apoyo a la labor editorial de manera que puedan abatirse los precios de las publicaciones.

OTRAS FORMAS DE DIFUSION CULTURAL

Considerando la necesidad de una activa interacción entre los encargados de la difusión cultural en las universidades y la cultura propia de los grupos estudiantiles, así como la voluntad de suministrar instrumentos de crítica y valoración que den mayor fuerza y eficacia a esa expresión estudiantil; y juzgando inútil y contradictorio con tal espíritu formular toda reglamentación nueva que sustituyera la existente, se acordó no presentar más proposiciones concretas que la siguiente:

Las universidades a través de sus órganos, deben propiciar que las expresiones de cultura propia de las bases estudiantiles sean consideradas por las mismas con una actitud crítica y las conviertan en actos verdaderamente valiosos y dotados de sentido para la comunidad.

**RECOMENDACIONES DE LA REUNION DE EXPERTOS
SOBRE AMERICA LATINA CELEBRADA ENTRE LOS DIAS
24 Y 25 DE MAYO DE 1976 EN PARIS,
CONVOCADA POR LA UNESCO**

- Nº 1 Que la búsqueda de la identidad latinoamericana sea vista como instrumento de integración de nuestra América.
- Nº 2 Que se reconozcan los esfuerzos realizados para la integración latinoamericana a nivel político y económico, como punto de partida para un nuevo esfuerzo en favor de una toma de conciencia de la identidad cultural de América Latina.
- Nº 3 Que, a partir del reconocimiento de una integración vertical de dependencia de América Latina bajo diversas formas de colonialismo, se establezca la necesidad de cambiar tal situación por una relación horizontal de solidaridad que conduzca a una integración latinoamericana dentro de la libertad.
- Nº 4 Que se haga obligatorio, en todos los niveles de la educación, el conocimiento de la historia y la cultura latinoamericana y del Caribe, como lo es ya el conocimiento de la historia y la cultura nacional y el de la considerada como universal.
- Nº 5 Que se cree un órgano de información que dé a conocer los trabajos que se realizan en el campo de la investigación, la enseñanza y la difusión de la cultura y de la historia latinoamericanas.

- Nº 6 La creación de Centros de Estudios Latinoamericanos que se encarguen, en cada país, de la formación de los profesores e investigadores de la historia y de la cultura del área que hagan posible la recomendación Nº 4.
- Nº 7 Que se establezca un Instituto Coordinador de los Estudios Latinoamericanos a partir de la experiencia de instituciones ya existentes, como son el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de México y el Instituto de Estudios Superiores de la Universidad Simón Bolívar de Venezuela.
- Nº 8 Que, considerando la vocación pluralista de la región, se intensifique el estudio de los distintos idiomas en ella usados para la comunicación.
- Nº 9 Que se cree un Instituto de Estudios Superiores del Caribe que tenga como objetivo difundir y desarrollar la cultura caribe a través de las manifestaciones de sus diversos pueblos.
- Nº 10 Que se reorganice y oriente el turismo nacional e interregional con objeto de dar a conocer y apreciar mejor los respectivos valores culturales.
- Nº 11 Que se establezca la prioridad absoluta de las masas desfavorecidas en la preocupación de las políticas culturales formuladas por los Estados miembros.
- Nº 12 Dada la situación cultural, la educacional, la supervivencia de culturas tradicionales orales y el alto porcentaje de analfabetismo en América Latina, se hace deseable:
- la reorganización de la educación en base a contenidos propios de la cultura de cada país o región;
 - que, cuando exista supervivencia de la lengua aborígen, se la utilice para la alfabetización como primera etapa de acceso a la cultura de las masas discriminadas;

— que, posteriormente, se complete esta enseñanza con el aprendizaje del idioma “oficial” o de contacto con las otras culturas de la región o del país con el fin de lograr la integración cultural.

Nº 13 Tomando en cuenta el derecho de acceso a la cultura, sancionado oficialmente por la Unesco,

Considerando que en muchos países de América Latina ese derecho no tiene vigencia, practicándose una discriminación que tiene su raíz generalmente en razones políticas, pero también religiosas, raciales o culturales.

Se recomienda a los Estados Miembros que hagan efectivo el ejercicio de los derechos humanos, y el acceso y la participación de la mayoría del pueblo a la cultura, y que integren a todos los intelectuales y artistas en la producción cultural dándoles la posibilidad de intervenir activamente en la definición y práctica de la política cultural.

Nº 14 Que los organismos e institutos intergubernamentales de investigación económica incorporen, en el análisis de la situación latinoamericana y caribe, el estudio de los fenómenos culturales como uno de los elementos esenciales para la determinación de las políticas de desarrollo socio-económico.

Nº 15 Que se organicen, en materia de relaciones culturales, mecanismos que puedan asumir la representación del conjunto geocultural de una región para comunicar con otra y también mecanismos de financiación a nivel regional.

Nº 16 Que las instituciones culturales que surjan de la puesta en práctica de la resolución número 15 sean encargadas, para el mayor éxito de esta política cultural, a los creadores, expertos de la cultura latinoamericana.

Nº 17 La creación de un instituto, o institutos, de investigación estética, que puedan analizar los elementos y las características formales específicos del arte y de las artesanías, en vista de establecer un repertorio de formas y elementos que puedan ser incorporados a la concepción de objetos de uso corriente y, especialmente, los de uso industrial.

- Nº 19 Que se embellezca el medio ambiente con obras de artistas locales, y que en la construcción de edificios públicos o privados de determinado monto económico se destine una parte del presupuesto a la realización de murales y a la ornamentación.
- Nº 20 Que dentro del programa de estudios de las culturas de América Latina se investigue el importante papel de la religión, tanto la oficial como las vernáculos, en el desarrollo cultural de nuestro continente.
- Nº 21 Que se difundan los mitos y leyendas de nuestras culturas y que sean incorporados, en particular, al material de lectura destinado a los niños.
- Nº 22 Que se estudie y se tome conciencia del proceso de aculturación al que son sometidos nuestros niños a través de los contenidos de las "tiras cómicas", con objeto de poder combatir los efectos negativos de este material.
- Nº 23 Que los Estados Miembros estudien la posibilidad de dictar políticas uniformes sobre la circulación del libro, y que se abra la libre circulación de éste entre nuestros países.
- Nº 24 Que se dé apoyo a la coproducción en la industria del libro, así como también a toda iniciativa destinada a desarrollar sistemas de intercambio o trueque de libros o de otros productos culturales.
- Nº 25 Que se intensifiquen los programas de traducciones de libros en los distintos idiomas utilizados en América Latina y el Caribe.
- Nº 26 Que se creen empresas multinacionales en el área de los medios de comunicación de masas que produzcan los materiales que se les destinarán, de acuerdo con nuestras necesidades y nuestras orientaciones.

I N D I C E

Dedicatoria	5
PREFACIO	7
I. DIFUSION CULTURAL, ¿PARA QUE?	
1. Sentido de la difusión cultural	11
2. Cultura de masas y cultura elitista	17
3. La cultura "gana la calle"	21
4. Universalidad de lo concreto	27
II. LA CULTURA COMO POLITICA	
5. La cultura como un derecho	31
6. Políticas culturales	34
7. Europa y su política cultural	38
8. Asia y su política cultural	42
9. Africa y su política cultural	47
III. POLITICA CULTURAL LATINOAMERICANA	
10. Complejidad cultural latinoamericana	53
11. El mestizaje y el problema cultural latinoamericano	56
12. Pluralidad cultural latinoamericana e integración	62
13. Latinoamérica y la universalización de la cultura occidental	66

14. Cultura para el cambio liberador	69
15. Declaración de Bogotá	72

IV. LA UNIVERSIDAD Y LA DIFUSION DE LA CULTURA

16. La Universidad como conciencia crítica	77
17. Crítica al sistema desde el sistema mismo	80
18. Difusión cultural y concientización	84
19. Racionalización y crítica de la realidad	88
20. Al pueblo desde sus individuos	90

APENDICES:

1. Conclusiones de la II Conferencia Latinoamericana de Difusión Cultural y Extensión Universitaria. México, (22-27 de febrero de 1972)	97
2. Recomendaciones de la Consulta Preparatoria a la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales en América Latina y el Caribe. (París, 24 y 25 de mayo de 1977)	117

Siendo director general de publicaciones José Dávalos, se terminó la impresión de *Sentido de la difusión cultural latinoamericana* en la Editorial y Litografía Regina de los Angeles, S. A., el día 20 de octubre de 1981. Su composición se hizo en tipos Aster de 10 y 8 puntos. La edición consta de 2,000 ejemplares.